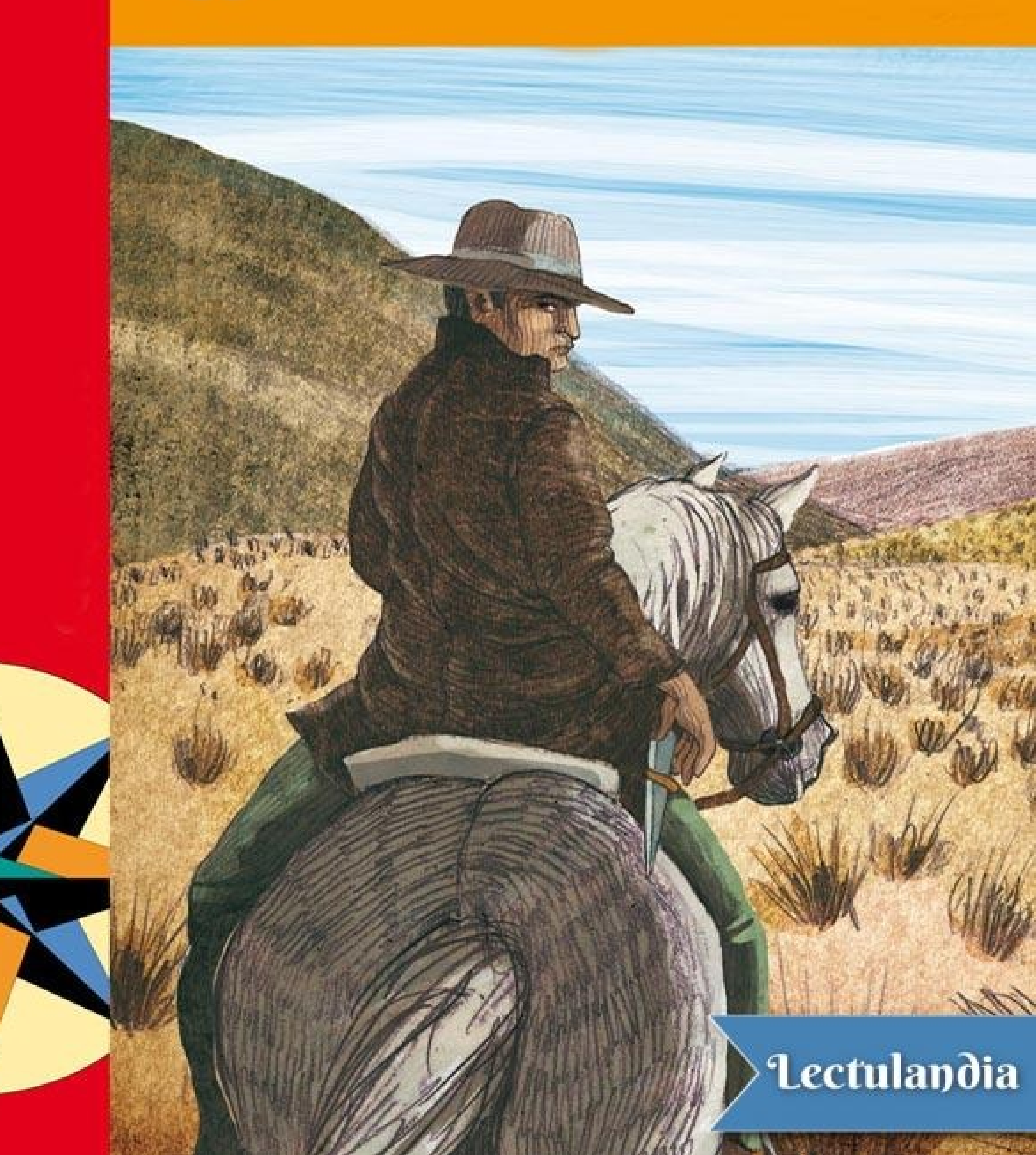
Tierra del Fuego

FRANCISCO COLOANE



Ambientados en la Patagonia chilena, los nueve cuentos de Tierra del Fuego narran las sorprendentes aventuras de quienes han vivido y trabajado en el territorio más austral del mundo; hombres y mujeres duros y rudos, que despiertan el respeto y la admiración del autor quien, según la crítica, logra en esta su obra maestra.

Francisco Coloane

Tierra del fuego

ePub r1.0
Titivillus 08.03.2021

Título original: *Título*
Francisco Coloane, 1956
Ilustraciones: Marianela Frank
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1


Tierra del Fuego

La derrota iba a las ancas de aquellos tres jinetes que atravesaban a trote largo el páramo.

El último tiroteo contra las fuerzas de Julio Popper había tenido lugar en las márgenes del río Beta, y los enemigos del enriquecido buscador de oro, unos setenta aventureros de todas las nacionalidades, se habían desbandado, totalmente derrotados por las fuertes bajas sufridas.

Unos huyeron hacia los cordones cordilleranos de Carmen Sylva, sierra que el mismo Popper así había bautizado en honor de su reina rumana. Otros fueron tragados por los vastos coironales de China Creek, y unos cuantos ascendieron por los montes del río Mac Lelan, refugio de cuatreros y de los últimos indios onas.

Solo Novak, Schaeffer y Spiro huyeron por la costa sur de Tierra del Fuego, con la esperanza de ocultarse tras el sombrío mogote del cabo San Martín. Conservaban todavía algunas balas para sus carabinas, y Novak, una cartuchera completa de las del calibre 9, para su Colt de caño largo, el único del trío.

Estas escasas municiones era lo único que todavía les daba ánimo en su desesperada situación, a pesar de que con ellas no habrían podido sostener un prolongado tiroteo. Lo demás era todo derrota, debilidad, aniquilación, tanto dentro de sus corazones de hombres fugitivos como fuera de ellos, en el desamparo de la estepa fueguina.

—Tienes sangre en el pantalón… —dijo Novak, con una extraña ternura en la voz, indicando la pierna derecha de Schaeffer.

—Sí, lo sé —contestó fríamente Schaeffer, fijando sus ojos azulencos en el encapotado cielo, como el pájaro que estira el pescuezo antes de emprender el vuelo.

—¿Bala? —interrogó Spiro.

—¡No, boñigas de guanaco! —profirió Schaeffer, con rabia.

—Vamos a ver —dijo Novak, sofrenando el trote del caballo.

—¿Qué?

—La herida —replicó el ex sargento alemán, con algo todavía del superior que se preocupa por el estado de su tropa.

—No es nada…, sigamos —profirió con leve asomo cordial Schaeffer, espoleando su cabalgadura.

Cosme Spiro lanzó una mirada cautelosa a sus espaldas y espoleó aún más su caballo, poniéndose a la delantera del trío.

El viejo Schaeffer, como un pájaro herido, volvió a levantar la cabeza hacia el cielo. Más que las punzadas de la herida, era el fluir de su sangre lo que lo atormentaba, porque cada vez que afirmaba el pie en el estribo para sostener su cuerpo en el ritmo del trote, sentía brotar una onda líquida de la herida, onda que escurría con escalofriante tibieza por la pierna hacia el pie, humedeciendo cada vez más el interior de la bota.

Con la mano derecha puesta en su vieja carabina alemana, de caño recortado, atravesada sobre el borrén delantero de la montura, trataba de alivianar la fuerza que hacía el pie con el estribo para mantener el ritmo del trote largo; pero era inútil, la onda tibia surgía con regularidad agobiante, resbalando insidiosamente por la piel hasta emposarse dentro de la bota. Era entonces cuando Schaeffer estiraba la cabeza como un pájaro, pero no para emprender el vuelo de una oración, sino para largar una bandada de maldiciones al cielo y a su Dios, por haberle arrastrado a tan desgraciada situación.

—¿Quién me mandó a meterme en contra de Popper —díjose, murmurando entre dientes el viejo—, cuando el rumano me trataba como a un compatriota y siendo como soy un húngaro perdido en estas playas?

De tarde en tarde, como el fluir de su sangre en esas ondas tibias e insidiosas, surgían en su mente fugaces andanzas con el buscador de oro enriquecido en el páramo. El dolor y las rondas de la muerte traen en cualquier circunstancia la vida así, a retazos.

Recordó su primer encuentro con aquel oficial borracho en el bar de Punta Arenas, que casi lo confundiera con un teniente del ejército austro-húngaro por el uniforme… ¡Era nada menos que el tal Novak, que ahora trotaba fugitivo a su lado con la misma derrota montada en las ancas! Popper lo había convertido en el comandante de su escolta personal, uniformada a la usanza militar austro-húngara, lo mismo que el resto de su policía en el páramo, cuyas armas y uniformes imponían respeto entre sus trabajadores y los indígenas que ya empezaban a tener conciencia del significado de una fuerza armada.

En aquella ocasión el comandante de la escolta de Popper había pagado con una extraña moneda que el dueño del bar no quiso aceptar sin antes haberla pesado en una balanza para oro. Eran exactamente cinco gramos de este metal, acuñados por el anverso con un gran «5» atravesado por la palabra «gramos», y con una orla que decía «Lavaderos de Oro del Sud», y en el reverso: «Julio Popper – Tierra del Fuego – 1889».

Para él fue una sorpresa aquella curiosa moneda, pues se encontraba sin un centavo en el puerto de Punta Arenas, adonde había arribado después de haber rastreado inútilmente por la costa del Estrecho de Magallanes, llegando a los placeres auríferos cuando otros ya habían dejado solo los hoyos.

Conversó con Novak en aquella ocasión y le atrajo la fama del rumano enriquecido, que se hacía llamar el «El Rey del Páramo». Alentado por el jefe de la escolta, se enroló en sus huestes; pero, como todos los que andaban tras del brillo del oro, con el secreto propósito de hacerse tan rico como el amo.

En el lugre María López surcaron las aguas del estrecho bordeando la Tierra del Fuego por el Atlántico, y arribaron al páramo, gigantesca escollera que avanza una docena de kilómetros mar afuera, protegiendo con su brazo de piedra una extensa bahía, San Sebastián, donde el mar sube y desciende más de diez metros de nivel, desnudando kilómetros y kilómetros de gredosas playas bordeadas de duna y matorrales costeros que dan comienzo a la llanura fueguina cubierta de extensos pastizales de coirón.

Toda la región se conoce con el nombre de El Páramo, y allí Julio Popper, que fue el primer blanco que atravesó la isla desde el Estrecho de Magallanes hasta el Océano Atlántico, había descubierto yacimientos vírgenes de oro en polvo, escamas y pepas. Pero la canaleta corriente, la poruña y la chaya no bastaron a la ambición del afortunado buscador de oro. Observando el gran desnivel de diez y más metros que se producía con las mareas, se las ingenió para aprovechar esta energía cósmica: hizo cavar túneles de siete metros bajo el nivel de la alta marea e inventó un mecanismo de madera que puso dentro de ellos; cuando el mar ascendía, encerraba el agua en estos túneles con sólidas compuertas, y cuando bajaba, liberábalo de su prisión, pero regulando su fuerza de manera que relavara todo el material aurífero acumulado por sus decenas de trabajadores.

El rendimiento de estos artefactos fue tan extraordinario, que Popper los bautizó con el nombre de «Cosechadores de Oro». No era para menos; la sementera daba casi media tonelada de oro al año, y con aquel toro cósmico uncido a ese yugo del ingenio humano, Julio Popper podía vanagloriarse de haber sido el primer hombre que haya «arado y cosechado en el mar».

Pero las cosechadoras del audaz rumano producían solo para su inventor, y los codiciosos aventureros que lo acompañaron en su travesía, con la esperanza de hacerse tan ricos como él, empezaron a mirar con envidia y rencor al amo, que se adueñaba de todos los placeres sin dejar un pedazo de terreno donde pudiera prosperar por su cuenta alguno de ellos.

Un día desertaron varios, porque llegó la noticia de que en el río Cullen y en los arroyos Alfa, Beta y Gama se habían encontrado otros aluviones auríferos casi tan ricos como los del páramo. Allí la poruña y la chala individuales podían hacer prosperar a más de algún buscador de oro en forma independiente, en vez de estar uncido al yugo de Popper, como el mar, para lavarle su oro.

El «Rey del Páramo», sin embargo, no permitió que sus desertores le hicieran la competencia en sus mismas barbas, y empezó a hostilizarlos con su fuerza armada para que abandonaran esos parajes y se los dejaran a sus desmedidas ambiciones. Otros hechos vinieron a agravar los conflictos humanos en esa apartada orilla del planeta. Aprovechando una ausencia del amo, que se había dirigido a Punta Arenas, un grupo abordó al lugre María López, fondeado en la bahía de San Sebastián, y huyó llevándose veinticuatro kilogramos de oro.

Pero el mar no solo ayudaba a cosechar el oro a Popper, sino que se lo cuidaba como un celoso guardián, más fiel que los hombres: al saquear las bodegas del «Rey del Páramo», los hechores se llevaron todo el licor que encontraron, lo que redundó en desgracia para ellos. En plena mar, sobrevino una tempestad y como todos estaban borrachos, celebrando la fuga, no atinaron a maniobrar con las velas y el lugre zozobró, llevándose al seno del océano a todos sus tripulantes, fondeados definitivamente con los veinticuatro kilos de oro, para ejemplo eterno de los súbditos del «Rey del Páramo».

De regreso a sus dominios, Julio Popper no quedó conforme con esta acción ejemplarizadora de su fiel aliado el mar, y las emprendió contra los que lavaban oro en los tres arroyos, diciendo que aquéllos eran los culpables por ser una guarida de bandidos y ladrones que había que castigar con dureza aún más ejemplar. Así lo hizo, y colgó a tres o cuatro individuos en los postes que marcaban los linderos de sus pertenencias, poniéndoles un letrero que decía: «Lasciate ogni speranza voi ch’entrate», la frase de Dante que advertía a los humanos que perdieran toda esperanza al traspasar los umbrales del Infierno. Ni los onas ni lo aventureros del arroyo Beta conocían *La divina comedia*; pero más elocuente que la lengua de Dante fue para ellos el cráneo

mondo de los esqueletos, sobre los cuales se paraban los caranchos ahítos de festín.

Esto era en buenas cuentas lo que les esperaba a Novak, el alemán; Spiro, el italiano, y Schaeffer, el húngaro, por haberse pasado a la partida de los revoltosos, en vez de defender las pertenencias del que había confiado en ellos. Sobre todo, el fiel Novak, el comandante de su guardia personal, quien había capitaneado en persona la última resistencia de los setenta combatientes del arroyo Beta. Esta era también la causa de las constantes miradas furtivas de Spiro hacia sus espaldas, aunque ya iban bastante protegidas por las de sus compañeros que seguían su trote.

Schaeffer encogió cuanto pudo los dedos del pie dentro de la bota para calcular la sangre que se había escurrido dentro de ella, y como si al mismo tiempo tratara de evadir ese cálculo, estiró su cuerpo entumecido, levantando una vez más su mirada desde el pie al cielo, de un gris cruel que aplastaba a la tierra.

La cordillera Carmen Sylva disminuye cuando se acerca a la costa oriental de la Tierra del Fuego; sus estribaciones se deshacen en suaves colinas cubiertas de mata negra, calafate y romerillo, ramazones apropiadas para ocultarse. Luego la cordillera levanta de nuevo en el mogote del cabo San Martín, cuyo acantilado, cayendo a pique en el mar abierto, cierra la bahía de San Sebastián, impidiendo el paso por la playa, desde donde se divisa la gran escollera del páramo como una ola oscura y estática, petrificada en plena mar.

Al internarse por este oasis de protección, la cabalgata disminuyó un poco su trote largo.

—Parémonos a ver lo de la pierna —dijo Novak, y dirigiéndose a Spiro le ordenó con voz autoritaria—: Tú, anda hasta ese cerro, y quédate allí para avisarnos si ves algo.

En un pequeño claro de pampa rodeado de matorrales de mata negra, Schaeffer se desmontó y comprobó por primera vez la importancia de su herida. La bala había atravesado el muslo por delante, de parte a parte; pero, afortunadamente, no había tocado el hueso. Al atravesar el músculo de soslayo, la herida hacía las veces de un canal de drenaje, que recogía la sangre de los tejidos rotos interiormente y la vertía por el orificio más bajo. Sobre todo, al afirmar el pie en el estribo para sostener el cuerpo en el vaivén del trote, los músculos comprimían la herida y vaciábase la sangre acumulada, en esas ondas tibias e insidiosas que hacían que Schaeffer estirara el pescuezo y la cabeza como un cormorán.



Con los pantalones caídos, el viejo miró por primera vez la entrada y la salida de la bala; estaba desvalido y pálido, con un temblor que cada vez se hacía más perceptible en su labio inferior. Pero contuvo el temblor mordiéndose el bigote, como hacen los bueyes cuando aprisionan un manojo de pasto entre los belfos. Su rostro era de natural colorado y tumefacto, de nariz algo respingada y alcohólica, en cuya punta pendía casi siempre una gota de sospechosa transparencia. Lo mismo que en los ojos, donde siempre había un brillo humedecido, como si una lágrima indiferente se hubiera quedado detenida en ellos.

Al recostarse el viejo en la pampa, Novak vio ese rostro pálido de ojos azulencos, con un resplandor hierático, como si una oculta juventud quisiera asomarse a él. Desató la cantimplora de su montura y le dio algo de agua. Schaeffer, entreabriendo sus labios, bebió un poco; pero siempre manteniendo un pedazo de bigote mordido, como si quisiera agarrarse a él. Novak le quitó el pañuelo azul y rojo que llevaba al cuello, y, rasgándolo, taponeó los hoyos que había dejado la bala y con el resto vendó la herida. La palidez de Schaeffer se acentuó y cerró los ojos. Novak vio que la nariz aleteó, el labio superior volvió a temblar y el resplandor juvenil se acentuó en la ajada cara del viejo. Pero al rato Schaeffer entreabrió los ojos y mirando un poco asustado en su derredor profirió a la sordina:

—Yo creí que me había jodido…

—Estás mejor —dijo Novak con un acento de frío consuelo—; pero debemos movernos de aquí a un lugar más seguro… Has perdido mucha sangre y no sé si puedas moverte.

—Déjenme aquí, no más… Si me repongo sigo, y si no, ya estoy viejo para seguir así con este trote largo.

—Los caballos están casi cortados. Creo que no podremos seguir sin darles algún descanso. Debemos pasar la noche por estos lados y partir mañana antes que aclare.

Novak lanzó un estridente silbido, y Spiro empezó a descender de la cumbre, donde atalayaba.

—Schaeffer está mal, creo que no puede seguir de a caballo —díjole.

—¿Y…? —profirió Spiro, con una mueca algo cruel y desagradable.

Era un individuo mediano, regordete, de cara redonda, mofletuda y fofa, con ojillos negros y vivaces que aleteaban como dos moscas caídas sobre un pan recién amasado.

—Buscaremos un lugar donde poder pasar la noche con más seguridad, y veremos mañana para dónde seguimos con los caballos frescos —agregó Novak.

—No se jodan por mí —profirió Schaeffer, medio incorporándose sobre los codos.

Luego miró su pierna y vio que la sangre se había detenido algo. Ladeó la cabeza y desde el suelo sus ojos escrutaron el rostro de Novak, de mandíbula cuadrada, saliente, largo y anguloso, como todo su gigantesco cuerpo, coronado por algunas mechas rubias apareciendo debajo de la sebosa gorra de cuero. Había una solidez física en ese andamiaje de huesos y músculos, y el rostro, algo infantil, tenía cierto aire de orgullo y de mando.

A su vez, Spiro miraba la herida de Schaeffer parpadeando, como si algo en ella le molestara la vista. De pronto, los tres hombres se miraron; es decir, Spiro y Novak miraron a Schaeffer, y este, desde el suelo, los abarcó en una sola mirada. Los ojos de los tres hombres se separaron luego, como si hubiera tropezado; pero volvieron a reunirse en la sangrante herida. Allí estaban fijos, inclinados sobre la carne por donde atravesó el plomo de la bala, tal vez pensando que en vez de una pierna pudo haber sido alguno de esos tres corazones fugitivos.

—No se jodan por mí… Sigan adelante, no más —repitió Schaeffer con voz más entera, pero también más fría.

Spiro y Novak se miraron de refilón, escrutándose mutuamente.

—Tendremos que buscar un lugar lo más lejos del camino para pasar la noche —volvió a decir Novak.

—Si quieren, yo voy a ver por ahí… —dijo en voz baja Spiro.

Novak, desde su altura, pareció escarbarlo con sus ojos grises.

—No —le dijo—, mi caballo es el que está en mejores condiciones. Tú te quedas aquí cuidando a Schaeffer; yo voy y vuelvo.

Spiro hizo parpadear sus dos moscas; miró a Novak, y una sonrisa solapada se arrastró por el pasto hasta los talones del alemán.

—Bueno, anda… —le dijo.

Novak montó y partió, agachándose sobre su cabalgadura, a trote largo.

La lenta penumbra del crepúsculo fueguino empezó a fluir desde el cielo opaco, empalideciendo aún más el rostro de Schaeffer y acentuando la blancura de Spiro. Este miró a Novak hasta que se hubo perdido entre los lomajes, y luego volvió los ojos hacia Schaeffer: el viejo continuaba como durmiendo.

—Voy a vigilar al cerro, por si alguien nos siguiera —profirió con voz aterciopelada, como si no quisiera despertarlo.

—No te jodas por mí —replicó sorprendentemente despierto el viejo, y agregó, mirándolo fijamente—: ¡Agarra tu caballo, no más, y mándate a cambiar!

—Es que…

—Que…, ni que… Novak ya no vuelve, alcánzalo.

—¿Tú crees?

—Te ganó el «quién vive» solamente.

—¿Por qué eres así, Schaeffer?… ¿No crees que vuelva? —Y con voz tan sigilosa como la caída de la tarde, agregó—: ¿Cómo dejarte aquí botado? ¡Te morirías de hambre y frío!

—Antes de eso me despacho de un tiro —y agregó con frialdad—: Y pásame la carabina por si acaso… No temas, no es por si te arrancas; la puedo necesitar luego.

—¿Arrancarme, dijiste?

—No disimules… Llegas a saltar por seguir detrás del otro.

—No, Schaeffer; no te paso la carabina…

—¿Por qué?

—Puedes hacer una tontería… Hay que aguantar hasta el último… ¿No crees que Novak vuelva?

—¿Por qué te preocupas tanto de Novak? ¡Preocúpate de ti!

—Es que a veces, tú saber, Schaeffer…, las circunstancias… Si supiera uno cuándo va a fallar, le quitaría el cuerpo por anticipado.

—Vete, no más, y déjame la carabina… Novak ya no vuelve para que me la pase…

—¿No vuelve, dices tú, Schaeffer? No, no… ¡Sí vuelve! No te paso la carabina, puedes hacer una tontería antes de tiempo…

—¡Entonces déjame dormir! —dijo el viejo algo quejosamente, y se acomodó sobre la pierna sana.

Aunque cortas, las noches fueguinas en noviembre son todavía intensamente oscuras, sobre todo, cuando por los cielos se corre el telón de nubes que ensombrece a la tierra. Como la noche, Schaeffer cayó pesadamente dormido.

Despertó cuando Novak lo remecía por un hombro preguntándole por Cosme Spiro. Este no se hallaba por ninguna parte, había huido, y mientras que con una mano había dejado la carabina de caño recortado junto al viejo, con la otra le había llevado su yegua con montura y todo.



Novak había encontrado un buen refugio entre un grupo de rocas volcánicas cerca de la costa, y esa misma noche condujo a Schaeffer hasta allí. El montón pedregoso había dejado una especie de cueva, donde las boñigas demostraban que los guanacos la usaban de guarida contra el mal tiempo.

—¡Da lo mismo… que se haya quedado o arrancado cobardemente! —dijo Schaeffer, comentando días después con Novak la fuga de Spiro.

—No es lo mismo —replicó—, cuanto antes se descubre a un traidor, mucho mejor.

—Yo dudaba de ti —dijo el viejo con parsimonia—. Pero de Spiro estaba seguro de que se iba a arrancar. No hay más que mirar a los hombres en la cara. No me engañó, lo único que me jode es que se haya llevado a la Moly. Sin mi yegua, ¿qué voy a hacer cuando me reponga?

—Veremos… —profirió Novak.

Al poco tiempo, Schaeffer se había repuesto bastante de su herida. Sobre una roca de la playa cercana, Novak había hallado una costra de sal marina, y llevándola para asar las aves que cazaba, sirvió también para desinfectar la herida del viejo, que con ayuda del sol y del aire costero fue cicatrizándose.

«¿Por qué éste se preocupará de mí?», se preguntó más de una vez Schaeffer, sin sospechar que la formación militar del alemán, ex sargento de

artillería, lo impulsaba a salvar al herido en la refriega.

Fritz Novak llevaba adentro el milico, y si había organizado el combate en contra de Popper, era porque éste se había comportado como un tiranuelo feudal con su tropa, de la que Novak era comandante.

En cambio, la vida maltratada de Schaeffer, desde su lejana infancia en que tuvo que abandonar su «puszta» para emigrar a América, lo había dejado curtido ante la conducta de sus semejantes. Para él, todos los hombres eran más o menos lo mismo, especialmente los que andaban corriendo en tropel detrás de las pepas de oro. De cada uno de ellos podía esperarse tanto un bien como un mal; todo dependía de las circunstancias en que se encontraran. Así se lo había enseñado la vida, y así tenía que ser. Así era él también; nunca se consideró ni más ni menos que los otros, y por eso mismo le intrigaba el proceder de Novak. En su fuero interno, Schaeffer consideraba más lógico el comportamiento de Spiro, que arrancó del peligro dejándole su carabina para que se suicidara, pero robándole la yegua que le servía de refuerzo en su fuga.

Sin embargo, Novak, el duro y a veces cruel comandante de la fuerza armada de Julio Popper, lo había acomodado sobre su caballo y cabestreándolo cuidadosamente para que no se desangrara, lo condujo hasta esa cueva entre las rocas. Todavía recordaba el lejano piar de las gaviotas y el graznar de los cormoranes, que en medio de la noche los guiaran hacia la costa. Al día siguiente, Novak comprobó que el piar provenía de un «roquerío»: entre el cantil con que terminaba la pampa y la línea de la pleamar, se levantaba un extenso planchón de toba, donde millares de gaviotas habían diseminado sus nidos, poniendo los huevos en los hoyuelos hechos en la toba por la acción de las ventiscas. Con el pañuelo que llevaba al cuello, Novak le traía buena provisión de huevos, que él se encargaba de hervir para ambos en la marmita. Estos huevos de gaviotas y de cormoranes en plena postura fueron la salvación definitiva de Schaeffer. «¡Tal vez por eso no se habrá ido todavía —pensaba el viejo—: porque encontró comida!».

Una mañana Novak cazó una guanaca parida, con su «chulengo». Comieron asado el animalito, tan tierno como un cordero, y de la guanaca hicieron charqui que secaron sobre las piedras al sol y al aire marino. La vida se estaba presentando fácil para los dos hombres refugiados detrás del cabo San Martín, tan apropiado con su peñón que caía a pique mar adentro impidiendo todo paso por la costa.

Poco a poco Schaeffer fue arrastrándose fuera de la cueva para defender a rebencazos contra los caranchos la carne de los guanacos que de tarde en tarde caían bajo la buena puntería de Novak. Juntaba mata negra para hacer

fuego y atendía otros quehaceres de la cueva, mientras Novak salía para aprovisionar la despensa, nada difícil en aquella época, pues la primavera fueguina estaba en todo su ubérrimo apogeo.

Avutardas y caiquenes, estos últimos tan grandes como gansos, empezaban a llegar por millares en sus largos vuelos migratorios desde el norte, para empollar en la Tierra del Fuego, y más tarde, con la llegada del invierno, regresar con sus polluelos a climas más benignos. Rosados flamencos y diferentes variedades de patos poblaban también las lagunas y riachos que se deslizaban por las pampas, entre los suaves lomajes de abundante y crecido pasto coirón.

Como una mariposa que abandona la inútil cáscara en que fue crisálida, el espíritu de Schaeffer fue saliendo de su amargo maltrato y encontrando que la vida en esos páramos no estaba del todo mal. Ambos hombres hacían libremente lo que les daba gana, cambiando solo las palabras necesarias para vivir en buena compañía. La Tierra del Fuego también se transformaba a tono con sus espíritus, saliendo del invierno, que es también una dura derrota bajo la gruesa costra de nieve y hielo. El pasto coirón, la gramínea única, cuyo metabolismo le permite vivir bajo la nieve, había resurgido de nuevo para solaz de guanacos, cisnes, avutardas, patos y caiquenes. En la costa, las gaviotas ofrecían sus huevos del tamaño del de una gallina, pero jaspeados de café y celeste, como flores de loza sobre la oscura toba, y hasta las manadas de focas empezaban a inundar los roqueríos y arenales con sus cachorros paridos en las loberías del Cabo de Hornos.

Pero de tarde en tarde, en medio de aquellos días de placidez y ocio, Novak y Schaeffer levantaban de pronto sus cabezas por entre las piedras de su guarida y miraban en su derredor como un par de focas desconfiadas. Siempre tenían temor del «Rey del Páramo».

Además, sabían que aquello no iba a ser eterno; que el invierno volvería a humillar la tierra; que un día caiquenes y avutardas emprenderían su vuelo de regreso a otras tierras y hasta los guanacos se harían más escasos. ¡Y ellos!… ¿Adónde? ¿A qué parte? ¿Con qué alas?

—¡Caracol, caracol, saca tus cachos al sol! —decía Schaeffer cada vez que había buen tiempo y podía poner su herida ante el eterno curandero de la tierra.

En cuanto pudo caminar, usando de bastón su carabina, se dirigió a la playa a respirar a pulmón lleno las brisas del mar. Una mañana dio un largo paseo hacia el norte, a través de las dunas que marginan la pampa antes de que se eleve el acantilado del cabo. Otro promontorio se levantaba entre la

pampa y el mar, en medio de la ancha playa de dunas y cascajo, como un castillo medieval solitario, con mata negra sobre su cumbre y arbustos y flores costeras que descendían como enredaderas por sus costados. Para probar la curación de su pierna, se dirigió hasta allí y emprendió su ascensión; desde la cumbre se divisaba la lejana escollera del páramo, y hacia el sur, la playa arenosa que ondula ligeramente hasta dar con el lejano peñón de cabo Domingo. El Atlántico austral se perdía como una llanura verde gris hacia las regiones antárticas; y la pampa, con llanuras verde amarillas, hacia los azules cordones serranos de Carmen Sylva; las dunas festoneaban de gris estas dos inmensidades, y de blanco las espumas de las olas, que como rosas iban a deshojarse en la ancha playa de cascajo.

De pronto, al recoger la vida desde la llanura oceánica, sus ojos tropezaron con otra blancura en medio de la grisácea playa, cual el armazón de una nave encallada. Le extrañó la forma del cuadernaje y al observarla mejor descubrió que se trataba del esqueleto de una ballena enorme, blanqueado por la intemperie.

Volvió a mirar hacia los confines del mar antártico, donde estaba el país de la ballena, y recogió de nuevo la vista, como siguiendo la ruta del cetáceo, hasta el armazón de huesos empotrado en medio de la ancha playa de cascajo. Miró luego los contornos pampeanos, el arcilloso paredón con que el cantil de la pampa se iba elevando hacia el cabo, las dunas como un mar más quieto y el promontorio bajo sus pies.

«¡Así también pudieron quedar tirados mis huesos en esta última orilla del mundo!», pensó, con cierta desazón, y emprendió el camino de regreso.



Una brisa humana en la que hacía mucho tiempo no se refrescaban sus corazones fue poco a poco invadiendo la vida de aquellos dos hombres en ese apartado rincón de la orilla oriental de la Tierra del Fuego.

A menudo iban juntos a cazar focas de un pelo que llegaban con sus cachorros desde el mar austral. Sus pieles les servían de abrigo y de alimento la carne de los animales nuevos, muertos de un solo garrotazo en la trompa.

A medida que avanzaba la empolladura, los huevos comestibles de gaviotas se habían hecho más escasos, y estas, peligrosas en la defensa de sus nidos. Mientras uno se agachaba a recoger los huevos, el otro debía estar borneando permanentemente un rebenque o un palo para defenderse de las aves que, furiosas, se lanzaban en bandadas contra los que les robaban. Eran millares de aves, que tachonaban el cielo de aletazos y graznidos, y que en

ocasiones se volvían tan amenazantes, que tenían que suspender la recogida y colocarse espalda contra espalda para poder defenderse a rebencazos de los picotazos.

Pero las avutardas y caiquenes reemplazaron con creces a las gaviotas; llegaban también por millares, y entre el pasto coirón los nidos abundaban con quince, veinte y más huevos cada uno, del tamaño de los de un ganso los de los caiquenes y del de una gallina los de la avutardas, y del mismo sabor que los de esas aves de corral. El caiquén era fácil de cazar, pues dejaba que se le acercaran de a caballo, pero no de a pie.

Un pedazo de charqui compartido junto al fuego, el caballo que les servía en común, todo fue estrechando cordialmente la vida de esos hombres. En esos momentos vagaban juntos recorriendo las playas y acantilados con ese permanente instinto del buscador de oro, cuyos ojos nunca están ociosos a la vida de rocas, gredas o arenas.

—El otro día divisé un esqueleto de ballena en la playa que está cerca del cabo —dijo Schaeffer con parsimonia—, y se me está poniendo en la cabeza la idea de traer unas costillas para hacer un reparo para el viento a esta cueva, y también podríamos ponerlas afirmándolas en la entrada, con unos cueros encima; no pasarían el viento ni la lluvia.

—Bueno sería; ¿pero piensas quedarte toda la vida en esta cueva? —dijo Novak.

—Mientras haya algo de comer, creo que estamos mejor aquí…

—No pienso terminar como un indio ona debajo de una carpa de cuero de lobo.

—Creo que hay que seguir por aquí.

—¿Para qué?

—Buscando oro.

Novak levantó la cabeza; era la primera vez que se mencionaba la palabra oro desde que estaban allí, y hasta le extrañó que Schaeffer lo nombrara.

—Tal vez sí; pero en otros lugares de la isla. Popper se ha adueñado de toda esta costa y piensa seguir más al sur con otra expedición por su cuenta… ¡Pensar que le guardé las espaldas desde que atravesamos por primera vez juntos la isla matando indios! ¡Y ahora escondiéndose como un ratón para que no me cuelgue de sus postes!

—Nunca debimos meternos contra él… ¡Hay que aullar siempre con el lobo, nunca contra el lobo!… —profirió Schaeffer, atizando unas pocas brasas que quedaban entre la ceniza apegadas a la piedra.

—Yo había aullado bastante con el lobo, mandándole su fuerza armada para que otros le lavaran oro. ¡En dos años casi media tonelada de oro en pepas y polvo! ¡Y al final para que me diga: este es tu sueldo como comandante del escuadrón, tirándome unas monedas fabricadas por él mismo!



—Eran de oro macizo y valían lo que pesaban, no como las que hacen los gobiernos.

—¿Pero quién lo autorizó para acuñar monedas por su cuenta y pagar a su gente con ellas? ¿Y su retrato en las estampillas del correo que inventó? ¿Y

sus leyes arbitrarias y esa milicia uniformada como si fuera un verdadero rey? ¿Quién le dio esa potestad?

—Tú mismo… Te gustaba mandar soldados cuando eras sargento, uniformarlos para que te llamaran comandante y tú te sintieras como un general —díjole Schaeffer con sarcasmo.

—Lo hice para que nos respetaran los indios.

—Después de los indios nos tocó a nosotros, para que le trabajáramos sin reclamos. Tú le ayudaste en esa jodienda, porque creíste que te iba a dar una buena tajada; pero como no te la diera, te pusiste en su contra y me metiste a mí en la colada. ¡Y pensar que con los mismos monigotes que tú inventaste nos jodió a nosotros!…

Schaeffer se refería a la pintoresca estratagema usada por el «Rey del Páramo» para mostrar su «ejército» mucho más grande de lo que era, a los ojos de los aborígenes y de las partidas que siempre merodeaban por los contornos del páramo atraídas por la codicia del oro. Novak mismo había fabricado unos muñecos de paja: vestidos con el uniforme de la milicia y amarrados a las monturas de los caballos que eran cabestreados en fila por un solo jinete por los linderos de sus dominios, con una carabina de madera terciada a la espalda. Desde lejos parecían verdaderos soldados de caballería, con la ventaja de que una bala podía atravesarles el corazón sin derribarlos… «Parece que esos soldados estuvieron enfermos… ¿Por qué llevan la cara tapada?», dijo alguien que los observó desde lejos, y llegó después a trabajar en los yacimientos del páramo.

Entonces Popper les hizo pintar unas máscaras y se las puso entre mechones de pasto coirón. Schaeffer se sonrió con amargura al recordar que muchas veces, por orden del «comandante», tuvo que cabestrear a los monigotes, haciéndolos trotar para que parecieran más vivos.

Lo que más fastidiaba a Novak en sus recuerdos era que los mismos monigotes inventados por él habían servido después para derrotar sus fuerzas en la refriega del arroyo Beta. Conociendo la treta, había descuidado su frente y reforzado su retaguardia; pero en vez de monos de paja, Julio Popper en persona y con todos sus hombres se había dejado caer por delante, mientras los monos rodeaban a lo lejos el flanco. Sus hombres, confundidos, no supieron hacer frente en buena forma y sobrevinieron el desbande y la derrota.

Al día siguiente Schaeffer ensilló el caballo que servía a ambos, y se dirigió a la playa para poner en práctica la idea del reparo de costillas de ballena para el viento y la lluvia.

Cuando se acercaba a la osamenta, el caballo empezó a resoplar, desconfiando de aquel extraño andamiaje tan blanco, y luego, más cerca, se retacó del todo. Al espolearlo Schaeffer, dio un brinco de lado que casi lo volteó. Se bajó, le ató las maneas y se dirigió hacia el esqueleto.

De cerca impresionaba aún más la grandeza de aquellos huesos, que aún conservaban íntegra la forma del gran cetáceo, y que por lo menos debió haber tenido unos treinta metros de largo. Los huesos de la cabeza semejaban un gigantesco carro romano; el tórax, el cuadernaje de un barco, y las vértebras de la cola, una serpiente monstruosa que se enterraba en la arena.

Schaeffer se paseó un rato dentro de la arcadería, estirando los brazos hacia arriba, calculando asombrado las dimensiones del animal, a pesar de que las vértebras estaban a medio enterrar entre el cascajo y la arena. Miró una por una las costillas, y saliendo del interior del esqueleto empezó a remecerlas para obtener lo que se proponía. Estaban muy firmes; pero una de ellas cedió ante los remezones de costado; los bordes afilados fueron abriendo un hoyo hasta que, colgándose de un extremo, logró zafarla. El viejo se secó el sudor después de la tarea y se sentó sobre la misma costilla, poniéndola a manera de curvada banca sobre la arena. Pensó en descansar un rato y luego en conducirla hasta donde estaba maneado el caballo; la amarraría al pegual con el cabestro, si no podía llevarla sobre el morrén de la montura, y la arrastraría hasta la cueva. Un día una y otro día otra, hasta construir en buena forma el reparo.

Contempló su chaquetón de cuero tirado en el suelo. Se lo había sacado para trabajar en la costilla; estaba raído y había perdido su color café; más parecía un pedazo de su propia piel, también descolorida y agrietada por la intemperie de aquellos páramos. «¡No poderse sacar los lomos —pensó— y renovarlos!».

De súbito, sus ojos se aguzaron como los del gato cuando vislumbra la cola del ratón; se los restregó, como si se tratara de despertar de una visión, y levantándose sigilosamente, con paso felino también, se acercó cuidadosamente, como hipnotizado por lo que veía sobre su raído chaquetón. Era una arena negra que habría saltado desde el fondo del hoyo al desprenderse de un tirón el hueso de la ballena.

La tomó temblorosamente entre sus dedos y la escarmenó; casi sin dar crédito a sus ojos, sus dedos reconocieron el fierrillo, la característica arenilla negra en cuya vecindad se encuentra generalmente el oro. Todo el desamparo de aquel apartado paraje se convirtió para Schaeffer en el más hermoso y atrayente lugar de la tierra.

Acariciando el fierrillo en el hueco de la mano, se acercó al hoyo de donde había salido; la arena y el cascajo ya lo habían cubierto de nuevo. Entonces se puso a escarbar con las dos manos, como si quisiera abrirse un camino a través del corazón de la tierra.

Al llegar al fondo sus manos se detuvieron como si hubieran asido el mundo; sus dedos palparon cuidadosamente bajo tierra, reconociendo allí la aterciopelada tersura del fierrillo, el óxido de hierro magnético, las negras arenas que hicieron desorientar las brújulas de la flota de Nassau, los primeros barcos que anclaran detrás del Cabo de Hornos.

Schaeffer hundió cuanto pudo la mano, hasta tocar el borde de la vértebra de donde se había zafado la costilla, y como con una poruña fue extrayendo el sugestivo material. Volcó parte de él en la palma de la mano, y con religioso respeto empezó a removerlo, como si su mano fuera una diminuta chaya. Examinó minuciosamente hasta el último grano de arena, pero… no había oro, era puro fierrillo. Con aletargado ademán, como si no quisiera dejar escapar aún esas arenas, entreabrió los dedos y dejó escurrir la arenisca, que fue aventada por la brisa. En su derredor el paraje volvió a su desamparo, la playa se le hizo más grisácea, hostil el mar con su cabrileo acerado, y el cielo, a pesar de los lampos que el viento abría, arreando nubes en lo alto, era un ojo despiadado contemplando esa realidad.

Pero Schaeffer continuó escarbando, ya con su cuchillo, ya con sus uñas, como un topo asustado que buscara refugio. Se detenía solo para enjugarse el sudor o cuando estaba agotado; aprovechaba esos instantes para batir de nuevo las arenas en su mano; pero, comprobando su fracaso, las arrojaba de nuevo, profiriendo con desánimo:

—¡Puro fierrillo!

A media tarde, porque no tuvo hambre ni se dio cuenta del paso del mediodía, se puso a remover otra de las costillas, con el mismo resultado; ya agotado y enrabiado, intentó con otra más pequeña. El sol, siempre avanzando entre claros de cielo y bancos nubosos, como el ánimo del hombre, iluminaba y oscurecía los contornos del lugar.

Cansado, con los nervios hechos pedazos, se sentó una vez más sobre una costilla puesta a manera de banca. Sintió por dentro una inanición semejante a la de la noche en que la bala le había atravesado la pierna. Miró su chaquetón de cuero, tan arrugado como un trapo viejo, como él lo estaba por fuera y por dentro. Pero, recuperándose, se arrodilló de nuevo a escarbar, como si la vida le fuera en ella.

La gran pepa de oro del sol empezaba también a batirse en retirada hacia la negra arena de la noche, cuando sus últimos y alargados rayos se cuajaron en unas lucecillas más amarillentas sobre la palma de la mano de Schaeffer. ¡Eran escamas de oro, que al soplo de su aliento habían quedado liberadas de la sombra del fierrillo sobre su rugosa piel!

Se quedó un buen rato mirándolo, hasta que la gota de dudosa transparencia que siempre asomaba por la punta de su nariz se hinchó y cayó, descuajándose sobre las escamas de oro. Se restregó los ojos, no ya para dejar de ver visiones, sino porque lloraban. Hacía muchos años que no lloraban aquellos ojos.

El sol, ocultándose, dejó también grandes pepas de oro en el borde de la chaya del horizonte: eran dorados cúmulos con que el crepúsculo fueguino encendía sus siempre cambiantes fantasmagorías.

Pero Schaeffer no vio la puesta del sol; para él, el sol continuaba en su mano, era su mismo color, el del más codiciado y maleable de los metales.

* * *

Si Julio Popper había inventado su famosa cosechadora de oro, unciendo el oro del mar al yugo de su ingenio, la naturaleza en aquella apartada orilla de la Tierra del Fuego había fabricado también su propia cosechadora.

Era un fenómeno natural de la Tierra del Fuego, pues mientras las pepas y escamas de oro son arrastradas en otras partes por los ríos, que las arrancan de sus lechos de cuarzo, en las costas fueguinas son arrastradas por la fuerza de las olas, que las arrancan tanto del lecho oceánico de la orilla, el extenso veril del Atlántico, como de los acantilados, en las altas mareas.

Por algún fenómeno de solevantamiento, característico también de la orilla oriental de la Tierra del Fuego, el mar se había desplazado dejando empotrado en mitad de la extensa playa el esqueleto de la ballena. Pero antes, quizá por cuánto tiempo, el andamiaje de huesos, las costillas y las grietas de las vértebras habían hecho el papel de una curiosa canaleta lavadora de oro.

Con el providencial hallazgo, la vida de los dos hombres cambió súbitamente. Las primeras pepas y escamas sirvieron para que Novak bajara hasta el puerto de Río Grande, hacia el sur, y adquiriera las herramientas, iguales a las que habían sido abandonadas con el desastre en el arroyo Beta. También se aprovisionó de víveres y tabaco, para variar lo que les brindaba la naturaleza. Un caballo y un avío malvinero para Schaeffer sirvieron para transportar esta carga.

Pero la brisa humana empezó a alejarse una vez más de esos corazones…

—Según la costumbre, a ti te corresponde la tercera parte —dijo Schaeffer, cuando con las herramientas traídas por Novak organizaron el trabajo en común y se repartieron el primer producto.

—¿Por qué? —inquirió asombrado Novak.

—Porque yo encontré el yacimiento…

—¿Yacimiento le llamas a eso? ¡Unos cuantos huesos de ballena que han recogido el oro tirado por el mar a la playa!

—Como sea, eso es mío. El esqueleto lo encontré yo y los huesos y todo lo que hay debajo de los huesos me pertenece. El resto de la playa puede ser todo tuyo y podemos trabajarlo a medias; pero esto no. ¡Bonito sería —continuó Schaeffer, con desacostumbrada locuacidad— que si mañana tú tropiezas con una pepa de oro en tu camino y yo voy detrás, tuvieras que compartirla conmigo! ¿Lo harías?

—No es lo mismo.

—Es…

Novak lo miró de alto a bajo. Medía más de un metro noventa, y su rostro cuadrado, de mentón salidizo, con sus ojos oscuros, infantiles, hizo una mueca triste, pensativa.

—Sé lo que estás pensando —profirió Schaeffer, con una sonrisa entre pícara y cruel.

—¡A mí, que te salvé la vida, me pagas así!

—Te la puedo devolver, si quieres, cóbrala; pero el oro se reparte así.

—¡La vida no se cobra, menos la de un bribón como tú! —vociferó Novak, más con amargura que con rabia.

—Sí, es cierto, no se cobra; pero el oro sí.

Novak pensó en partir, y lo hubiera hecho si los reglamentos militares no le hubieran enseñado a reflexionar un poco ante una situación. No había que abandonar nunca todo el campo al enemigo, así. ¡Era lo que hubiera querido Schaeffer: quedarse solo con todo el oro! Se quedó; pero aquella brisa no volvió jamás a refrescar sus corazones.

Poco pasaban juntos ahora en la cueva, que Schaeffer había acondicionado con un buen reparo para el viento y la lluvia, como lo había ideado, con las costillas de ballena y cueros de lobo encima. Como dos fieras desconfiadas, volcaron todas sus energías en el trabajo de lavar oro de la mañana a la noche. Se miraban recelosos hasta en las faenas de acarrear agua para sus chayas, y solo por necesidad cambiaban algunas palabras bajo la carpa de cuero de lobo, entre las piedras.

Después de cada jornada, en una balanza que se habían fabricado con dos palitos, hilos de nervio de guanaco y dos platillos del mismo cuero reseco, se repartían el oro en las partes proporcionales acordadas por Schaeffer. Si a veces la antigua brisa cordial se acercaba a orear a aquellos hombres, pronto era alejada por el recuento del oro en la balanza.

En unas pocas semanas los alrededores fueron totalmente excavados, removidos, desarticulada vértebra por vértebra la osamenta. No quedaba ya un puñado de arena ni de cascajo que no hubiera experimentado los vaivenes soslayados de la chayas, cuando Novak exclamó al final de un día:

—Yo me voy de aquí; esto no da para más.

—Sí, no da más —ratificó Schaeffer.

Ambos se quedaron un rato de pie, asombrados de todo el cascajo y arena que habían excavado a gran profundidad, y la forma cómo habían desarmado y transportado los pesados huesos de la ballena.

—¡Casi dimos vuelta toda la playa! —profirió Schaeffer, como último comentario, antes de que se alejaran.

Esa misma tarde en la cueva pesaron todo el oro que habían obtenido.

—¡Habrá cerca de un kilo! —exclamó Schaeffer, con ojos brillantes de codicia, sopesando su bolsa de cuero en la mano.

—No estuvo del todo mal —dijo Novak, depositando la suya debajo de sus cobertores de cuero de guanaco y foca.

Schaeffer, en cambio, metió su bolsa de oro en uno de los grandes bolsillos de su chaquetón de cuero y, perezosamente, salió por debajo del toldo de costillas de ballena recubierto con cueros de lobo marino.

Cada vez que se repartían el oro después del trabajo de cada día, Schaeffer hacía lo mismo. Salía de la cueva, se demoraba un rato por la pampa y regresaba, sacando de nuevo la oscura bolsa de cuero del bolsillo del chaquetón y dejándola caer ostentosamente sobre sus cobertores, algunas de cuyas puntas se mezclaban con los de Novak en la estrecha caverna bajo la piedra.

Notoriamente, los caiquenes y avutardas ya habían empezado a concentrarse en grandes bandadas en los terrenos pastosos y llanos. Una mañana ambos hombres contemplaron con cierta desazón cómo una de ellas se levantaba de pronto y, formando un gran triángulo con tres machos de guía como tres puntos suspensivos al frente, emprendía su vuelo emigratorio hacia otras lejanas regiones; habían ya criado sus polluelos entre los coironales fueguinos y se los llevaban, anunciando con su viejo instinto la cercanía de las primeras ventiscas otoñales.

—¡Hay que irse junto con estos caiquenes! —dijo Novak.

—¿Para dónde piensas cortar? —profirió Schaeffer con frialdad.

—Para el norte, hacia donde van ellos… Allá está la vida.

—Pero la vienen a buscar acá —dijo sonriendo el viejo por lo bajo.

—Cruzaré el Estrecho de Magallanes y en Punta Arenas tomaré el primer barco que zarpe; siempre lo haré hacia el norte, por cualquier lado que sea.

—Yo me voy a ir a Río Grande. También trataré de salir de esta isla; ya está bueno aquí —suspiró Schaeffer.



Un pesado silencio embargaba a los dos hombres la víspera de la partida. Comieron juntos, como lo hacían antes: un pedazo de charqui de guanaco asado y unos mates. Hacía mucho tiempo que ya no había huevos de caiquén ni de gaviota. Algo había entre ellos que no los dejaba hablar, pero tampoco levantarse de junto a la fogata; esta era misérrima, más cenizas que brasas, como es el rescoldo que queda de la mata negra, arbusto inútil, de ramas débiles y huecas, con un corazón resecado y poroso como el corcho; pero que, sin embargo, se mantiene en los páramos fueguinos.

Con la penumbra crepuscular penetraron silenciosamente a acostarse, como todas las noches, bajo la cueva de piedra. Al rato, el viejo roncaba plácidamente; pero, en cambio, Novak no podía conciliar el sueño.

Oscuros pensamientos empezaron a vagar por su mente; iban y venían, acentuando en cada regreso su oscuridad. Por alejarse de ellos, empezó a recordar los pasos que lo llevaron hasta ese apartado rincón del planeta. Los recordaba como recuerdan todos los hombres en la sombra, desvelados, pisando a grandes zancadas en el pasado, sobre pilotes azarosos, iluminados aquí y allá por la memoria con las ocultas razones que la llevan a vagar por el espeso mar del olvido.

Se había venido de Europa como sargento artillero, a cargo de una batería de la casa Krupp, que debía competir con la Schneider y otras firmas armamentistas en las afueras de Buenos Aires, para una propuesta del gobierno argentino. Siempre tuvo una imaginación un poco infantil, como son a menudo las estratagemas guerreras, y en esa ocasión se le ocurrió una superchería para que su cañón y sus proyectiles superaran a los competidores. En la noche se las ingenió para regar con kerosene los blancos que le correspondían. Al día siguiente, en la prueba ante las autoridades militares, sus proyectiles no solo destruyeron los objetivos, sino que, además, incendiaron los blancos.

Un compatriota lo tentó, ofreciéndole el puesto de administrador en una estancia de Las Heras, en la Patagonia argentina, y se vino al sur, a militarizar la ganadería. La estancia era muy modesta y no compensó las ambiciones del sargento Fritz Novak, que se imaginó vivir como un rey en sus dominios, como lo eran en la realidad los administradores de los grandes establecimientos de las compañías inglesas. Pero él era alemán, y siempre los alemanes han andado a la zaga de los ingleses en sus colonizaciones.

Por esa época ocurrió un hecho en las costas de más al sur de la estancia donde trabajaba: un cúter lobero que navegaba frente al dilatado y bajo cantil de la costa patagónica, en busca de la boca oriental del Estrecho de Magallanes, fue sorprendido por un temporal y arrojado a la playa del cabo bautizado por Hernando de Magallanes con el nombre de Once Mil Vírgenes; los náufragos, al abrir un pozo en busca de agua, se encontraron con que aquel légamo contenía abundantes partículas de oro puro. La desgracia del naufragio se convirtió en golpe de suerte y la noticia del descubrimiento se expandió por el mundo. De todos los rincones de la tierra llegaron los eternos aventureros en busca del preciado metal. La «Zanja a Pique», que así se llamaba el lugar por los altos paredones con que la pampa se cortaba en la playa del Atlántico, se convirtió de la noche a la mañana en un campamento improvisado, donde se toparon individuos de todas las nacionalidades. Pero uno, por sus conocimientos y audacias, se destacó de entre ellos. Fue el ingeniero rumano Julius Popper, «don Julius», como le empezaron a decir desde que se toparon con su personalidad. Popper estaba en las riberas del Yang Tse cuando supo la noticia del oro, y como una golondrina de Salang emprendió inmediatamente el vuelo desde la milenaria China hasta la virgen Patagonia.

El sargento Novak también dejó su estancia y emprendió su corto vuelo de Las Heras hasta la «Zanja a Pique». Esta dio bastante oro, pero no tanto como para que luego empezaran a defenderse a balazos las pertenencias.

Julio Popper levantó la vista por sobre el Estrecho de Magallanes y su ojo de ingeniero le hizo ver que las costas orientales de la Tierra del Fuego, que quedaban al frente de la «Zanja a Pique», eran de la misma formación geológica que la Patagonia.

Buscó entre aquellos aventureros a los más audaces y decididos —por eso también le devolvieron después con rebeldía el acierto de su selección— y organizó con ellos una expedición a la Tierra del Fuego. Fueron los primeros hombres blancos que a sangre y fuego atravesaron el Onasín, como llamaban

los indios onas a su país, dejando tras sí, como huella del primer contacto con la civilización, los cadáveres de esos aborígenes.

Con la experiencia recogida en la «Zanja a Pique», Popper organizó, inmediatamente que descubrió el oro del páramo, una guardia armada, a cuyo mando puso al ex sargento alemán Fritz Novak, que había caído predestinado para tan alto cargo.

¿Qué había obtenido él de todo eso? ¡Solo una vida de peripecias y peligros por guardarle las espaldas al amo! Porque apenas tuvo su fuerza armada, Popper se había convertido, como él mismo se llamaba, en el «Rey del Páramo». ¡Él, que fue algo así como su segundo, ahora estaba escondido entre las piedras como un ratón!

En su mente surgió nítida la imagen del rumano: ancha la frente, de un blanco azulado el rostro, con bigote y barba rojos, nariz recta, algo roma, ojos verdes, culebrinos y de una acerada indiferencia al mirar. Una voz imperiosa completaba la imponencia de su figura elevada y robusta.

La parecía escuchar todavía aquella voz, acompañada de los ojos centelleantes, cuando arengaba a su tropa, frente a la cual él, Novak, permanecía de pie, cuadrado como un perfecto comandante: «¡Soldados: las dos fuerzas motrices que mueven a la sociedad humana son el hambre y la cárcel, como el pedazo de carne y el garrote frente al perro! ¡No somos más que eso, señores: necesidad de alimentarnos, de defender nuestras vidas, de procrearnos en el vientre de las mujeres!… ¡El hambre obliga al hombre a comer y la cárcel a trabajar para que no robe su comida! ¡De modo que siempre hallaremos en el fondo un estómago vacío, base de todo esfuerzo! ¡Pero el hombre debe superarse a sí mismo y solo en él encontrar su propia salvación! ¡Mirad aquella bandera que eleva invencible el blanco de la justicia que guía nuestras armas y el azul del cielo que protege vuestros pasos! ¡Los hechos heroicos que os elevan quedarán por sobre todas las riquezas materiales!».

Entendieran o no lo que decía, como las frases en italiano con que colgaba a los desertores, el hecho era que todos, incluso él, se sentían dominados por la presencia tanto como por la peroración de aquel hombre.

«¡Claro —pensó Novak en la sombra, bajo la piedra—, era muy buena filosofía para él: los hechos heroicos para unos y para el amo las riquezas por las que tenía que elevarse para conquistar el cielo! ¡Bribón!» —murmuró para sí, cuando recordó la escena final en que él desenvainaba el sable después de la peroración y al unísono con su tropa contestaban la arenga del amo: «¡Con usted hemos vivido; moriremos si usted muere!».

Repitió las frases creadas por el mismo Popper y que él tuvo que enseñar a los soldados para que las repitieran en coro como un juramento al jefe… «¡Con usted hemos vivido; moriremos si usted muere!». Dio un suspiro profundo, de rabia y compasión por sí mismo. ¡No había sido más que un pobre tonto que sirvió para atemorizar a otros más tontos! ¡El rumano lo había manejado como uno de esos fantoches de paja que él mismo fabricara para engañar a indios y zarrapastrosos! ¿Tenía que ser la vida así: el hambre y la cárcel para que el hombre no robara su comida y tuviera que trabajar, que producir? ¿Había en el fondo de todo esfuerzo un estómago vacío?

El viento del oeste empezó a soplar con fuerza en la alta noche; su ancho látigo se rasgó ululando entre las aristas de los huesos de ballena a la entrada de la cueva, y un cuero de lobo suelto empezó a retumbar sordamente como un tambor entre las costillas del cetáceo.

Schaeffer tuvo un leve despertar con el retumbo, emitió un quejido y se dio media vuelta en su camastro de pieles; al rato proseguía roncando.

¡La vida era igual en todas partes!, volvió a decirse Novak con su lenguaje silencioso entre las sombras. ¿Acaso no había servido él lo mismo que en la Tierra del Fuego en otro ejército más grande que de vez en cuando también servía para contener a palos y metralla al pueblo hambriento que quería lanzarse a quitarles su mascada a los ricos? ¡También había allá, en otras playas, comandantes de grandes fuerzas armadas, manejados como fantoches por algunos amos habilidosos que fabricaban arengas con que engañar a las gentes! ¡Qué simples eran las cosas de repente: un pedazo de pan y un garrote para enseñar a conducirse al perro! ¿Qué más era el hombre? ¿Cómo no lo había visto así antes? ¿Cómo no lo había descubierto con la simplicidad con que lo decía Popper? ¡Había que reconocer que el tipo era vivo, inteligente! ¡Había dominado la naturaleza poniéndola a su servicio y así también dominaba a los hombres para su enriquecimiento! Salvo que para el mar empleaba su puro ingenio y para los hombres las horcas y los fantoches de paja y de carne y hueso.

¡Y si el oro del páramo era el mismo de todas partes! Corrían detrás del metal amarillento, porque daba de comer sin tener que trabajar, ni caer en la cárcel, compraba el amor y el poder. Había que ver cómo cambiaban antes y después de tenerlo en sus manos… ¿Acaso ese viejo avariento que roncaba a su lado no acababa de demostrárselo? ¡Apenas sus uñas habían agarrado un poco de oro, se había convertido en un pequeño Popper señalándole su mascada! Tanto al uno como al otro les había salvado la vida para que al día siguiente lo trataran como lo habían hecho.

De pronto, dejó de criticar a los demás y su mudo lenguaje se volvió contra sí mismo. ¿Pero acaso él no andaba corriendo detrás del oro también? ¿Acaso en cierta ocasión no había baleado indios onas para cortarles las orejas y venderlas a los ganaderos que empezaban a instalarse en los coironales de Tierra del Fuego? ¡Había recibido una libra esterlina por cada par de orejas! Recordó la escena de la matanza en los faldeos, detrás de cabo Domingo. Y se había metido en la partida de cazadores de indios —lo recordaba como justificándose—, porque alguien se lo propuso como una aventura, cuando estaba borracho en un quilombo de Río Grande. Si no, no lo hubiera hecho. Los onas con sus mujeres y niños regresaban de las playas del cabo, cargados con cormoranes y pingüinos, cuando los atacaron desde el peñón del cabo, a mansalva y sin misericordia. Habían caído cuatro o cinco bajo las balas de su carabina. Uno de ellos era una niña; recordaba su hermoso cuerpo desnudo, porque en la huida se le había caído la capa de guanaco; pero no así su rostro, que no se atrevió a mirar cuando le cortó las orejas… Nuevamente se maldijo por ese acto, el más negro de su vida, que ocultaba en el fondo de su conciencia y por el cual tuvo que emborracharse con las mismas libras esterlinas durante varios días.

Schaeffer dejó de roncar y un resoplido agitado siguió ritmando su tranquilo sueño. Novak dio vuelta la cara para tratar de ver la del viejo en la oscuridad, pero solo atisbó su sombra bajo la piedra. Así también habían quedado los indios onas después de aquella matanza, como pesadas sombras volcadas sobre el pasto coirón… Tembló otra vez al recordarlo, pero más tembló cuando se dio cuenta de que su mente seguía atisbando de soslayo la sombra de Schaeffer, que respiraba fatigosamente, dormido… ¿Acaso aquel viejo avaro no era más que una sombra del hombre? ¡Tal vez valía menos que un indio! Seguramente, porque los indios también eran seres humanos… Después de los indios veníamos nosotros, en los negros designios de Popper, había dicho en una ocasión Schaeffer. ¡El muy bribón le había racionado el oro igual que un Popper!… El oro que estaba allí ahora al alcance de su mano… Podía quitárselo. El viejo era más débil que él, y si oponía resistencia… ¡Bueno…, qué importaba si era menos que un ona, apenas una sombra respirando bajo las piedras!…

Novak buscó el cuchillo, que había puesto debajo de su cabecera, y lo desenvainó… No había para qué verle el rostro; mejor que cuando le cortó las orejas a la muchacha india… Se quedó pensativo, con la cacha en la mano; era algo molesto tener que decidirse así fríamente… Había oído decir que los criminales natos asesinaban con angustia…, con una especie de vértigo

inevitable… Pero él no; estaba sereno, tranquilo, no era un criminal nato. Levantó lentamente la cacha…

El viendo volvió a sacudir la piel de lobo sobre las costillas de la ballena, como un parche de tambor desvencijado, y a salmodiar su silbido entre las piedras… Novak detuvo su puñal en lo alto; no veía al viejo, pero escuchaba su respiración, fatigosa de vez en cuando. No, no era una sombra, sino un ser vivo, dormido y suspirante, tal como lo encontrara esa noche, tendido en la pampa, cuando le encargara su vida al malvado Spiro… Su vida, que él salvara, conduciéndolo en su propio caballo y taponeándole la herida… La vida que ahora le iba a quitar por culpa del oro… Fue bajando lentamente la cacha del cuchillo en las sombras, hasta tocar su frente; se dio con ella dos o tres veces como golpeando sobre un dintel, llamando o buscando algo perdido… Luego se restregó los ojos en la oscuridad, como desprendiendo una telaraña para reconocer lo que acababa de encontrar, y apartó el puñal de su frente, dando un tajo desmayado en las livianas sombras.

—¿Qué pasa? —profirió Schaeffer, incorporándose súbitamente, medio dormido, sobre un codo.

Novak permaneció en silencio y respiró como si durmiera. Solo contestó el retumbar del cuero de lobo adosado a las costillas de la ballena, que era lo que había despertado a Schaeffer, y el viento con su eterna salmodia entre las oquedades pétreas. El viejo se dio otra media vuelta y continuó roncando como antes; al rato, otro ronquido se dejó oír a su lado, plácido y estirado, como el ruido que hacen los remos acompasados de dos bogadores sobre una tersa superficie.



Ambos se levantaron temprano al día siguiente a ensillar sus cabalgaduras; se repartieron amigablemente los enseres y emprendieron el camino hacia las serranías de Carmen Sylva.

—Yo corto para el puerto —dijo Schaeffer, cuando estuvieron en la huella que conduce al sur, hacia Río Grande.

—Yo me voy para Río del Oro —dijo Novak, señalando con amplio gesto del brazo hacia el noroeste, y agregó, mientras se estrechaban las manos en señal de despedida—: ¡Cuida la bolsa, es todo lo que tienes en la vida!

—Es la vida… —profirió Schaeffer, con su parsimoniosa frialdad.

Ambos se separaron al tranco de sus caballos; a las ancas ya no iba montada la derrota.

Poco antes de perderse en las primeras estribaciones de Carmen Sylva, Novak lanzó un fino y largo silbido de despedida. Schaeffer se dio media vuelta en la montura y con desgano levantó el brazo contestando el último saludo.

A tranco lento siguió por la huella del sur, que va ondulando entre suaves lomajes pampeanos. A poco andar, detuvo el caballo, y como un zorro viejo dio vuelta solo la cabeza hacia las serranías. Así estuvo mirando atentamente un buen rato; después, tranqueando al amparo de los lomajes que lo ocultaban de cualquier mirada que pudiera venir de la sierra, volvió riendas en dirección del lugar que acababan de abandonar.

Cuando llegó a los alrededores del montículo de piedras donde se habían refugiado, oteó de nuevo hacia las serranías lejanas, y, desmontándose, escarbó en una pequeña cueva de cururo abandonada. Introdujo la mano y luego todo el brazo en la galería cavada por el pequeño roedor, extrayendo en seguida una bolsa de cuero amarrada con tientos de guanaco. Desató la amarra, y sus ojos brillaron de placer al contemplar las pepas y escamas de oro que había en su interior.

—¡Tu mejor escondite será siempre la tierra! —murmuró.

La volvió a atar y cuidadosamente la guardó en el bolsillo de su chaquetón. Después, del otro bolsillo sacó otra bolsa de cuero, en todo semejante a la que acababa de desenterrar; la desató, miró su interior, y mientras la vaciaba al aire, exclamó riendo, con una risa cascada: ¡Puro fierrillo!

Y el viento esparció por la pampa esa sombra del oro, cuya sola presencia advierte su vecindad.

Se guardó la bolsa vacía, con la que había simulado ante Novak llevar el oro, montó y, cortando camino, siguió al tranco en busca de la huella que conducía a Río Grande.

Desde el sur, una gran bandada de caiquenes venía labrando el cielo con sus millares de alas pardas; cuando pasaban por sobre su cabeza, uno de ellos se desprendió de la bandada y como una hoja otoñal fue a caer sobre el pasto coirón. Al instante, surgieron cuatro o cinco caranchos que empezaron a revolotear en torno del agotado ganso salvaje. Dos o tres se dejaron caer a pique contra la vieja ave solitaria, que se defendió como pudo con sus grandes alas grises y su amarillo pico espatulado. Las aves de rapiña, a pesar de su número, retrocedieron acobardadas, mirando desde lejos a su víctima con fieros ojos enrojecidos. Luego volvieron todos juntos a la carga y entre una nubecilla de alas y picotazos ultimaron al viejo caiquén rezagado.

Schaeffer, que se había detenido a contemplar el desigual combate, se bajó del caballo y se dirigió en busca del caiquén muerto. Lo tomó y lo amarró por las patas a los tientos de su montura.

—¡Nadie sabe para quién trabaja! —díjoles a los caranchos, que lo miraban con rabia impotente, zanqueando con sus garras y sacudiendo sus enhiestos penachos.

Montó, y a trote cansino endilgó riendas hacia el sur, mientras que por el norte se perdía la bandada, como un pedazo de pampa fueguina que huyera de las cercanas crueldades invernales.

En el caballo de la aurora

Al profesor Humberto Fuenzalida

Pasó como un bólido a la distancia, aventando algo oscuro e informe debajo de la panza, y solo se detuvo cuando se vio dentro del corral de tropillas.

Todos abandonamos nuestro almuerzo en el comedor chico de la estancia y corrimos a ver lo que sucedía. Afortunadamente, solo se trataba de los bastos de montura y de algunos pellones que en la loca carrera se habían deslizado hasta las verijas del animal. Las riendas también estaban tronchadas por los pisotones, y el espumoso sudor demostraba que el zaino había galopado un largo trecho.

—¿Quién montaba este caballo? —preguntó Clifton, el segundo administrador.

—El contador salió con él esta mañana —respondió Charlie, el capataz de campañistas.

—¿Adónde?

—A Última Esperanza, para Puerto Consuelo, creo que me dijo.

—¿No es este el Cabeza Rota? —inquirió el segundo, mirando de arriba abajo al humeante zaino.

—Es él —replicó Charlie.

—¿Y por qué le dio este animal al contador?

—No había otro…, ya había largado la tropilla al campo cuando vino a buscar caballo…, y no la iba a rodear de nuevo para él solo.

—¿Por qué no le pasó su caballo de guardia y usted se quedó con este?

—Cada cual tiene su tropilla… No me gusta que cualquiera ande descomponiendo mis caballos.

—Míster Handler no es cualquiera… Es el contador y, además, es una maldad suya haberle dado este animal, sabiendo cómo salió de su última

amansadura… ¡Pues bien, parta en seguida a averiguar qué es lo que le ha pasado al contador! —ordenó Clifton, con energía.

—¡No, iré yo! —me interpuse.

Pasé a comer rápidamente algunas chuletas, cambié el zaino por otro caballo que me facilitó un capataz, y con él del cabestro partí tras los rastros de Alfredo Handler, contador de la estancia Las Charitas, situada en la margen sudeste del lago Toro, en la región patagónica de Última Esperanza.

Por el camino no pude menos que ir pensando en la maldad que significaba haber entregado a Handler, hombre no muy de a caballo, un animal como el Cabeza Rota, producto del último amanse del campañista Charlie. Este había sido un buen amansador en otros tiempos; pero ahora, ya viejo, con las clavículas y las piernas mal resoldadas, amansaba más con la cacha de su rebenque que con la lonja. De esta manera, el zaino había quedado precisamente con ese nombre por haberle roto el cráneo a cachazos, no pudiendo dominarlo con las piernas. Pero lo más grave fue que el caballo adquirió la peligrosa maña de bolearse, es decir, que se paraba en dos patas y se lanzaba con el cuerpo atrás, tratando de aplastar al jinete.

El viejo amansador no solo se había vuelto malo con los animales, sino también con sus semejantes, pues cada vez que alguien era volteado por un caballo, una sonrisa maligna florecía en sus labios, y era una satisfacción poco disimulada en él dar el peor animal al recorredor de campo más inexperto.

Todo ello me impulsó a interponerme para ir en busca del contador; no tenía confianza en Charlie, quien era muy capaz de llevar el mismo caballo y hacérselo montar para verlo caer de nuevo.

Además, estimaba a Handler. Era un hombre demasiado culto y delicado para el rudo ambiente de la Patagonia, y lo había conocido en sus buenos tiempos, cuando llegara como ayudante de contador a la estancia Cerro Guido. Y digo sus buenos tiempos, porque así como los lagos patagónicos van descendiendo al mar cada vez menos espejeantes, la mente de Handler fue, al parecer, sufriendo el mismo descenso, por su afición al whisky, decían algunos, o de sus lecturas, en las cuales se enfrascaba días y semanas, decían otros. Lo cierto es que después de haber sido un excelente contador en las grandes estancias de la Sociedad, llegó a serlo de la más pequeña, esta de Las Charitas, de unos cincuenta mil ovejunos, y así nombrada por la abundancia de avestruces que se crían en sus praderas.

Al vadear un riacho, pude observar los rastros frescos de un caballo que había pasado de ida y vuelta, lo que me convenció de que en realidad el

contador había viajado hacia Puerto Consuelo, en la ribera sur del seno de Última Esperanza, donde a veces tenía que tratar asuntos relacionados con embarques de cueros y lana. Apenas verifiqué los rastros, puse espuelas y galopé decididamente en esa dirección, con el otro caballo de tiro.



Declinaba la larga tarde de noviembre cuando los enrarecidos robledales que caracterizan a la región costera de Última Esperanza me indicaron que me acercaba a Puerto Consuelo.

Poco a poco las sombras empezaron a envolver los ramajes del camino, dándoles esa impresionante animación que seguramente los árboles contienen en sus savias, pero que no logran transmitir en las tranquilas palmas de sus hojas. Me alarmé un poco, no tanto por la inquietud nocturna de los ramajes como porque todavía no había dado con mayores rastros de Handler.

Pronto apareció el cerro, de unos seiscientos metros de altura, en cuyo faldeo se encuentra ubicada la famosa cueva del Milodón, abertura de más o menos ochenta metros de ancho, por treinta de alto y doscientos de profundidad. En ese mismo faldeo sur se encuentran otras cavernas menores, y a unos tres kilómetros al este, una de casi la mitad del tamaño de la del Milodón.

El paraje se torna un poco raro aquí, posiblemente porque el incendio que destruyera los bosques de robles circundantes dejó solo negros esqueletos retorcidos, al pie de los cuales surgían ya los renovales, abrazándose dramáticamente a los espectros de sus antepasados. Sin embargo, frente a la ancha boca de la cueva del Milodón el fuego había respetado una orla boscosa que daba al lugar un misterioso aire de jardín milenario.

Me detuve a inspeccionar los contornos, y no hallando a primera vista nada, decidí registrar las cuevas menores, comenzando por la que quedaba más al este. En breve galope estuve en su entrada, me bajé del caballo y penetré en ella voceando. Encendí algunos fósforos, pero las sombras eran tan espesas, que la luz se volvió hacia mí encandilándome. Me interné cuanto pude en aquella oquedad, pero tampoco encontré allí nada, lo mismo que en las otras de menor tamaño.

Me dirigí entonces a la del Milodón, dispuesto a inspeccionarla en forma más minuciosa. Mirada desde la distancia, el óvalo de entrada, con algunos peñascos saledizos, semejaba la bocaza de un gran sapo negro que se confundía con el cuerpo de la noche.



A poco entrar, después de haber dejado los caballos amarrados junto a un roble, grité con un grito largo llamando a Handler. La propia voz da a veces mucha seguridad en las sombras; pero esta vez mejor no hubiera gritado, pues un lejano y desgarrante grito me contestó desde muy adentro de la caverna. Atesando los nervios, recordé el fenómeno que me habían contado unos ovejeros que en día de mal tiempo se habían pasado a guarecerse allí: una persona vista a la distancia, dentro de la cueva, parece encontrarse a cientos de metros cuando no está a más de diez. Alguna deformación podría ocurrir también con la voz devuelta por el eco a través de la acústica milenaria, y las colgantes estalactitas no serían muy ajenas a ese extraño efecto.

Vencí el temor con otro grito, que rebotó en forma menos rara en la oquedad de aquel umbral prehistórico, y esta vez, detrás del eco surgió otro grito que, aunque me hizo de nuevo temblar, me permitió reconocer en él, lleno de alegría, el acento de Handler.

Lo descubrí por fin en el fondo de la caverna, detrás de un pequeño lomaje de peñascos, sentado junto a una pequeña fogata.

—¡Qué hay, Handler! —le grité, acercándome a tropezones.

—¡Hola! —me replicó, y con un gesto vago me invitó a sentarme junto a él, mientras recogía del suelo pelotillas de bosta seca con que alimentaba la fogata.

—Ando en su búsqueda —le dije, y agregué ansiosamente—: ¿Le ha pasado algo grave?

—No sé nada… —me respondió con una voz un poco descuajada de la realidad, con ese metal destemplado con que hablan las personas en los sueños.

—Nos alarmamos, porque su caballo llegó desbocado a las casas de la estancia…

—Se habrá escapado, no sé… —dijo con el mismo acento ausente.

Atisbé en derredor, tratando de encontrar la causa que supuse de aquel raro estado del contador, pero no divisé ninguna botella de licor. Handler era algo dipsómano, y algunas veces el whisky lo embrutecía tanto, que en más de una ocasión lo encontramos chapoteando en el lodazal que se formaba con los deshielos frente al comedor chico; pero esta vez demostraba no haber bebido ni una sola gota de alcohol.

La pequeña hoguera seguía luchando débilmente con las espesuras de la caverna, iluminando a trazos el delgado rostro de Handler y haciendo bailar confusamente su silueta contra la pared rocosa, de cuyo techo colgaban las estalactitas como grandes lágrimas fantasmales. El contador era un hombre de unos cincuenta años; de cabellera entrecana, alto, delgado, de nobles y finos rasgos, con un destello azul grisáceo en los ojos, y un rictus, entre bondadoso y triste, en el lado derecho de los delgados labios.

—Salgamos de esta cueva —le dije, tomándolo suavemente del brazo.

—¿Para qué? —me replicó—. ¡Espere un poco, tengo que decirle algo!…

Me senté junto a él, con las piernas cruzadas, como hacen los caminantes, descansando sobre los talones.

Recogió un buen puñado de bosta seca del suelo, y luego otros, arrojándoselos a la fogata. Era un estiércol muy seco que no se parecía ni al de los guanacos ni al de los caballos; más bien una tierra parda, cuyo humo también tenía olor a tierra quemada.

Dio un súbito resplandor y las sombras se refugiaron fantásticamente entre los nidales de estalactitas; pero una bandada de sus jirones más densos empezó a revolotear en nuestro entorno, emitiendo grititos guturales como si fueran confusas palabras que brotaran de la misma piedra. Me agaché sobrecogido de cierto pavor, y confieso que permanecí allí solo al ver la expresión impasible de Handler, quien parecía recibir con placer el aleteo de aquellos mariposones negros que chillaban como pequeños fuelles desvencijados.

Más tranquilo quedé cuando uno de esos vestigios se detuvo sobre el hombro de Handler, pues se trataba de murciélagos. El pequeño mamífero volador nos miró a uno y a otro con sus ojillos como dos ascuas negras; restregó el hociquillo cual un diminuto cóndor que se limpiara el pico en el borde del ala, y se quedó sobre el hombro del contador, parpadeando a la luz de las llamas; la bandada se adosó de nuevo a sus nidales entre las estalactitas.

Handler miró al animalillo parado como un ratón sin cola sobre su hombro, luego a mí, con su aire ausente, y en el rictus se desdibujó una

sonrisa vaga, triste. Dejó caer las manos con un gesto escéptico sobre sus rodillas, y me habló con una voz también lejana y perdida, mientras miraba atentamente el fuego, como si fuera otra lengua que le comunicara algo, entreabriendo remotas sombras del pasado.

—Fue cuando sobrevino la inmensa ola de frío —empezó diciendo, siempre con su trizado acento—. Todavía no aprendíamos a articular palabras; nuestro idioma no era más que como esos chillidos guturales de los murciélagos; pero nos entendíamos perfectamente, y lo que no lo decían los labios, lo expresaban nuestras manos, nuestros ojos, la cara toda…

«Del fuego solo conocíamos lo que vomitaban los volcanes y el que lanzaba el rayo de tarde en tarde sembrando la destrucción. Pero no sabíamos hacerlo para calentarnos, y entonces la ola de frío nos impidió seguir viendo en las praderas, donde cogíamos tallos y alguno que otro animal dormido a enfermo. Las nutrias y los ratones eran nuestros preferidos, porque podíamos matarlos a piedrazos o a palos, engulléndolos crudos. O bien, seguíamos las huellas del gran tigre con dientes de sable, recogiendo a escondidas la carroña que él no comía…

»La ola de frío nos empujó hasta estos rincones boscosos. Muchos de los animales pequeños perecieron, y los más fuertes se refugiaron también en los bosques. Entre ellos un pequeño caballo dorado como la luz del alba, que a veces acorralábamos entre los valles estrechos para comerlo.

»En las praderas las mujeres y los niños eran de todos, y todos cuidábamos de ellos. Pero cuando llegaron los hielos y con ellos el hambre y el frío, cada uno se apartó con una mujer a vivir solos. Yo traje la mía a esta caverna; puse dos estacas marcando la entrada, y al que traspasaba sus límites lo derribaba de un mazazo.

»En las praderas rebosantes de sol podía encontrarme con otros hombres y juntarme con ellos para acorralar alguna bestia; pero cuando llegó la ola fría y me refugié en esta cueva, ya no pude ver otros hombres sin odiarlos.

»Entre los animales había uno muy grande, que comía cogollos, como nosotros. Tenía una piel gruesa cubierta de escamas como piedrecillas blancas, por entre las que salían sus cerdas rojas como el sol de la tarde. Cuando se paraba sobre sus patas traseras, afirmándose en la corta y gruesa cola como en otra pata, alcanzaba con su largo hocico hasta el corazón de los altos árboles, donde hallaba las ramas más tiernas para su alimento, y así parecía otro árbol más vivo que se movía de ramaje en ramaje…

»Un día hostigué con un palo a uno de estos grandes animales y lo traje hasta la cueva. Hice una cerca de piedras, encerrándolo, y le traje ramas y

pastos para que permaneciera tranquilo en cautividad. Cuando tenía hambre lo mataba a mazazos y con el filo de las piedras lo descueraba, lo descuartizaba y me lo comía crudo. Tuve muchos rebaños de estos grandes animales, unos tras otros, encerrados en la cueva que dividí en dos partes: una para ellos y otra para la mujer y yo.

»Así resistí un buen tiempo la gran ola fría. La mujer tuvo un niño y lo envolvimos con gruesas pieles para conservarlo, pero se murió de frío. Hice una cuevita allí en la piedra y lo sepulté para que nos acompañara un poco estando allí. Al poco tiempo la mujer también murió. Hice otra cueva y la enterré al lado del niño, para que no estuviera tan sola»…

A Handler se le enterneció de pronto la voz como a un niño y su labio superior empezó a tiritar como presa del frío. Se llevó la mano a la frente y ocultó su vista del fuego. El murciélago continuaba como una pequeña sombra más, cuajada sobre su hombro, y solo sus ojillos continuaban latiendo dormidamente a los reflejos. Luego Handler apartó su mano de la frente y tomando otros puñados de estiércol los arrojó a las llamas. Estas aletearon de nuevo, haciendo danzar las sombras, y en la pared, por el lado del este, se divisaron efectivamente dos nichos abiertos: una de las sepulturas era más pequeña que la otra.

—Desde aquí —continuó Handler— podía ver la gran ola blanca detenida en la otra orilla del brazo de mar; pero en realidad avanzaba inexorablemente. De cuando en cuando la cresta de la gran ola se agrietaba lanzando ensordecedor trueno, y los hielos se desmoronaban un poco más entre los bosques.

«En una ocasión en que los truenos aumentaron, salí corriendo en busca de otros hombres para que me acompañaran, pero cuando me acerqué a otras cavernas salieron con sus garrotes y me rechazaron como yo había hecho antes con ellos. ¡Ay, cómo me hacían falta la suave mirada de la mujer y la pequeña mano del niño!…

»Un día los hielos tronaron tanto, que el bosque se llenó de los alaridos, relinchos y rugidos de los animales espantados. Traté de salir de la cueva, pero una avalancha de bestias aterrorizadas venía hacia acá, por el faldeo. Muchos siguieron cerro arriba, pero un grupo de ellos, al ver la boca de la caverna, penetraron aquí… Recuerdo aún el pequeño caballo doralillo, como el color de la aurora, que galopó hasta ese rincón, seguido del gran puma de dientes de sable y luego del peludo gigante, de la nutria de los pantanos y otros más.

»El tiempo corrió tan inexorablemente como el tronar de los hielos, que se derrumbaban cual tablazones gigantescas. Los animales y las aves seguían invadiendo cerros y bosques con sus gritos despavoridos. Pero un estampido colosal resonó más fuerte que los otros, y la caverna en entenebreció con una luz más turbia…

»… Traté de levantar mi pecho, pero el corazón, como un ratón asustado, se trepó a mi garganta… La turbia luz se condensaba entre la pared y la cerca de piedras, en la que domesticaba al gran animal… Y era precisamente uno de ellos el que había ensombrecido la caverna, pues había escapado de la cerca y permanecía con su gigantesco cuerpo vacilando entre penetrar en la caverna aterrorizado por el estampido o echar a correr campo afuera.

»Otras moles cenicientas siguieron a la primera y empezaron a venírseme encima… Hui hacia el rincón más profundo de la caverna; pero el rugido del gran puma de dientes de sables me contuvo. Apegado a él, el pequeño caballo alazán dorado relinchaba de terror; pero, hecho extraño, el rugiente puma no hacía ademán de echarle sus garras y comérselo; ambos estaban tan espantados como la gran nutria de los pantanos, que maullaba como un manojo de nervios, o como el peludo gigante, que tosía sordamente, cual si fuera la misma garganta de la caverna, atascada por la fugitiva manada. En medio de la baraúnda, mezclada al tronar de los hielos, el claro relincho del pequeño alazán se oía como un luminoso clarín en las tenebrosas tinieblas…

»… ¿Son los ventisqueros los que retumban?… ¡No, porque no graznan así!… Es la mole cenicienta, es el gran animal… Su largo hocico es el que grazna y gime así, derribándose como una estropeada trompeta del juicio final… Los otros también berrean lastimeramente y avanzan, avanzan hacia mí más rápida e inexorablemente que los mismos hielos…

»… Todo se confunde, estampido, trueno, mugido, nutria de los pantanos, tos cavernaria, ulular de peludo, ceniza de hielo y bosque, pájaro, pez, tallo, relincho del pequeño caballo de la aurora…

»… Una pata enorme, sí; una pata enorme…, cenicienta, avanza y avanza hasta hundirse en mi pecho. ¡Ay, pero sobreviene un relámpago de pronto! Su luz atraviesa por las antiguas praderas del sol, donde los tallos son jugosos y los frutos cuelgan redondos… El relámpago vuela, y en un esguince ilumina toda la feliz pasada… Bosques que se sacuden como cabelleras sueltas en la tempestad… ¡Soy el tallo más tierno, hijo del agua y del viento! El viento, el viento, que ahora me descuaja y me arrebata por los aires… ¿Qué va a ser de mí? ¿Volveré otra vez a la rama de algún bosque de donde ningún viento

pueda arrebatarme? ¿O me iré definitivamente transformado en errante ráfaga?

»… Los mugidos guturales, los últimos relinchos del caballo de la aurora se van apagando, aplastados por la ceniza… El último relámpago con su postrero esguince luminoso desprende ahora a la mujer… Desde la pared de piedras se desliza sigilosamente hacia mí, como si quisiera acompañarme… Sonríe con tristeza, porque viene a decirme adiós… Me acerco y le pregunto: "¿Cómo está el niño?". Con gesto desvaído me responde que está bien… ¡Entonces el niño está bien!… ¿Pero no estaba muerto? ¿Cómo puede estar bien un muerto? ¿Viven? ¿No estaba muerta ella también? Me acerco y rozo su sonrisa cenicienta con mis labios… ¡Qué ricos son! Son como las praderas cuando avanzaron los hielos, como un cogollo muerto… ¡Ahora sé, me está fingiendo que está viva! ¡Su helada y suave carne de mujer miente! ¿Qué quiere de mí, si está muerta? ¡Ceniza que deja el trueno o su relámpago, me desprendo de ella, pero no sé hacia dónde voy! ¡Tal vez alguna eterna ráfaga errante me lleve hacia otra parte donde cuaje de nuevo la vida! ¿Pero si renazco volveré a tener memoria de lo vivido? ¡Debiera! Porque si no, más vale no resucitar, porque el olvido es lo único que está verdaderamente muerto».

Handler detuvo su inconexa peroración… Elevó la mirada hacia la techumbre cubierta de colgantes estalactitas, como si la caverna toda llorara un perpetuo y nocturno llanto milenario. Volvió la cabeza entrecana como una estalactita más viva y cenicienta, buscó algo en las sombras y, al no hallarlo, se llevó otra vez la mano a la frente y se apretó los ojos. El murciélago sacó una finísima lengua, se rechupó con ella el hociquillo, y con el borde de su ala se enjugó algo así como una diminuta lágrima.

—¡Vámonos, Handler! —le dije, espantando de su hombro al animalejo, que se elevó como un ínfimo cóndor, batiendo sus dos pequeños paraguas de cuero negro en vez de alado plumaje.



La noche de noviembre estaba fresca e iluminada afuera. Una luna llena avanzaba como un gran diamante redondo por entre nubes algodonosas, que se confundían con las nieves eternas de los altos picachos, por el noroeste del seno de Última Esperanza. Más arriba, la Cruz del Sur planeaba hacia las Nebulosas de Magallanes, que como dos ubres gigantescas alimentaban de lechosa claridad a toda esa parte de la órbita.

Montamos y emprendimos el regreso a la estancia, íbamos calladamente, uno detrás del otro, confiados en el paso seguro de nuestros caballos. De tarde en tarde, en alguna vuelta del camino, la luna hacía avanzar la sombra de la cabalgadura de Handler enredándola a los cascos de la mía…

Pasada la medianoche llegamos a la península del lago Toro, cuyo extremo se corta por el río más corto que posiblemente exista, pues no tiene más de treinta metros de largo y con su corriente une a los lagos Maravilla y Toro.

Un arroyo detuvo el paso de nuestros caballos en una hondonada, donde se pusieron a beber. Las copas de los robles se abrían un poco más allí, dejando paso a la luna que rielaba en las aguas hasta los belfos, de donde caía como un cristal roto cuando los caballos levantaban sus cabezas para saborearla.

Una nube de jejenes, esos característicos mosquitos del lago Toro, nos envolvió hostigándonos. Los dejé tranquilamente que se posaran sobre mis manos y picaran, para darme el gusto de verlos caer, pues estos insectos mueren al chupar la sangre humana.

Pero la nube de jejenes se abalanzó de preferencia sobre Handler, y este manoteó nerviosamente sobre su nuca arrancándoselos a puñadas. De pronto, vi que su mano brilló a la luz de la luna como un ramo de sangre.

—¡Usted está herido! —le dije, acercándome.

—No sé… —me replicó, mirándose la mano ensangrentada.

Los jejenes insistían en apelotonarse tras la nuca del contador y un hililllo de sangre empezó a escurrir por el cuello, bajo la camisa.

—Déjeme verlo —proferí, espoleando mi caballo.

Bajo el cuero cabelludo, en la base del cráneo, tenía una herida restañada, pero con la picada de los mosquitos y sus propios manotazos se había desprendido la costra coagulada, desangrándose de nuevo. Le amarré con un pequeño pañuelo la herida para defenderla de los mosquitos, que continuaron hostigándonos hasta que abandonamos la zona boscosa para entrar en las suaves colinas que dan comienzo a la plena pampa patagónica.

La ribera del lago se hizo más baja y plana, sin árboles, lo que permitió que la luz argentada de las aguas trascendiera a los pastizales de coirón con rara luminosidad. Aún más encantamiento adquirió esta luz de la luna reflejada por la llanura de plata del lago y los coironales, cuando penetramos en un extenso campo de paramelas, matojo cubierto de pequeñas y tupidas flores amarillas, que alcanzaba hasta los corvejones de los caballos. Curiosa planta es esta paramela de las riberas del lago Toro, de intenso perfume, cuyas

hojas y tallos reemplazan muchas veces al té y a la yerba, aunque dicen que cuando se recarga la infusión da dolor de cabeza y produce alucinaciones.

La plata del lago se transformó en oro puro cuando estuvimos metidos en medio del campo de paramelas. Los manojos florecidos, hollados y triturados por los cascos de nuestros caballos, exhalaron su perfume capitoso, que nos fue envolviendo, lo mismo que la luz dorada que nos hacía imaginar andando por las praderas de la luna.

Del suelo se levantó de pronto un grupo de avestruces, un gran macho con sus cinco hembras, que se lanzaron a correr, sesgando la llanura con su jaspeado plumaje. Handler taloneó su caballo y se lanzó en persecución de las grandes aves. Mucho más veloces que el animal, trasmontaron luego una colina, en cuya cumbre Handler sofrenó las riendas.

A tranco lento continué esperándolo; pero al ver que permanecía en la colina como una estatua ecuestre, me decidí pacientemente ir a buscarlo. Montaba un alazán tostado, y cuando me acerqué noté que ambos, hombre y bestia, se habían incorporado al aura de aquella noche de mágica belleza, en que las paramelas doraban la faz de la tierra con una luz más viva que la que reflejaba nuestro muerto satélite.

Me infundió respeto la impresionante quietud del hombre y la bestia. Ambos contemplaban extasiados el vasto paisaje. Era como si hubiesen llegado al término de un largo galope, hasta una orilla de donde se columbraba un mundo espectral, cuyo límite no se atrevían a traspasar.

En su precipitada fuga, las grandes aves habían hecho levantarse de sus nidos otros grupos de avestruces, que empezaron a juntarse en el perfil de una colina cercana, atisbando, curiosas como siempre, a los que habían venido a perturbar su nocturna paz.

—¡Qué bien ha hecho usted en venir —me dijo de pronto Handler—, porque así podrá haber otros ojos que contemplen lo que ven los míos!

«Porque aquí —continuó— están las primeras siete colinas que surgieron del mar. Entonces no existíamos aún sobre la tierra, y en sus orillas, entre algas y hierbas, fueron ellos los primeros que hollaron los prados de los primeros barros del mundo.

»La luz se alzó por primera vez de los pantanos en sus pequeño cerebros, y sus delgadas lenguas atinaron los primeros sabores terrestres. Dejaron, eso sí, que sus grandes huevos los empollara el sol, y un día en que el astro padre se enfrió un poco no supieron defender su origen. Los huevos no germinaron y esas grandes especies perecieron».

—¿De qué me habla? —le pregunté.

—¿Que no los ve usted acaso?

—¿Quiénes?

—¡Los dinosaurios…, los dinosaurios! —exclamó con júbilo—. ¡Allí están sobre sus primeras colinas del mar!

—Son los avestruces que usted sacó de sus nidos —le advertí, señalando a las «charas» que caminaban a grandes zancadas en el perfil de la otra colina, arreadas siempre por sus grandes machos, cuyos cuellos altos y elásticos se movían ondulando como brazos que nos hicieran significativas señales.

—¡Qué lástima que usted no pueda ver lo que mis ojos ven! —replicó con tristeza.

—¡Vamos, Handler! —le dije, tomándole suavemente una de las riendas y apartándolo hacia la huella que conducía a las casas de la estancia.

Al rato, iniciábamos un buen galope para llegar cuanto antes. Al dejar el campo de las paramelas y su embriagador perfume, la luz violeta que precede al amanecer invadió los vastos coironales, desplazando rápidamente el embrujado reflejo que la luna enviaba aún desde la cercanía de su ocaso. Como un latido lento pasó aquel resplandor violáceo, y la cruda luz de la alborada reveló plenamente todos los contornos de la naturaleza patagónica. La brisa de la madrugada sacudió los pastos, despertándolos, y un diamante más glorioso reemplazó al de la luna, rayando de través toda la tierra.

* * *

Acabábamos de sentarnos para almorzar en el comedor chico de la estancia, tres días después, cuando de pronto vimos ponerse intensamente pálido a Handler; un repentino temblor la sacudió y se desplomó afirmándose contra el borde la mesa.

Todos nos incorporamos en su ayuda para que no resbalara al piso, y en seguida lo acomodamos en un sillón. El segundo administrador, algo atolondrado y presuroso, trató de abrirle los dientes con el mango de una cuchara y de darle agua; pero uno de los capataces lo detuvo, advirtiéndole que podía aspirar el líquido y ahogarse.

—El corazón late —profirió Clifton, después de haberlo auscultado.

En aquel apartado rincón nadie podía pensar en un médico, y así fue que le aflojamos las ropas como único auxilio y lo dejamos en reposo.

Tres días habían transcurrido desde la noche en que las alucinaciones de Handler me hicieron sospechar sobre su juicio, dañado tal vez por el golpe recibido en la base del cráneo. Pero lo extraño fue que durante esos tres días se había desempeñado normalmente en su oficina de la contaduría; claro es

que no le veíamos nada más que en las horas de comida, y durante ellas había hablado cuerdamente de cosas de rutina, si bien es cierto que ninguna vez se refirió a su accidente ni volvió a sus fantásticos relatos. Tampoco ninguno de nosotros hizo alusión a su caída del caballo, guardando la discreción que siempre usa la gente de campo en estos casos.

—¡La sopa se enfría! —advirtió el segundo, sentándose a servirnos desde la cabecera de la mesa, pues él era el de mayor jerarquía.

Aunque nadie tenía deseos de almorzar ante la incógnita de nuestro compañero enfermo, nos sentamos, más para acompañar al desaprensivo segundo. Pero nuestras primeras cucharadas de sopa fueron interrumpidas por un débil quejido, como el de un ternero nuevo, que empezó a emitir el postrado contador.

Poco a poco la mortal palidez fue desapareciendo y dio paso de nuevo a la vida, que floreció en sus ojos con un destello gris. Era la vida, y nos sentimos muy aliviados después de aquellos largos minutos en que la vimos desaparecer del rostro amigo.

Handler se incorporó a medias en el sillón y nos fue mirando uno a uno, como si nos reconociera después de un largo olvido.

—¿Qué le pasó? —inquirió el segundo.

—Se me boleó el caballo… —contestó, llevándose una mano a la nuca mientras miraba extrañado en su derredor, y agregó—: ¿Pero dónde estoy? Yo…, yo… me caí del caballo frente a la cueva del Milodón…

—Eso sucedió el martes y hoy estamos a viernes —replicó el segundo, dejando sorber ruidosamente su sopa.

—¿Cómo?… —preguntó sorprendido Handler.

—El martes cayó usted del caballo —intervine—. El animal llegó desbocado a la estancia y fui a buscarlo hasta que di con usted dentro de la cueva del Milodón. Lo encontré ya de noche… ¿No se acuerda? ¡Estaba haciendo fuego en el interior de la cueva!

—No puede ser… Me acuerdo que el caballo se espantó a la vista de la cueva, se paró en dos patas y se tiró para atrás… Sentí un golpe aquí en la cabeza y no supe más… hasta ahora, en que desperté creyendo que todavía estaba en ese mismo lugar.

—Eso pasó hace tres días —insistió el segundo—. Mientras tanto usted ha trabajado en su oficina y ha venido a comer con nosotros todos los días.

—¿Trabajando?… ¿Yo…, en mi oficina?

—Sí, usted.

—No puede ser, no… ¿Qué he hecho? ¿Qué he dicho?

Handler inclinó de lado la cabeza como buscando algo que se le hubiese quedado atrás. Cerró el ojo derecho con un rictus amargo y ocultó una mitad de la cara, como si una dolorosa sombra hubiera caído sobre ella. Durante esos tres días no se había afeitado, y el repunte de su barba entrecana, junto a la cabellera algo blanca ya, acentuaba esa impresión de hombre caído a medias en el pasado.

—Perdónenme —profirió—, no sé nada de lo que me ha ocurrido después de la caída del caballo.

—Es mejor que tome un poco de sopa caliente —le dije, cuando sospeché que el segundo insistiría curiosamente.

Pero Clifton tuvo un gesto comprensivo cuando, levantándose de la mesa para el trabajo, me dijo:

—No salga esta tarde al campo, quédese en el comedor chico acompañando a Handler.

Nos instalamos con el contador en el pequeño salón de la casa de empleados, y bastó un fósforo para que la estufa, ya preparada por el mozo, nos brindara un buen fuego. Handler salió y volvió al rato con una botella de whisky y dos vasos.

—Bebamos un trago primero para matar los gusanos… —me dijo, sonriendo por primera vez.

—Gracias —le dije—. Es conveniente que aclaremos este enredo primero y luego tomaremos.

—Bueno —me dijo, abandonando la botella de mala gana y sentándose en otro sillón, frente a la estufa, en cuyo interior ya chisporroteaba cordialmente el fuego—. ¡Pero parece que es usted el que tiene que aclarármelo todo! —agregó.

—¿De veras, Handler, que usted no recuerda nada de lo que ha hecho en estos tres días?

—¡Nada…, se lo aseguro! Mi último recuerdo es una especie de baraúnda endiablada que llegó junto con el golpe al caer del caballo… Después, nada. Hasta que empecé a despertar con un ruido confuso de aguas… Eran las voces de ustedes en el comedor chico, que cuando se aclararon me trajeron sus rostros… ¡Pero le juro que yo creí encontrarme aún en el suelo frente a la cueva del Milodón!

—¿Y no recuerda el viaje que hicimos en la noche hasta la madrugada?

—No.

—¿Ni lo que me contara?

—No.

—¡Caramba, son como tres días no vividos!

—¡Así es; en esos tres días me parece que no he vivido!

—Entonces quiere decir que usted estaba como en otros mundos desde que lo encontré junto a su fogata en la cueva del Milodón.

—¿Mi fogata?…

—Había hecho fuego con bostas secas cuando lo encontré, y a su lumbre me contó una extraña historia.

—Sí, ese suelo tiene un metro y medio de una capa de estiércol milenario… Según Rodolfo Hauthal, un paleontólogo, corresponde al de Gripotherium Domesticum, un megatérido que el hombre interglacial de la Patagonia domesticó, encerrándolo en esa cueva como en un gran establo… ¿Pero qué pude haberle contado yo con respecto a eso?

Narré a Handler lo más auténticamente que pude todo lo que él me había relatado, y como he tratado de hacerlo ahora.

—Es simplemente fantástico lo que me ha contado —me dijo, cuando terminé.

—Lo que le he recontado —rectifiqué—, pues no he hecho más que devolverle su curiosa historia.

—¡Bastante curiosa!… —exclamó Handler—. ¡Pero más curiosa aún, porque en este caso de amnesia que parece que me produjo el golpe, lo que le conté en tal estado coincide totalmente con las excavaciones que hizo Hauthal en la cueva del Milodón a fines del siglo pasado!

«En efecto —continuó—, este investigador encontró allí dos sepulturas vacías y restos humanos del hombre prehistórico que habitó en la Patagonia… Estaban estos restos debajo de la capa de estiércol, junto a los de cuatro animales desconocidos hasta entonces por la ciencia y que pertenecían a otros tantos órdenes diferentes. Por los cráneos que se hallaron, otros huesos y pedazos de piel, uno de esos animales tenía el tamaño de un rinoceronte y se asemejaba más a un oso hormiguero que a un perezoso. Hauthal comprobó que el troglodita mataba a este gran desdentado, lo descuartizaba y se lo comía crudo, pues no sabía utilizar el fuego aún. Los cráneos, que pueden verse en el Museo de La Plata y los pedazos de piel en el de Santiago y Punta Arenas, revelan que fueron muertos a mazazos y que este hombre primitivo se servía de láminas de piedra para despedazar al gran animal.

»Lehman-Nitsche y Santiago Roth estudiaron y clasificaron los hallazgos de Hauthal, entre los que había restos de un peludo gigante, una especie de quirquincho de gran tamaño y un felino más grande que todos los hasta ahora conocidos.

»Pero lo que más llamó la atención de estos hombres de ciencia fueron los restos de un pequeño caballo, que ahora se conoce con la denominación técnica de Onohippidium Saldiasi. De este curioso animal se encontraron hasta los cascos, uno de los cuales todavía contenía la última falange con el cartílago, y una corona de pelos en su nacimiento. Era un pelaje fino y de color amarillo claro. No cabe duda de que se trataba de un remoto antepasado del caballo, que se extinguió en la Patagonia dejando solo ese rastro… ¡El del caballo de la aurora de la vida!».

—¿Y qué me dice usted de la visión que le hizo ver en modestas «charas» a grandes dinosaurios?… —inquirí, ya completamente cautivado por las revelaciones que de sus conocimientos científicos me hacía Handler.

¡Ah!… —profirió, como tratando de escarbar en su memoria—. ¡Los gigantescos reptiles que en otros tiempos dominaron toda la vasta Patagonia, que, como usted sabe, es un lecho oceánico que afloró a través de siete solevantamientos! Pues bien, el sabio inglés Huxley hizo el notable descubrimiento, confirmado después por Scope y otros hombres de ciencia, de que estos antiguos dinosaurios son los intermediario entre ciertos reptiles y ciertas aves; estas últimas eran de la familia a que pertenecen los avestruces, la más grande de nuestras aves vivientes —terminó el contador, mientras el fuego, aunque oculto y domesticado entre sus paredes de hierro, seguía lengüeteando desordenadamente.

De cómo murió el chilote Otey

Alrededor de novecientos hombres se reunieron a deliberar en la meseta de la Turba; eran los que quedaban en pie, de los cinco mil que tomaron parte en el levantamiento obrero del territorio de Santa Cruz, en la Patagonia.

Dejaron ocultos sus caballos en una depresión del faldeo y se encaminaron hacia el centro de la altiplanicie, que se elevaba como una isla solitaria en medio de un mar estático, llano y gris. La altura de sus cantiles, de unos trescientos metros, permitía dominar toda la dilatada pampa de su derredor y, sobre todo, las casas de la estancia, una bandada de techos rojos, posada a unos cinco kilómetros de distancia hacia el sur. En cambio, ningún ojo humano habría podido descubrir la reunión de los novecientos hombres sobre aquella superficie cubierta de extensos turbales matizados con pequeños claros de pasto coirón. En lontananza, por el oeste, solo se divisaban las lejanas cordilleras azules de los Andes patagónicos, único accidente que interrumpía los horizontes de aquella inmensidad.

Los novecientos hombres avanzaron hasta el centro del turbal y se sentaron sobre los mogotes, formando una gruesa rueda humana, casi totalmente mimetizada con el oscuro color de la turba. En el centro quedó un breve claro de pampa, donde se movían los penachos del pasto con reflejos de acero verde.

—¿Estamos todos? —dijo uno.

—¡Todos!… —respondieron varios, mirándose como si se reconocieran.

Muchos habían luchado juntos contra las tropas del Diez de Caballería, que comandaba el teniente coronel Varela; pero otros se veían por primera vez, ya que eran los restos del «Río del Perro», «Cañadón Once» y otras acciones libradas en las riberas del lago Argentino.

Este lago, enclavado en un portezuelo del lomo andino, da origen al río Santa Cruz, que atraviesa la ancha estepa patagónica hasta desembocar en el Atlántico. En época remota, un estrecho de mar, tal como el de Magallanes hoy día más al sur, unió por esta parte el Océano Pacífico con el Atlántico,

burilando en su lecho los gigantescos cañadones y mesetas que desde el curso del río ascienden, como colosales escalones paralelos, hasta la alta pampa. Por estos cañadones de la margen sur, un amansador de potros, cabecilla de la revuelta, apodado «Facón Grande» por el cuchillo que siempre llevaba a la cintura, obtuvo éxito con tácticas de guerrillas, tratando de dividir los tres escuadrones que componían el Diez de Caballería. Usando más sus boleadoras, lazos y facones, que las precarias armas de fuego de que disponían, mantuvieron a raya en sus comienzos a las fuerzas del coronel Varela. El río mismo, cuyo caudal impide su paso a nado, sirvió para que Facón Grande y sus troperos, campañistas y amansadores de potros, se salvaran muchas veces de las tropas profesionales, vadeándolo por pasos solo por los indios tehuelches y ellos conocidos.

—¡Parece que nos va a llover! —dijo un amansador alto y espigado.

Los que estaban sentados a su alrededor alzaron la vista hacia un cielo revuelto y la fijaron en un nubarrón más denso que venía abriéndose paso entre los otros como un gran toro negro.

—¡Ese chubasco no alcanza hasta aquí! —dijo un hombrecito de cara azulada por el frío y de ojos claros y aguados, arrebujándose en su poncho de loneta blanca.

El amansador de potros dio vuelta su angulosa cara morena, sonriendo burlonamente al ver al hombrecito que hablaba con tanta seguridad del destino de una nube.

—¡Que no nos va a alcanzar…, luego veremos! —le replicó.

—¡Le apuesto a que no llega! —insistió el otro.

—¿Cuánto quiere apostar?

—¡Aquí tengo cuarenta nacionales! —respondió el del poncho blanco, sacando unos billetes de su tirador y depositándolos sobre el pasto, bajo la cacha de su rebenque.

El amansador, a su vez, sacó los suyos y los depositó junto a los otros.

En ese momento un hombre de mediana estatura, ágil y vigoroso, de unos cuarenta años, se levantó del ruedo y avanzó hasta el breve claro de pampa. Iba vestido con el característico apero de los campañistas: espuelas, botas de potro, pantalón doblado sobre la caña corta, blusón de cuero, pañuelo al cuello, gorro de piel de guanaco con orejeras para el viento, y atrás en la cintura, el largo facón con vaina y cacha de plata.

Facón Grande puso las manos en los bolsillos del pantalón y las levantó empuñadas adentro, como si se apoyara en él algo invisible. Se empinó un poco, levantando los talones, y adquirió más estatura con un leve balanceo; el

gesto, ceñudo, miraba fijamente hacia el suelo; una ráfaga pasó con más fuerza por sobre la meseta y los penachos del coirón devolvieron la mirada con su reflejo acerado. Los novecientos hombres permanecían a la expectativa, tan quietos y oscuros como si fueran otros mogotes, un poco más sobresalidos, del turbal.

De pronto, todos se removieron de una vez y el círculo se estrechó un poco más en torno de su eje.

—Bien —dijo aquel hombre, dejando su balanceo y soldándose definitivamente a la tierra—, la situación todos la conocemos y no hay más que agregar sobre ella. Esta misma noche o a más tardar mañana el Diez de Caballería estará en las casas de la última estancia que queda en nuestras manos. El traidor de «Mata Negra» ya les habrá dicho cuál es el único paso que nos queda por la cordillera del Paine para ganar la frontera. Ellos traen caballos de refresco, se los habrán dado los estancieros; en cambio, los nuestros están ya casi cortados y no nos aguantarán mucho más… Nos rodearán, y caeremos todos, como chulengos. No queda otra que hacerles frente desde el galpón de la esquila de la estancia, para que el resto de nosotros pueda ponerse a salvo por la cordillera del Paine.

El círculo se removió algo confundido al escuchar la palabra «nosotros»… ¿Quiénes era esos «nosotros»? ¿Acaso Facón Grande, uno de los cabecillas que habían iniciado la revuelta en el río Santa Cruz, también se incluía entre los que debían escapar por el Paine, mientras otros disparaban hasta su último cartucho en el galpón de la esquila?

Un murmullo atravesó como otra helada ráfaga por el oscuro ruedo de hombre.

—¡Que se rifen los que quedan! —dijo alguien.

—¡No, eso no!… —exclamó otro.

—¡Tienen que ser por voluntad propia! —profirieron varios.

—¿Quiénes son esos «nosotros»? —inquirió uno con frío sarcasmo.

Facón Grande volvió a empinarse, tomando altura, se inclinó cual si fuera a dar un tranco contra un viento fuerte, y levantó los brazos calmando el aire o como si fuera a asir las riendas de un caballo invisible. La murmurante rueda humana se acalló.

—¡Nosotros, lo que empezamos esto, tenemos que terminarlo! —dijo con una voz más opaca, como si le hubiera brotado de entre los pies, de entre los mogotes de la turba. Empinándose de nuevo, dirigió la vista por encima de los que estaban sentados en primer plano, y agregó, con un acento más claro—: ¿Cuántos quedamos de los que éramos del otro lado del río Santa Cruz?

Unas cuarenta manos levantadas en el aire, por sobre las novecientas cabezas, fue la respuesta. El mismo Facón Grande levantó la suya, con las invisibles riendas en alto, ahora tomadas como si fuera a poner pie en el estribo de su imaginaria cabalgadura.

—¿Qué le parece? —dijo el hombrecito de poncho de lona blanca, codeando al amansador de potros, que se sentaba a su lado y quien había sido uno de los primeros en responder con la mano en alto.

—No quedaba otra… Está bien lo que ha hecho Facón.

—No… Yo le preguntaba por lo de la nube —dijo, haciendo un gesto hacia el cielo.

—¡Ah!… —profirió el amansador, levantando también la cara con una helada mueca de sorpresa.

Ambos divisaron que el toro negro empezaba a deshacerse, descargándose como una regadera sobre la llanura, a la distancia. El aguacero avanzó con sus cendales de flechecillas espejeantes; pero al aproximarse a los lindes de la meseta desapareció totalmente, quedando del oscuro nubarrón solo un claro entre las nubes, por donde pasó un lampo que lamió luminosamente a la llovida pampa.

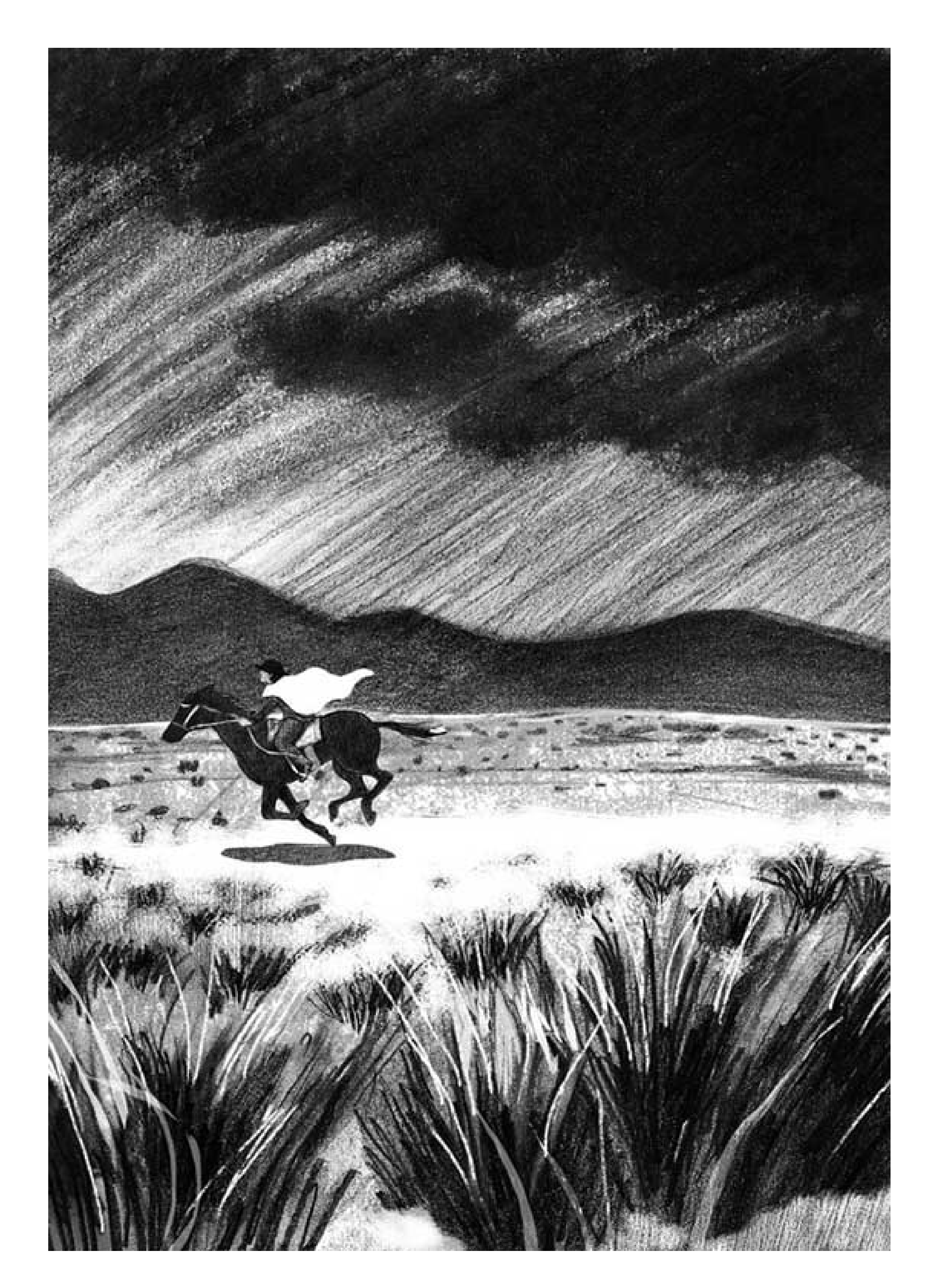
—¡Da gusto ver llover cuando uno no se moja! —dijo el amansador con sorna.

—¡Sí, da gusto! —replicó el del poncho blanco, y se agachó a recoger el dinero ganado en la apuesta.

Los hombres empezaron a esparcirse por entre el turbal hacia el faldeo en donde habían dejado ocultos sus caballos. El viento del oeste sopló con más fiereza por el claro que había dejado el nubarrón, y aquel páramo, desnudado, adquirió bajo el cielo una expresión más desolada.

No hubo ninguna clase de despedida. Los que partieron hacia la cordillera del Paine lo hicieron cabizbajos, más apesadumbrados que alegres de avanzar hacia las serranías azules donde estaba su salvación. Los cuarenta troperos de Facón Grande, también sombríos, se dirigieron inmediatamente hacia el cumplimiento de su misión.

De pronto, desde la multitud en éxodo hacia el Paine se desprendió un jinete que a galope tendido avanzó en pos de la retaguardia de los troperos. Todos, de una y otra parte, se dieron vuelta a mirar aquel poncho de lona blanca que flameaba al viento, como si fuera una última mirada de despedida.



—¿Otra apuesta? —díjole burlonamente el amansador, cuando lo vio llegar a su lado.

—Es… que… —replicó el del poncho, dubitativamente.

—¿Qué?

—Yo le llevo su plata, y usted… se queda guardándome las espaldas…

—¡A usted le va a hacer más falta! —replicó el amansador, fastidiado.

—¡Chilote tenía que ser!… —profirió rudamente por lo bajo otro de los troperos.

El rostro de ojos claros y aguados se encogió parpadeando, como si hubiera recibido un violento latigazo.

—¡Aquí está su plata! —respondió con voz ronca, y agregó—: ¡Yo no la necesito tampoco!

—¡El juego es juego, amigo; llévesela y parta pronto! —exclamó otro.

—¿Qué le pasa a ese hombre? —dijo Facón Grande, sofrenando su caballo.

—Es una plata de juego —le explicó el amansador—. Apostamos a una nube y él ganó. Ahora parece que quiere devolvérmela como si me fuera a hacer falta… ¿Habrase visto?

—Yo no he vuelto por la plata —dijo el aludido, dirigiéndose al cabecilla—. Lo de la plata salió sin querer entre mis palabras… Pero yo he venido hasta aquí, porque quiero también pelear con los del Diez de Caballería.

Los que escuchaban el diálogo, haciéndose los distraídos, se dieron vuelta de súbito a mirarlo.

—Pero usted no es del otro lado del río Santa Cruz —le dijo Facón.

—No; era lechero en la estancia Primavera cuando empezó la revuelta. Después me metí en ella y aquí estoy; quiero pelearla hasta el final, si ustedes me lo permiten.

—¿Qué les parece? —consultó el cabecilla a los troperos.

—Si es su gusto…, que se quede —contestaron varias voces con gravedad.

Antes de perderse en la distancia, muchos de los que marchaban camino del Paine se dieron vuelta una vez más para mirar: el poncho blanco cerraba la retaguardia de los troperos, flameando al viento como un gran pañuelo de adiós.



Al caer la noche, los troperos se hallaban ya atrincherados en el galpón de esquila de la estancia. Acomodaron gruesos fardos de lana en los bretes de entrada y de salida, a fin de que por entre los intersticios dejados pudieran apuntar sus armas hacia un amplio campo de tiro. En cambio, desde afuera, se hacía poco menos que imposible meter una bala entre los claros de aquellas imbatibles trincheras de apretada lana. Centinelas permitieron que todos descansaran un poco mientras la noche avanzaba.

—¡De puro cantor se ha metido en esto! —dijo el amansador de potros al hombre de poncho blanco, cuando acomodaban unos cueros de oveja para recostarse junto a sus trincheras comunes.

—¡Ya estoy metido en la cueca y tengo que bailarla bien! —replicó.

—A lo mejor le picó aquello de «chilote tenía que ser»…

—Sí, me picó eso; pero yo venía decidido a que me dejaran con ustedes… ¡Quería pelearla también! ¿Por qué no? Y a propósito, dígame, ¿por qué miran tan en menos a los chilotes por estos lados? ¿Nada más que porque han nacido en las islas de Chiloé? ¿Qué tiene eso?

—No, no es por eso; es que son bastante apatronados… y se vuelven matreros cuando hay que decidirse por las huelgas, aunque después son los primeros en estirar la poruña para recibir lo que se ha ganado… A mí también me dolió un poco eso de «chilote tenía que ser», porque yo nací en Chiloé.

—¿Ah…, sí? ¿En qué parte?

—En Tenaún… Me llamo Gabriel Rivera.

—Yo soy de la isla de Lemuy… Bernardo Otey, para servirle.

—¿Y siendo lemuyano, cómo se metió tan tierra adentro? ¡Cuando los de Lemuy son no más que loberos y nutrieros!

—Ya no van quedando lobos ni nutrias… Los gringos las están acabando. Aunque uno se arriesgue a este lado del golfo de Penas, ya no sale a cuenta, y la mujer y los chicos tienen que comer… Por eso uno se larga por estos lados.

—¿Cuántos chicos tiene?

—Cuatro, dos hombres y dos mujercitas… Por ellos uno no se mete de un tirón en las huelgas… ¿Qué dirían si me vieran volver con las manos vacías? ¡A veces se debe hasta la plata del barco, que se le ha pedido prestada a un pariente o a un vecino! Y uno no puede andarle contando todo esto al mundo entero… Por eso seremos un poco matreros para las huelgas… ¿A usted no le pasa lo mismo? ¿No tiene familia allá en Tenaún?

—No; no tengo familia. Me vine de muchacho a la Patagonia. Me trajo un tío mío que era esquilador. Murió un tiempo después y me quedé solo aquí… Siempre que me acuerdo de él, pienso cómo me embolinó la cabeza con su Patagonia —continuó el amansador, cruzando sus manos por debajo de la nuca, y agregando con voz nostálgica—: Tocaba la guitarra y cantaba tristes y corridos de por estos lados… Me acuerdo la vez que me dijo: «Allá en la Patagonia se pasa muy bien… Se come asado de cordero todos los días… y se montan caballos tan grandes como los cerros…». ¿Dónde está la Patagonia?, le pregunté un día. «¡Allá está la Patagonia!», me respondió, estirando el brazo hacia un lado del cielo, donde se divisaba una franja muy celeste y

sonrosada. Desde ese día la Patagonia para mí fue eso, y no me despegué más de sus talones hasta que me trajo. Una vez aquí, ¡qué diablos!… ¡Los caballos no eran tan grandes como los cerros y el pedazo del cielo ese siempre estaba corrido por el mismo lado y más lejos!…

»Trabajé de vellonero —continuó el amansador—, de peón y recorredor de campo. Después, por el gusto a los caballos, me hice amansador. He ganado buena plata domando potros, soy bastante libre. Pero… fuera de las ñatas que uno baja a ver de vez en cuando a Río Gallegos o Santa Cruz, no se sabe lo que es una mujer para uno, ni lo que sería un hijo… ¿De qué vale la plata entonces, si uno no ha de vivir como Dios manda? El corazón se le vuelve a uno como esos champones de turba: lleno de raíces, pero tan retorcidas y negras, que no son capaces de dar una sola hebra de pasto verde… Por eso será que uno no le tiene mucho apego a esta vida tampoco, y se hace el propósito como si no valiera nada… Le da lo mismo terminar debajo del lomo de un arisco o en una huifa como esta en que nos hallamos metidos… En cambio, usted debiera agarrar su caballo y espiantar para el Paine… Lo esperarán allá en Lemuy una mujer y unos niños.

—¡Ya no, ya!… ¿Quiere que le diga una cosa? ¡Me dio vergüenza que nadie se hubiera quedado de los que cortaron para el Paine!

—Muchos quisieron quedarse, pero Facón los convenció de que debían marcharse. Cuantos menos caigamos es mejor, les dijo, y yo le encuentro la razón… ¡Ah…, cómo se la habríamos ganado con Diez de Caballería y todo, si no es por ese crumiro de Mata Negra!

—¿Por qué habrá empezado todo esto?

—¡Hem…, quién lo sabe! La mecha se encendió en el hotel de Huaraique, cerca del río Pelque… La tropa atacó a mansalva y asesinó a todos los compañeros que allí estaban… Entonces nos bajó la pica, y con Facón Grande nos echamos a pelear todos los que éramos de campo afuera, campañistas, amansadores, troperos y algunos ovejeros que eran buenos para el caballo… Se la estábamos ganando, cuando sucedió la traición del Mata Negra, hijo de… ese. Se dio vuelta y se puso al servicio de los estancieros.

—Más o menos todo es sabido —dijo Otey, con voz apagada entre las sombras—; pero yo me pregunto: ¿por qué diablos no se arreglan las cosas antes de que empiecen los tiroteos, porque después no las arregla nadie?

—¡Qué sé yo!… Bueno, unos dicen que es la crisis que ha traído la Gran Guerra… Parece que los estancieros ganaron mucha plata con la guerra, pero la despilfarraron, y ahora que vino la mala nos hacen pagarla a nosotros… Y todo fue por el pliego de peticiones… Pedíamos cien pesos al mes para los

peones y ciento veinte para los ovejeros… Ni siquiera yo iba en la parada, porque la doma de potros se hace a trato… También se pedían velas y yerba mate para los puesteros, colchoneta en vez de cueros de oveja en los camarotes, y que se nos permitiera más de un caballo en la tropilla particular… Pero parece que había otras cosas todavía… En el Coyle, compañeros con varios años de sueldo impago y que habían mandado a guardar el dinero de sus guanaqueros, fueron fusilados y esa plata se la embuchó el administrador. A otros les pagaron con cheques sin fondo y se quedaron dando vueltas en las ciudades. El coronel Varela se dio cuenta de todo esto y primero estuvo de nuestra parte; pero los potentados reclamaron a su gobierno, y en los diarios le sacaron pica al coronel, diciéndole que era un incapaz y hasta cobarde. Entonces el hombre tuvo rabia y pidió carta blanca para sofocar el movimiento; se la dieron, regresó a la Patagonia y empezó la tostadera —dijo el amansador de potros, dando término a su versión de la huelga.

Con las primeras luces del alba se repartió un poco de charqui, y por turnos se dirigieron a la casa de máquinas, en el fogón de cuya caldera algunos habían hervido agua para el mate. Arriba, en el altillo de la prensa enfardadora de lana, oteando los horizontes, un tropero modulaba a media voz una lejana vidalita:

Más de un año ausente, vidalitá…
estuve de esta tierra.
Hoy al encontrarte, vidalitá…
ya me has despreciado.
Y eso es lo que llamo, vidalitá…
ser un desgraciado.

La tonada fue interrumpida de pronto por una voz de alarma que dese otro lugar del techo anunció la entrada de las tropas del Diez de Caballería por la huella que conducía a las casas de la estancia.

Todos corrieron a sus puestos, mientras dos escuadrones de caballería, de más o menos cien hombres cada uno, desmontaron a la distancia, tomando posiciones en línea de tiradores.

No bien entrada la mañana, se dejaron oír los primeros disparos de una y otra parte. Una ametralladora empezó a tartamudear sus ráfagas, destrozando los vidrios de las ventanas, y las tropas empezaron a cercar desde el campo abierto el galpón de esquila.

Con un disparo aislado uno de los troperos volteó visiblemente al primer soldado de caballería; mientras rastrillaba su carabina para dispararle a otro, profirió en voz alta la conocida versaina con que se tiran las cartas en el juego de naipes llamado «truco»:

Viniendo de los corrales
con el ñato Salvador
¡ay, hijo de la gran siete,
ahí va otro gajo de mi flor!

El duelo prosiguió sin mayores alternativas durante toda aquella mañana, entre ráfagas de ametralladoras, fuego de fusilería y grandes ratos de silencio muy tenso. Habían caído ya varios soldados, sin que una sola bala hubiera logrado meterse por entre los sutiles intersticios de los gruesos fardos de lana, tras los cuales los troperos estaban atrincherados después de haber cerrado las grandes puertas del galpón de esquila, enorme edificio de madera y zinc, construido en forma de T, y solo circundado por corrales de aguante, mangas y secaderos para el baño de las ovejas, todo hecho de postes y tablones.

Pronto ambos bandos se dieron cuenta de que eran difíciles de diezmar. Los unos, dentro del galpón, bien atrincherados tras los fardos; y los otros, soldados profesionales, avanzando lenta pero inexorablemente en línea de tiradores, con la experiencia técnica del aprovechamiento del terreno. El objetivo de estos era alcanzar los corrales de madera para resguardarse mejor en su avance. Pero los de adentro conocían bien la intención y la hacían pagar muy cara cada vez que alguien se aventuraba a correr desde el campo abierto para ganar ese amparo. Fatalmente caía volteado de un balazo, y su audacia solo sería de seria advertencia para los otros.

Facón Grande había dado la orden de no disparar sino cuando se tenía completamente asegurado el blanco, con el objeto de ahorrar balas, causar el mayor número de bajas y demorar al máximo la resistencia, a fin de que los fugitivos tuvieran tiempo de alcanzar hasta los faldeos cordilleranos del Paine, donde se encontrarían totalmente a salvo.

Otra noche se dejó caer con su propio fardo de sombras, interponiéndolo entre los dos bandos. Ambos aprovecharon cautelosamente para darse algún respiro, y con la madrugada reanudaron su porfiado duelo.

En ese segundo día ocurrió algo insólito: uno de los soldados, enloquecido posiblemente por la tensión nerviosa del prolongado duelo, se lanzó solo al asalto con bayoneta calada. Los del galpón no lo voltearon de un tiro, sino

que abrieron curiosamente las grandes puertas y lo dejaron entrar; luego lanzaron el cadáver por una ventana para que nadie quisiera hacer lo mismo.

Pero la táctica empleada dio al coronel Varela un indicio: que las balas de los sitiados estaban escasas, si no se habían agotado ya. Era lo que él había previsto y esperaba ansiosamente dar la orden del ataque que pusiera término a ese porfiado duelo, en que había caído ya cerca de un tercio de sus escuadrones.

El toque de una corneta se dejó oír como un estridente relincho, dando la señal de que había llegado esa hora. Las ametralladoras lanzaron sus ráfagas protegiendo el avance final. Los de adentro ya no tenían una sola bala y no contaban con más armas que sus facones y cuchillos descueradores para hacer frente a esa última refriega. En heroica lucha cuerpo a cuerpo, la muerte de Facón Grande, el cabecilla, puso término al prolongado combate cuando todavía quedaban más de veinte troperos vivos, pues muy pocos habían caído con los tiroteos y la mayoría había perecido solo en la refriega final.

Esa misma tarde fue fusilado el resto sobre el cemento del secadero del baño para ovejas. Los sacaron en grupos de a cinco, y el propio Varela ordenó no emplear más de una bala para cada uno de los prisioneros, pues también sus municiones estaban casi agotadas.

Gabriel Rivera, el amansador de potros, y Bernardo Otey, con otros troperos, fueron los últimos en ser conducidos al frente del pelotón de fusilamiento.

Promediaba la tarde, pero un cielo encapotado y bajo había convertido el día en una madrugada interminable, cenicienta y fría. Al avanzar hacia la losa del secadero, vieron el montón de cadáveres de sus compañeros ya dispuestos para recibir la rociada de kerosene para quemarlos, la mejor tumba que había prescrito Varela para sus víctimas, cuando no las dejaba para solaz de zorros y buitres. Entre aquellos cuerpos se destacaba el de Facón Grande, que el coronel había hecho colocar encima para verlo por sus propios ojos, pues había sido el único cabecilla que, si no interviene la traición de Mata Negra, hubiera dado cuenta de él y de todo su regimiento.

Un frío intenso anunciaba nevazón. Cuando los cinco últimos fueron colocados frente al pelotón de fusileros que debían acertar una bala en cada uno de esos pechos, el sargento que comandaba se acercó y comenzó a prender con alfileres, en el lugar del corazón, un disco de cartón blanco para que los soldados pudieran fijar sus puntos de mira. Una vez que lo hizo, se apartó a un lado y desde un lugar equidistante desenvainó su curvo sable y lo colocó horizontal a la altura de su cabeza. Iba a bajar la espada dando la señal

de «¡fuego!», cuando Bernardo Otey dio una manotada sobre su corazón, arrancó el disco blanco y arrojándoselo por los ojos a los fusileros les gritó:

—¡Aprendan a disparar, mierdas!

La tropa tuvo una reacción confusa. Pero en seguida enderezaron las cinco bocas de sus fusiles hacia un solo cuerpo: el de Bernardo Otey, que cayó doblándose segado por las cinco balas que replicaron como una sola a su postrera imprecación.

Pero en aquel mismo instante, aprovechando la reacción de los fusileros, los otros cuatro hombres dieron un brinco y se lanzaron a correr, mientras el pelotón rastrillaba sus armas para cargarlas otra vez con bala en boca.

—¡A ellos! —vociferó el sargento, al ver que mientras tres corrían por la huella, otro, el amansador de potros, daba un gran salto por sobre una alambrada, caía a horcajadas en uno de los caballos de la tropa y disparaba campo afuera, abrazado al cuello del animal.

El sargento hizo primero unos disparos con su revólver; pero luego tomó uno de los fusiles de los soldados y, arrodillándose en posición de tiro, continuó disparando al caballo y su jinete tendido sobre el lomo, que corrieron velozmente hasta que se los tragó una hondonada.

Los otros tres fugitivos, de a pie, fueron pronto alcanzados por las balas, cayendo definitivamente sobre la huella.

La interminable madrugada espesó aún más su ceniza y una densa nevada empezó a caer sobre los campos, ocultando definitivamente al fugitivo con sus tupidas alas.

Bien entrada la noche, el amansador Rivera alcanzó a darle un respiro a su cabalgadura. Cuando desmontó, ambos, caballo y hombre, quedaron un rato acompañándose en medio de la cerrazón de nieve y noche. Las sombras, a pesar de todo, abrieron un poco su corazón con el leve resplandor de la caída de los copos.

Su propio corazón también dio un respiro aprovechando aquel oculto ámbito, y a su memoria acudió el recuerdo de una superstición india: el águila de las pampas debe ser cazada antes que logre dar un grito, pues si lo lanza, la tempestad acude en su ayuda… No bien la recordara, montó de nuevo y siguió galopando en alas de su protectora.

En uno de esos amaneceres radiantes que siguen a las grandes nevadas, el amansador de potros dio alcance al grueso de los huelguistas cuando ya se habían puesto al reparo en uno de los faldeos boscosos del Paine, todos sanos y salvos. Al encontrarlos, la cabalgadura se detuvo sola, y la rueda humana,

como en la meseta de la Turba, volvió a reunirse en torno del amansador como de su eje.

El animal se había parado sobre sus cuatro patas muy abiertas, y cuando un hilillo de sangre escurrió de sus narices, los belfos, al percibirlo, tiritaron, y luego fue presa de un extraño temblor.

Como buen amansador, Rivera sabía que un caballo reventado no obedece ni a espuela ni a rebenque, pero no cae mientras sienta a su jinete encima. Por eso su relato fue muy breve, y al terminarlo se bajó del caballo al mismo tiempo que la noble bestia se desplomaba.

Con la nevada, toda la Patagonia parecía un gran poncho blanco que ascendía por los faldeos del Paine hasta sus altas torres que, como dedos colosales, apuntaban sombríamente al cielo.

Y así se conservó memoria de cómo murió el chilote Otey.

Cinco marineros y un ataúd verde

Un día de principios de invierno arribó a Punta Arenas un barco tan deslastrado, que llevaba más de media paleta de la hélice fuera del agua; el casco plomizo, algo descascarado por la intemperie o por las faenas de pintura en alta mar, estaba surcado de grandes manchas de azarcón rojo, que semejaban heridas cuya sangre aún no se lograba restañar.

En sus prolongadas singladuras, generalmente estos vagabundos pasan de largo por el Estrecho de Magallanes, y si se detienen en el puerto lo hacen solo para arreglar algún desperfecto de sus máquinas o alguna avería vital.

Este pidió ser recibido por la capitanía de puerto; pero junto con el gallardete de la solicitud izó en el mástil de trinquete una bandera de grandes paños negros y amarillos, que quería decir «muerto a bordo».

Efectivamente, después que la lancha de la autoridad marítima se hubo desprendido de su costado, una chalupa fue arriada de los pescantes del barco y, tripulada por cuatro remeros y un patrón, se dirigió a toda boga hacia el muelle del puerto.

La embarcación atracó cerca del malecón, que a esa hora de la baja marea se encontraba bastante alejado del nivel del mar.

Dos de sus tripulantes treparon ágilmente por los pilotes hasta la plataforma, y los de abajo les lanzaron dos chicotes de soga que empezaron a recoger cuidadosamente, surgiendo desde el interior de la chalupa, como si fuera sacando desde el fondo del mar, un extraño cajón pintado de verde, que, aunque toscamente confeccionado, tenía la característica forma de una caja de muerto.

Fue depositado cuidadosamente en el borde del muelle y, luego de dejar asegurada la chalupa, subieron los otros tres marineros, le quitaron las amarras y levantándolo en vilo colocáronlo sobre los hombros de cuatro de ellos, y con el quinto por todo cortejo, echáronse a andar en busca de la salida del puerto.

Las calles estaban nevadas y los marineros tuvieron que marchar con cuidado, pisando inseguros, lo que les daba un cierto vaivén a sus hombros y

al ataúd, cuyo color verde hacía recordar un trozo de mar llevado en hombros de esos marineros.

A la salida del muelle, preguntaron a un guardia por el camino al cementerio, y hacia allá dirigieron sus acompasados pasos. Era alrededor del mediodía y en las calles solitarias y blancas solo encontraron uno que otro transeúnte que se dirigía apresuradamente a su almuerzo, pero no tanto como para no descubrirse con respeto ante el encuentro de la muerte y, después de dar vuelta repetidas veces la cabeza, pararse a mirar el extraño funeral de los cuatro marineros con su ataúd sobre los hombros.

Al doblar una esquina se toparon con un individuo bajo, recio, que descubrió su recia cabezota, de nariz chata, y que con insólita actitud se puso a caminar junto al féretro, con la vista agachada y un notorio compungimiento en el rostro, como si se tratara de un deudo. Era Mike, el hijo idiota del pastelero, que tenía la funeraria costumbre de acompañar todo entierro que encontrara en su camino, con el más patético de los dolores… Pero algo raro debió haber hallado en este funeral, cuando a poco de andar se puso de nuevo la gorra y abandonó el cortejo, reanudando su vagar de loco suelto.

Al llegar a las afueras, una ventisca cargada de nieve empezó a azotar a los conductores del ataúd, que tuvieron que defender sus rostros cambiando de hombros más a menudo para guarecerse en el costado del cajón menos azotado por el vendaval. Siempre iba uno atrás, descansando, en renovada escolta.

En uno de estos cambios le correspondió dejar el ataúd a un tripulante viejo, entrecano, que se detuvo a descansar plenamente, mientras se pasaba el pañuelo por el rostro mojado tanto por la ventisca como por el sudor que perlaba su frente. Era Foster, el más amigo de Martín, el lamparero de a bordo, que ahora iban a enterrar. Compartían la misma cabina en el *Gastelu* y quién sabe por qué razón transpiraba tanto… A lo mejor el ataúd pesaba más para sus hombros que para los de los otros compañeros del lamparero muerto…

Mas, de pronto, sus ojos tropezaron con un letrero que se destacaba sobre el dintel de una casa y que decía en letras azules y rojas Bar Hamburgo. Echó un vistazo temeroso a sus compañeros que se alejaban sin darse cuenta de su detención, capeándole a la ventisca con presurosos pasos, y volviendo a mirar el letrero entró rápidamente en el bar.

En el mostrador pidió al cantinero una ginebra doble que se zampó de un trago, pasándose luego el dorso de la mano por los labios, que rechuparon el bigote con fruición. Y se sintió más aliviado, no porque el ataúd hubiera

pesado más para él que para los otros, sino porque se trataba de Martín el lamparero, su compañero de cabina, cuyos ojos, al darse vuelta con la última mirada de la vida, habían volcado en los suyos, en su alma apeñascada por la codicia, un peso que en vano había tratado de aliviar.

Él mismo fue el que propuso sepultarlo en tierra y no en el mar, temeroso de una vieja superstición marinera que dice que los sepultados en el mar vuelven siempre a sus casas o a visitar a menudo los lugares en donde vivieron, vengándose muchas veces de los que les hicieron daño. Y tratándose de un crimen o de algo parecido, la leyenda exaltaba la venganza de tal manera, que el alma de la víctima llegaba a incorporarse en la del victimario, hasta enfermarlo y hacerlo perecer… ¡Supersticiones, patrañas, pero tan ciertas a veces como las «luces de San Telmo» que se encienden en las cofas y en las crucetas de los mástiles poco antes de que un barco vaya a naufragar en medio de una tempestad!

Aun cuando no había pasado el cabo Forward, último peñón continental de la América meridional, él, Foster, se había apresurado a fabricar a serrucho y martillo la tosca caja de pino que hubo de pintar con pintura verde, porque otra pintura no había a bordo, fuera de la negra brea, imposible de utilizar por el largo tiempo que demora en secarse. Se había apresurado, e insistió ante el piloto para que no se lanzara al mar el cuerpo de Martín y, en cambio, descansara en paz bajo la tierra, y tal vez lo dejara descansar también a él… Porque mientras estuviera sobre la superficie o vagando por las profundidades del mar, el peso aquel que volcara sobre su ánimo la última mirada del lamparero no lo alivianaría ni con todos los vasos de ginebra que pudiera beberse en su vida.

No pudo continuar en sus reflexiones; de súbito hicieron bulliciosa irrupción en el Bar Hamburgo sus cuatro compañeros, que al darse cuenta de que él ya no los seguía, se detuvieron a esperarlo un rato; mas uno de ellos, como marinero sediento, también había visto de soslayo el letrero rojo y azul que decía en la pared de la casa Bar Hamburgo, y no les cupo duda alguna de que el ausente se había metido de cabeza allí a beber mezquinamente unos tragos. Acomodaron el ataúd en una depresión del terreno semiurbano, entre la acera y la calzada, para que fuera menos notorio su irrespetuoso abandono, y se dirigieron los cuatro en pos del bellaco que se había pasado a beber solo.

No sin sorpresa los recibió Foster; pero haciendo de tripas corazón pidió inmediatamente una corrida para todos y, cosa rara por su fama de tacaño, pidió otra y se adelantó a pagarlas.

—¿Heredaste de Martín, que estás tan generoso? —le dijo, riendo, un pelirrojo de cara acuchillada.

—¡Viejo pillastre, te pillamos!… ¡Apuesto que te estás tomando la plata que Martín tenía en el escondrijo que solo tú y él conocían!

Foster se pasó nuevamente el pañuelo por la frente y trató de sonreír, mientras se llevaba la copa a los labios, invitando a los demás con el gesto.

—¿Y te la ibas a chupar solito, no, viejo? —dijo otro.

—¡No sean así, siempre he tomado solo, pero con mi plata!

—¡Entonces ponga una botella entera de ginebra! —exclamó el pelirrojo —. ¡El viejo Foster paga!

El mesonero descorchó una botella de barro y la puso sobre el mostrador… Los marineros se acercaron y leyeron en la etiqueta: «Su color ámbar pálido comprueba la vejez», y comenzaron a escanciarla.

Afuera la ventisca se fue convirtiendo en tupida nevada, y solo las muertas alas de la nieve se acercaron a acompañar a Martín, como una ofrenda de la inmensidad sobre su abandonado féretro.

* * *

Si da el verde con el verde
y el colorado con su igual,
entonces nada se pierde,
siga el rumbo cada cual…

Todos coreaban el estribillo con que el lamparero Martín recordaba la posición de las luces cuando los barcos se encuentran en plena navegación en la noche; estribillo que todo lamparero o timonel repetía a menudo para no equivocarse en el rumbo que debía tomar en tales circunstancias.

Las luces también se habían encendido en el interior del bar, porque la noche ya había caído afuera, sin que los marineros se diesen cuenta de su llegada. Gente de mar, pescadores, bebían con bullicio, y el fuerte humo de sus cachimbas y toscanos llenaba el ambiente del bar con una pesada atmósfera. De vez en cuando alguien ponía una moneda de níquel en la ranura de una caja de música apernada en la pared, y saltaban al aire los acordes de alguna vieja marcha, polca o vals, con gran estridencia de bombos y platillos.

Uno de los marineros miró por una ventana hacia la noche y se detuvo un rato contemplando melancólico cómo jugueteaban en los vidrios los copos de nieve, semejando una bandada de mariposas que pugnaban por atravesar el cristal hacia la luz, escurriéndose luego en grandes lágrimas que rasguñaban

el vidrio empavonado por la evaporación. La música, el bailoteo de los alados pies de la nieve en los vidrios a su destemplado ritmo…, quizá qué, trajeron a la mente del marinero una obsesión, y se levantó para conversar al oído con uno de los mesoneros del bar. Después se quedó un rato pensativo, acodado junto al mostrador y mirando hacia sus cuatro compañeros; el viejo Foster dormitaba y los otros tres bebían pausadamente, anegados ya por el alcohol. Lanzó un solapado silbido que solo fue percibido por el pelirrojo de cara acuchillada, que se acercó al instante al mesón.

—¿Vamos a divertirnos por ahí? —propuso.

—All right —contestó el pelirrojo, haciendo restallar la lengua; pero, dudando de pronto, agregó—: ¿Y Martín?

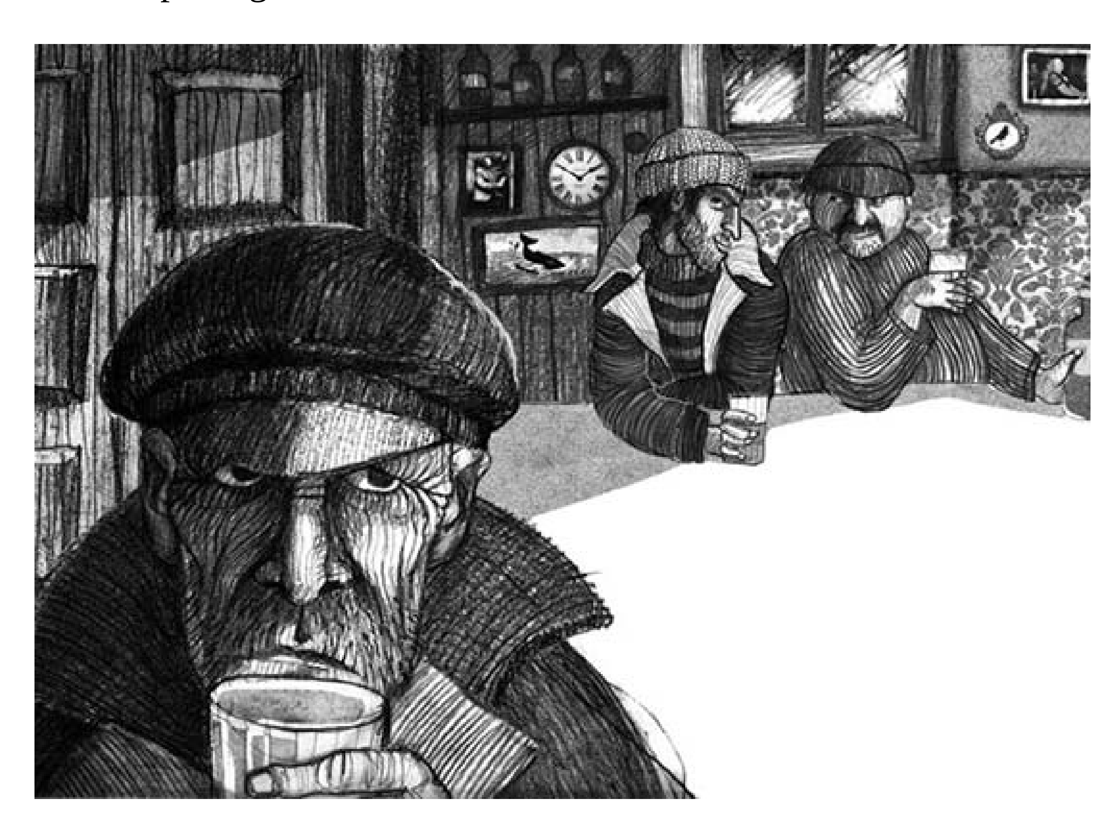
—¡Que lo entierren ellos…, si pueden! —replicó, haciendo un gesto despectivo hacia los que continuaban en la mesa.

Salieron sigilosamente y la noche se los tragó. Solo después de un largo rato los de adentro se percataron de la ausencia; pero la borrachera había sido tan súbita, que poca cuenta se daban de la hora y de las circunstancias en que ya se hallaban.

—Vamos… a enterrar a Martín —balbuceó uno de ellos.

—¡Cuando los otros vuelvan! —profirió el otro.

Foster continuaba dormitando pesadamente y despertaba de tarde en tarde solo para estirar la mano y llevarse, vacilante, la copa a los labios marchitos, que revivían por algunos instantes al ardiente contacto del alcohol.



—¡Pobre Martín! —gimoteó el uno.

—¡Pobre! —repitió en letanía el otro.

—¿Te acuerdas cuando nos dio de tomar a todos en Tocopilla?

—¡Sí, me acuerdo; a todos nos costeó el trago con sus gracias!

—Tocaba mejor que esta endiablada música, con su armónica…

Por unos instantes pasó por la mente de los borrachos la imagen inolvidable del lamparero del *Gastelu*, el mejor camarada de a bordo: la visión de cuando los alegraba con su armónica de boca, o de aquellas ocasiones en que, sin un centavo en el bolsillo, en un bar de un puerto cualquiera, salía a bailar con alguno de sus compañeros, tocando la armónica y acompañándose con una verdadera batería de cucharas antepuestas entre los dedos, que tamborileaban al compás del baile por la cabeza, la frente y el lomo, en una grotesca y extraña danza. Después del baile con que hacía reír a los parroquianos, Martín saludaba y al rato era el convidado de todas las mesas; pero en ellas no podía beber sin sus estimados compañeros…

—¿Te acuerdas del naufragio del *María Cristina*?

—Cuando se sacó el chaleco salvavidas y se lo pasó a Foster…

—Para que se salvara, porque era más viejo que él…

—Y él casi la entregó, braceando desde el mar afuera sin salvavidas…

—Y ahora el viejo bribón duerme y ni siquiera entierra al que le salvó la vida…

—Nosotros tampoco…

—Ni esos traidores que se fueron y que todavía no vuelven…

—Ni nadie… Hip… Hip… Este mundo es muy perro… Apenas uno se da vuelta y ya nadie se acuerda… —gimoteó el más borracho, llenándosele el rostro de gruesos lagrimones, y agregó entre hipidos y llantos—: ¡Pobre Martín!… «Si da el verde con el verde y el colorado con su igual, entonces nada se pierde, siga el rumbo cada cual…».

La sirena de un barco comenzó a horadar angustiosa e intermitentemente la alta noche; se dejó oír en el interior del bar, traspasando el bullicio y la música. Era un aullido que tenía algo de voz humana que viniera de la inmensidad; una voz ululante, enternecedora. Era el pito del *Gastelu*, que clamaba por sus cinco tripulantes desembarcados en misión de piedad…

—¡A ver…, marineros…, hace media hora que un barco está llamando a su gente!… —exclamó el patrón del bar, sacudiendo a los dos que quedaban dormitando sobre la mesa en que por la tarde se habían sentado los cinco.

Le costó trabajo despertarlos. Por suerte lo consiguió en los mismos instantes en que la sirena del barco reiniciaba sus angustiosos y prolongados

lamentos, llamando de nuevo a sus tripulantes para zarpar antes de que la marea se le pusiera a la salida del estrecho.

Restregándose los ojos aún, los dos marineros reconocieron en los intermitentes pitazos la voz del *Gastelu*.

—¡Es él, nuestro barco!

—¡Está llamando apurado! —profirió el otro.

—¿Y nuestros compañeros? —preguntó uno de ellos, algo despejado por la dormida.

—¡Se fueron… hace algunas horas…, en busca de otra diversión! —repitió el patrón.

—¿Y Foster también?

—¿Quién es Foster?

—¡Los otros dos se irían a ver mujeres; pero Foster, el viejo, debiera estar con nosotros!

—¡Ah!… El viejo, sí; vi que se quedó con ustedes, pero hace rato que ha desaparecido… ¡A lo mejor, cuanto más viejo, más mujeriego!

En ese instante la bocina del *Gastelu* empezó de nuevo a clamar con sus pitazos intermitentes por sus hombres tragados por la ciudad, y los dos últimos parroquianos del Bar Hamburgo partieron, poniéndose las gorras apresuradamente.

Afuera se toparon con la negra noche; pero los helados tentáculos que salían de las negruras les abanicaron el rostro y les despejaron algo la borrachera.

—¿Y Martín? —dijo uno, acordándose súbitamente del ataúd que habían abandonado en la solera.

—¡No lo enterramos!… —exclamó el otro, como un eco de esa letanía de borracho.

—Callados entonces…, y pongámonos de acuerdo con los demás en la chalupa.

—¡Alguien lo sepultará mañana cuando lo encuentren! —replicó el otro, y se perdieron como dos sombras más densas que la noche misma, camino del muelle.

Pero al día siguiente nadie encontró ataúd alguno en el puerto, porque la nieve había caído durante toda la noche, formando una capa de cerca de un metro de espesor y cubriendo con su albura todas las cosas, y continuaba nevando, pausada pero tan copiosamente, que nadie iba a andar buscando ataúdes en las soleras de las calles aquel día. Ni en ese ni en los otros que fueron solidificando la gruesa costra de hielo.

Era como si el lamparero Martín hubiese regresado de nuevo al mar, después de muerto, como las almas de aquellos náufragos que siguen la estela de los que fueron sus barcos o el rastro de los que los atormentaron en vida o en la hora de la muerte.

Como a la media mañana de aquel día, don Erico, el dueño del Bar Hamburgo, empezó a asear su establecimiento, y cuál no sería su asombro al encontrar detrás de unos barriles, en una pieza contigua a los servicios higiénicos del bar, que servía de bodega, a un marinero viejo, entrecano, que aún dormía la mona.

—¿Y usted? —le dijo, despertándolo con la punta del pie.

—¿Yo?… Soy del *Gastelu*… —contestó Foster, balbuceando, mientras se ponía de pie restregándose los ojos y aún no dándose cuenta del lugar en donde se encontraba.

—¿Del barco que llamó toda la noche a su gente?

—¡Sí!… ¿Se fueron… mis compañeros… y me dejaron? —agregó balbuceante.

—¡Ahora que me acuerdo, preguntaron por un tal Foster! ¿Es usted Foster?

—¡Sí, yo soy Foster!

—¡Y yo les dije que se había ido con los otros… detrás de las mujeres! —dijo don Erico, con una indiferente y bestial carcajada.

—¿Y el barco?

—¡Ya estará lejos! ¡Por un marinero ningún barco espera!

—¡Deme, por favor, una ginebra! —musitó Foster, tentándose los bolsillos en busca de dinero.

Pasaron al bar, donde don Erico le sirvió un vaso grande de ginebra.

—¡Yo también fui marinero! —le dijo—. Por muchos años navegué en la *Hapag* ¡y más de una vez me dejó el barco y volví a encontrar embarque en otro!

Con la ginebra, a Foster dejaron de castañetearle los dientes, tan aterido estaba por el frío de la noche pasada; y después de afirmarse con otra copa se dirigió hacia al puerto.

—¡No salga, que está nevando fuerte! —le advirtió don Erico.

—¡No importa, puede que esté el barco todavía! —respondió.

—¡Ya habría tocado de nuevo! —replicó el dueño.

Sin embargo, Foster bajó hasta el muelle para escrutar la bahía envuelta en la bruma de la nevada, y para encontrar solo pontones atados a sus grilletes, barcos de cabotaje y uno que otro lanero tardío de alto bordo. El

Gastelu no estaba por ninguna parte; a esas horas, seguramente, ya estaría saliendo por la boca oriental del Estrecho, rumbo al África, y luego a Europa, al Mediterráneo, a través de sus largas singladuras. Por todo lo que había oído, ese era su último viaje; estaba demasiado viejo y le habían prohibido navegar. Seguramente algún armador lo iba a adquirir para desguazarlo y aprovechar algo de él…

Su apeñascado corazón se hendió como una puñalada… Si no volvía a encontrarse con el *Gastelu* en algún otro puerto del mundo, o lo desguazaban como era lo más probable, ¿adónde iba a ir a parar el dinero que Martín había escondido en lo alto del palo trinquete, debajo de un farol, junto a la cofa? ¿Quién iba a ser el afortunado dueño de ese pequeño tesoro por el cual él había cometido el acto más vil de su vida, al no pasarle el vaso de agua con el remedio a su compañero, en los instantes de su agonía?

Fue poco después de haber cruzado el paso del Abismo, en los canales, cuando Martín se sintió mal y lo llamó para revelarle el lugar en donde había escondido sus ahorros de los años de navegación en el carguero *Gastelu*; dinero con el cual pensaba retirarse a la aldea de donde era oriundo, en el interior de Pontevedra, en la que aún vivía su vieja madre, para quien serían ahora esos ahorros. En la Capitanía de Vigo la conocían ya por las mesadas que solía enviarle; allí podría Foster dejarle los ahorros; pero si disponía de algún tiempo, era preferible que fuera a entregárselo personalmente a la aldea. ¡Era su único y último deseo!

Desde ese instante empezó a surgir dentro de él una lenta pero inexorable sombra. «¿Qué será? —se dijo—. ¿Podré yo ser así, tan malo?». Había cuidado solícitamente a Martín en su enfermedad; pero después de la revelación algo dudoso empezó a entorpecer todos sus actos con el enfermo. Lo rehuía y hasta surgió, pleno, el deseo de que muriera cuando antes para que dejara de «embromar» tanto… ¿Por qué quería que falleciera luego? ¿Por el dinero de la cofa? ¡No! ¡Él no podía ser tan malvado para quedarse con eso, que el otro había ahorrado para sí y para una pobre vieja!

En fin… Ya vería lo que iba a suceder con ese dinero… Algo llevaría a las manos de la vieja…, porque era bastante y alcanzaba para los dos.

¡Se estremeció al descubrirse, por segunda vez, ese pensamiento maligno! ¿Tan malo era? Y bien, si él era así en realidad tan malo, y solo ahora se descubría ante esa circunstancia, ante esa prueba del destino, ¿por qué no quedarse con toda la plata y retirarse de una vez de esos barcos viejos, de dudosas rutas y más dudosos cargamentos, adonde iba a parar la escoria de los puertos? ¡El dinero lo era todo en la vida y allí estaba su oportunidad!

¡Y eso fue lo que lo hizo vacilar tanto, en la agonía de Martín, al querer pasarle el vaso de agua con el remedio que tan desesperadamente le pidió! ¡Ese vaso de agua que le podía significar un poco más de vida! Quién sabe si la vida entera…, porque ¿quién conocía los designios de Dios?

Sin embargo, se demoró en pasarle el vaso de agua con el remedio, como si un grillete invisible lo hubiera detenido, amarrándolo a los pies.

Hasta que el propio Martín se dio cuenta de las intenciones de su amigo, y entonces fue cuando el lamparero volvió esa extraña mirada sobre su malvado compañero. Fue la última, la del instante de la muerte; pero su fulgor inundó la cabina, se impregnó de las paredes y no lo dejó ya, después, ni siquiera dormir.

Con ese fulgor de espanto u odio, esa mirada había pasado a la eternidad, había quedado en la atmósfera como un hálito más de dolor ante la humana maldad. Aire enrarecido que le empezó a circundar por todas partes desde el día de la muerte de Martín; ya fuera dando vueltas las cabillas del timón o rascando la pintura en la intemperie; allí estaba siempre impregnándolo de un raro desasosiego.

Y en esa hora cruel del abandono, cuando atestiguaba definitivamente la partida del *Gastelu* con su pequeño tesoro escondido en el mástil hacia otros mares, la atmósfera se había enrarecido aún más, a pesar de la nevada, cuyos pétalos blancos venían, innúmeros, a palparlo, como si alguien desde la lejanía tratara de reconocer al hombre…, sorprendido de que pudiera de pronto trocarse en otro hombre, en tal forma y tanto…

Foster vagó por el puerto como un fantasma que busca a otro fantasma… Y poco a poco se fue dando cuenta con horror de que la superstición marinera se estaba cumpliendo en él y que él mismo era el que llevaba a ese otro fantasma adentro.

La pérdida, el abandono, la falta de dinero, aumentaron los remordimientos e hicieron mella en sus años. Anonadado, guardó el secreto y a nadie preguntó ni comunicó el extraño caso del ataúd que tan afanosamente buscaba… Las circunstancias se habían concitado también para ignorar completamente el lugar en donde sus compañeros lo habían dejado. Y después, la borrachera…, bueno, la borrachera había sido la culpa de todo lo demás…

¿Dónde estaba el cadáver de Martín? ¿Se había resbalado misteriosamente por las pendientes nevadas, regresando de nuevo al mar, para no dejarlo vivir en paz? ¿Se había incorporado ya su alma a la suya partiéndola en dos y

atormentándola, mientras su cuerpo permaneciera a flor de tierra o deambulara por las profundidades marinas?

Indagó sigilosamente por el cementerio; pero nadie le dio indicio alguno. Don Erico, el dueño del bar, tampoco sabía nada. Todo el mundo ignoraba el misterioso suceso.

La vida se le hizo angustiosa, insoportable. Vagó como un mendigo de puerta en puerta, encendiéndoles el fuego en las mañanas a las cantinas y a los bares por un pedazo de pan o una copa de aguardiente. Después, ya ni siquiera pudo seguir realizando estos minúsculos trabajos domésticos y le faltó el alcohol que lo sostenía.

Una madrugada lo encontraron helado dentro de una pequeña cueva que la erosión había hecho en los acantilados que quedan en las afueras del puerto, por el lado del oriente. Tenía la característica mueca de los escarchados, y sus ojos abiertos, fijos, miraban intensamente hacia el este, hacia la desembocadura del estrecho, en cuyo horizonte se pierden los mástiles de esos viejos vagabundos de los mares, que pasan de largo por el puerto o recalan solo porque tienen que reparar alguna avería o dejar algún enfermo.

Sobrevino lo que se llama el «veranito de San Juan» y el macilento sol austral aumentó por algunos días sus calorías, deshelando la gruesa capa de nieve que se había formado con las tormentas pasadas. En una calle de las afueras, camino del cementerio, apareció un buen día un extraño cajón de muerto, pintado de verde y con su cadáver helado adentro. El hallazgo conmovió a las autoridades; la policía realizó investigaciones, autopsias; pero nadie pudo saber a ciencia cierta nada.

Solo Mike, el hijo medio loco del pastelero, cuando se encontró con el ataúd que sacaban de la morgue para conducirlo al cementerio y se puso gorra en mano a su lado para acompañarlo, trató de decir algo, mostró los cinco dedos, bamboleó como un marinero, indicó el ataúd insistentemente; pero nadie comprendió que con su mímica quería decir:

«Cinco marineros y un ataúd verde».

Rumbo a Puerto Edén

—¡Quizá qué barbaridades cometería el hombre, si no se le dominara! —exclamó Dámaso Ramírez, patrón de la goleta *Huamblín,* mientras pasaba de una mano a otra las cabillas del timón.

—No es tan malo… —le replicó el marinero Ruperto Álvarez, y agregó, sin darse bien cuenta de lo que hablaba el patrón—: ¡Ya ve usted lo que sucedió en el naufragio de la *Taitao*: un solo hombre nos salvó a todos los tripulantes!…

—No —rectificó el patrón—; si yo estoy hablando de este Villegas…

—Cuando dijo «el hombre», yo creí que hablaba de todos…

—No, de este cocinero que otra vez nos ha dejado sin carne. Cuando los buzos se den cuenta, la que se va a armar…

—¿No compró la carne al salir de Puerto Montt?

—Nada, dice que las carnicerías estaban cerradas cuando zarpamos.

—De jodido no más lo ha hecho; ya andará con la mala otra vez.

—Así creo; este hombre es de mala entraña, y si no se le dominara, quizá qué barbaridades haría.

La *Huamblín,* una goleta de sesenta toneladas, navegaba con su motor auxiliar, pues había viento en contra, a la cuadra de las Desertores, un grupo de seis o siete islas que constituyen el último vestigio del archipiélago de Chiloé; también son los últimos lugares habitados antes de penetrar por los desolados parajes de los mares del sur. Están situadas precisamente a la entrada del golfo de Corcovado, que, como su nombre lo indica, no deja pasar nave sin hacerla corcovear sobre sus tempestuosos lomos.

Hacía un día y medio que la goleta había zarpado de Puerto Montt con rumbo a Puerto Edén, puerto natural enclavado al otro lado de la angostura Inglesa, ya en plenos canales magallánicos, y por negligencia o maldad de su cocinero se encontraba a esas alturas sin un pedazo de carne para dar a sus cuatro tripulantes y a los tres buzos que llevaba para la pesca de choros en Puerto Edén. Promediaba el otoño y la goleta debería recorrer durante todo aquel invierno los canales, ancones y fiordos adyacentes a ese lejano lugar.

Su misión era buscar las chalupas choreras diseminadas por esos parajes, ensacar los moluscos y conducirlos en su bodega hasta los barcos del cabotaje que recalaban en Puerto Edén con destino a la zona norte.

—No nos queda más remedio que poner rumbo a las Desertores —dijo Ramírez, al percibir las primeras oleadas del golfo, y cambiando de tema inquirió al viejo marinero—: ¡Cuéntame cómo fue eso de la *Taitao*!

—Sucedió hace añitos, patrón. Era una barca de cuatro palos muy bien aparejada. No una cascarria como esta *Huamblín*. Se nos hizo astillas contra las piedras de la isla Huapi, cerca de San Pedro. Uno de los marineros alcanzó la costa con un cabo amarrado a la cintura, y allí lo amarró. El capitán, sobre una piedra pelada como una mesa, aguantó la otra punta del cabo y nos salvamos todos, agarrándonos a él. Sabía que cuando le llegara su turno no habría nadie sobre la piedra para sostenerle el cabo; pero no quiso que nadie lo reemplazara. Se quedó aguantándolo hasta que pasó el último de sus hombres. Para qué le cuento que yo no fui uno de los primeros en pasar; pero tuve que salvarme como los otros, agarrándome al cabo. Cuando estuvimos todos en la orilla, vimos, en medio del temporal, que el capitán se tiraba al agua, pescado al chicote; pero una ola lo estrelló contra el costado de la piedra, y allí quedó; no lo vimos más.

—¡Es que ese era un capitán y no un ratón de cocina como este Villegas, que deja sin carne a la tripulación!

—También los hay malos entre los capitanes…

—Pero no cobardes…

—En mi larga vida he visto a más de alguno arrancar.

—¿Cómo se llamaba ese capitán de la *Taitao*?

—Antonio Oyarzo —dijo en voz alta el viejo marinero, levantando la cabeza, con una mezcla de orgullo y desprecio, por sobre el mar.

En ese momento una ola más gruesa que las otras vino del golfo y levantó a la goleta por la amura de estribor. El pequeño compás se balanceó frente a la rueda del timón; el patrón fijó sus ojos unos instantes en la rosa de los vientos, justamente cuando la aguja imantada marcaba en ella el norte, hacia donde estaba su pecho. Dámaso Ramírez aprovechó la viada de la ola y puso proa hacia una punta de piedra con que terminaba la isla por el sur.

—Tendremos que entrar al estero de Talcan, a ver si encontramos algunas ovejas —dijo, y agregó—: En esta época nadie sabe cuántos días de navegación podemos tener por delante.

La goleta abrió su rumbo bordeando la punta de piedra, cuyos rodales la advertían sucia y empezó a penetrar por la boca del estero Talcan, entre

grandes bancos de sargazo. Sobre las algas, bandadas de gaviotines y chelles permanecían echados, ondulando entre aleteos y chillidos, como extrañas olas blancas.

La goleta fue a echar su ancla al fondo del estero, cuyo saco de unas siete millas está bordeado de playas de limo y colinas boscosas.

Dos o tres pobladores que encontraron en esa parte no quisieron vender sus ovejas, diciendo que eran muy pobres y que habían dejado solamente los animales destinados a la crianza. Sin embargo, les señalaron los terrenos más planos que quedaban por el sureste, donde vivía el principal propietario de la isla, con un rebaño más numeroso.

Pero el patrón tampoco consiguió que le vendieran una oveja cuando fue a echar el ancla en ese lado de la isla.

—Yo no necesito dinero —le dijo el isleño, y agregó despectivamente—: ¿Qué voy a hacer con la plata en la isla? ¡No puedo comérmela; en cambio, una oveja puede dar de comer a toda mi familia en caso de necesidad!

Lanzando una andanada de maldiciones contra el egoísmo de los isleños, el patrón ordenó levar el ancla y zarpó, descorazonado, de las Desertores, pensando que por algo aquellas islas llevaban ese nombre. La noche sureña ya había caído, con una fina llovizna, cuyos cendales la hacían más negra.

Pasó de nuevo por entre los bancos de sargazo y el grito de los chelles lo despidieron desde el corazón de las sombras. Cuando la goleta se hubo alejado un tanto de la costa, el marinero Ruperto Álvarez se acercó hacia la cabina donde timoneaba el patrón y, como quien no quiere la cosa, empezó a hablarle, algo evasivamente, con el cuerpo a medias afirmado en la puerta.

—¿Y cómo la vamos a arreglar, patrón?… Yo me he visto en peores que este y siempre he salido avante…

—¡Hem!… —profirió Ramírez como un quejido—. ¿Y cómo te las arreglarías tú, si ninguno de estos quiere vender una oveja?

—¿Usted cree que comprando no más se pueden tener ovejas? ¡El pescado también tendríamos que ir a buscarlo al mercado!… ¡Bueno estaría!

—No es lo mismo.

—¡Bah…, yo navegaría un poco más no más, hasta que se perdiera en la isla el chuc-chuc del motor, y volvería a pura vela con este sur!

—¿Y…?

—Bueno…, le haríamos empeño a buscar algo por allí. Al doblar la punta vi un piño a la orilla del monte… Deben ser del ricachón ese… Qué más falta le van a hacer un par de ovejas.

—No matar…, no robar…, acuérdate de los mandamientos…

—Uno se acuerda de ellos cuando tiene el puchero asegurado; pero aquí, con lo que nos queda por delante: el Corcovado, las Guaitecas, el golfo de Penas… ¿Dónde vamos a encontrar qué echarle a la olla?

—¿Quién sería el hombre?

—Yo, pues, patrón… El tal Villegas me ayuda a traerlas. No es la primera vez que lo hago en un caso así… En la Patagonia uno debe dejar el cuero no más sobre el alambrado y no es un ladrón… Es un derecho que tiene el viajero de la pampa.

—Aquí no estamos en la Patagonia…

—Claro que no. Sería tonto si me pusiera a descuerar una oveja en tierra… Hay que traérsela con cuero y todo —dijo el viejo marinero, con una sonrisa pícara bajo sus bigotes negros.

Ramírez se quedó unos instantes pensando en el acto de piratería que le proponía su marinero… En realidad, aquellos isleños se lo tenían bien merecido por no haber querido vender una oveja en caso de emergencia… Pero no era lo mismo echar un anzuelo a popa para sacar una sierra que desembarcar en despoblado para cazar una oveja… El mar tiene sus leyes…, que no son las mismas que las de la tierra.

Pero sus cavilaciones fueron sotaventadas cuando aparecieron por el cubichete de la pequeña cámara los tres buzos que ya sabían también de la falta de carne. Le plantearon que ellos no podían seguir así, pidiéndole que regresara hasta donde pudiera abastecerse de carne. El buzo es un técnico respetable, base de la explotación chorera, y Ramírez les respondió llevándose dos dedos a la boca para lanzar un estridente silbido. Al instante dejó de funcionar el motor y la goleta siguió silenciosamente con la viada.

—¡Mañana tendrán asado y cazuela! —les dijo, y ordenó al marinero y al motorista izar velas.

Al rato se oyó el chirrido del cordaje en los motones; luego el batir del foque y la trinquetilla, y por fin la mayor y la cangreja surgieron como dos alas en la sombra. La *Huamblín* viró con la surestada, y silenciosamente puso proa de nuevo hacia las Desertores, protegida por la complicidad de la noche, cada vez más cerrada con la tupida llovizna.

Bordeó la isla por fuera, sin entrar por el estero, y fue a echar su ancla de repuesto, también silenciosamente, con un simple calabrote, al borde de unos bajíos cubiertos por la pleamar.

—¡Yo no soy un ladrón! —contestó el cocinero Villegas, cuando el patrón lo llamó para ordenarle acompañar al marinero.

—¡Es lo que tenemos que hacer por culpa suya! —bramó Ramírez.

—¿Por qué no se conforman con los mariscos secos y el cochayuyo que llevamos a bordo? —alegó el cocinero, agregando—: ¿Se creen que van en un transatlántico?

—Dígame, Villegas —le dijo el patrón con una calma preñada de peligro—, ¿por qué diablos usted se porta así?

—¿Cómo quieren que me porte? ¡Miren… me manda a robar y porque no soy un ladrón se enoja!

—¿Qué le pasa a usted que se vuelve tan malo de adentro? ¿Por qué nos ha dejado sin carne a todos?

—¿No le dije? No encontré carne antes del zarpe.

—¡Debió habérmelo avisado!

—Usted llegó borracho y no sacaba nada con decírselo.

—Entonces va a tener que ir a buscarme carne inmediatamente…

—¡No voy, y no voy!… —exclamó taimado, golpeando con el pie en el empaletado de la cabina.

El patrón se lo quedó mirando con una paciencia aún más cargada de peligro. El cocinero era un hombre menudo, flaco, de cara angulosa y pálida; con unos ojos pequeñísimos, aguados y con un bigote rucio desleído que le daba un aire de ratón molinero.

—¿Que no me vas a ir, carajo? —vociferó de súbito Ramírez, y de una manotazo lo cogió del cuello atrayéndolo hacia sí.

El cocinero se bamboleó como un muñeco y sus ojos quedaron parpadeando cuando se le clavaron los del patrón. Dámaso Ramírez estuvo a punto de descargar el puñetazo; pero la mano no abandonó la caña del timón, retorciéndose sus gruesos dedos en la cabilla, como si la fuera a despedazar.

—¡Embárcate luego —le dijo— y no te asomes a bordo sin una oveja al hombro!

—¡Iré —dijo el cocinero, desprendiéndose de la manaza—; pero cuando volvamos a Puerto Montt denunciaré el robo, porque no soy ningún ladrón!

—¡Denúnciame a tu abuela, si quieres; pero me traes luego una oveja a bordo!

Mientras tanto el marinero ya había deslizado la chalana de la cubierta al mar, y con una sonrisa disimulada bajo los recortados bigotes esperaba el término de la incidencia. Villegas se embarcó, sentándose como un patrón en la popa de la chalana. Álvarez tomó ambos remos y con vigorosa boga la endilgó hacia la costa perdida en la noche y la llovizna.



—Tuve que correr como un condenado para poder agarrar la oveja —comentaba días después el marinero en la pequeña cámara, y agregaba, dirigiéndose al cocinero—: ¡En cambio, este diablo encontró la suya recién parida y hasta el cordero vino siguiéndolo!

La *Huamblín* se encontraba ya al final del archipiélago de los Chonos, más conocido fuera de las cartas por las Guaitecas; haciendo noche había fondeado en el abrigado puerto Balladares.

La navegación nocturna se hace en esa parte imposible para cualquier embarcación y, sobre todo, para un patrón como Dámaso Ramírez, que como ex ballenero, acostumbrado a los mares abiertos, se encontraba muy receloso entre esa tupida maraña de islas y canales que son las Guaitecas, canales a menudo obstruidos por rodales e islotes, donde la vegetación es tan exuberante, que la caballería del bosque cae sobre el mar, ensombreciéndolo.

Entre estos canales, el puerto Balladares ofrece un buen fondeadero de fango, que aprovechaba la *Huamblín*, guarecida allí de todos los vientos, siempre sorpresivos y arremolinados en la región.

No bien hubo echado el ancla entre las frondosas puntas Copihue y Laurel, los hombres de la goleta fueron con el barril en la chalana a hacer agua en una vertiente que se divisaba al fondo del cajón selvático. Al atracar la embarcación en la playa, el fondo plano de la chalana prácticamente se varó sobre un bancal de cholgas descubierto por la baja marea. Era tal la abundancia de estos moluscos, que los hombres no tuvieron que hacer más que sacar los brazos por la borda y empezar a llenar la embarcación de mariscos. Lo mismo hicieron con los erizos, que a poca profundidad pululaban tiñendo de verde sepia a las cristalinas aguas. Aquel ancón, bordeado de altos y frondosos coigües, tepas y laureles, por cuyas copas se desprendían guirnaldas de pequeños copihues rojos, era un vivero natural y virgen de cholgas, choros, erizos, ostras y centollas, que tanto abundan en las Guaitecas.

Esa noche hubo una especie de fiesta a bordo de la *Huamblín*, ante el variado regalo del mar. Dámaso Ramírez estaba de buen humor y destapó la damajuana de chicha de manzana que llevaba para el viaje. La tertulia que pasajeros y tripulantes acostumbraban hacer después de la merienda en la pequeña cámara, sobre todo, cuando se estaba en buen puerto, cobró especial animación.

Y hecho extraño, hasta el cocinero Villegas estaba de buen humor esa noche y sonreía cordialmente cuando el marinero Álvarez recordaba cómo habían robado las ovejas en las islas Desertores.

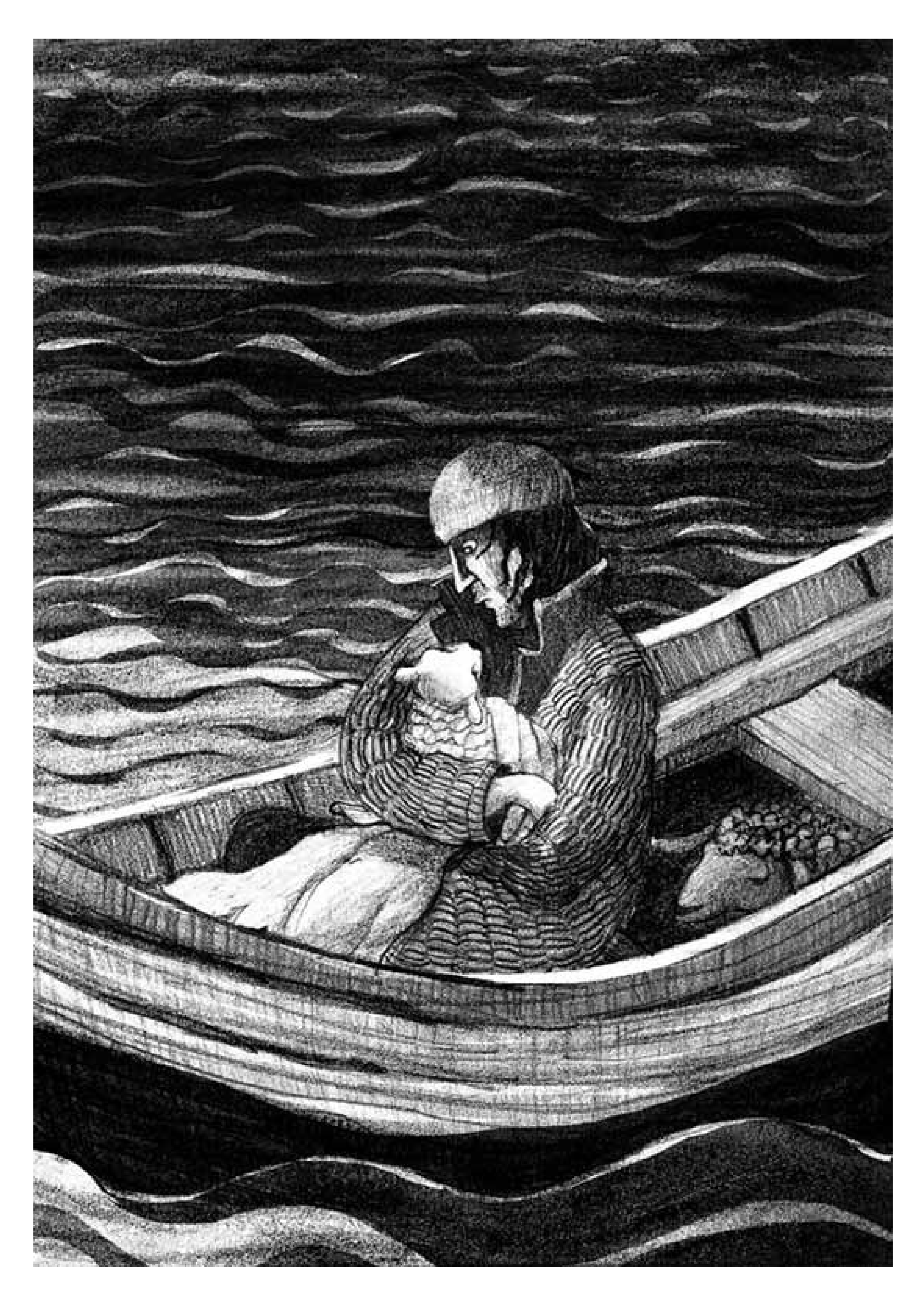
Dámaso Ramírez, que como buen patrón percibía hasta los menores detalles de la vida de su goleta, habíase dado cuenta de que a partir de aquella noche en las Desertores el carácter del cocinero había ido cambiando curiosamente. Lo había observado a través de los cinco días que ya llevaban de navegación y no se explicaba la causa de la transformación de tan malhadado genio.

Villegas reía ahora oyendo cómo Álvarez contaba sus peripecias en las Desertores, en medio de la oscuridad y la llovizna, para dar caza a una oveja. A pesar de sus sesenta y tres años, corrió como un chiquillo hasta acorralar el animal entre unas matas de quila y apresarlo.

En cambio él, a poco de caminar, casi había tropezado con la oveja parida. Se abrazó a ella y a empujones la llevó hasta la playa. El corderito, balando, empezó a seguir a la madre. Entonces, nervioso por aquellos balidos que podrían delatarlo, estuvo a punto de lanzarle un puntapié. Se contuvo y algo lo impulsó a tomarlo en brazos, y amarrando la oveja con una soga continuó tironeándola hasta que la tuvo junto a la chalana.

En la embarcación maneó de las cuatro patas a la oveja, que se mantuvo quieta sobre el empaletado. Él se sentó a popa con el cordero en brazos, a la espera de Álvarez. La noche estaba oscura como boca de lobo, con una oscuridad húmeda, que se hacía palpar por la llovizna. El fragor de los rompientes dejaba a ratos breves silencios, donde lengüeteaban las olas, como si de las imprecaciones pasaran a los lamentos contra las desamparadas escolleras.

El cordero trató de encontrar a su madre estirando la cabeza en las sombras, y como no la viera empezó a tiritar y balar de nuevo; pero sus balidos ya no se podían oír a la distancia, ahogados como los de un pequeño lobo marino por el rumor de los rompientes. Entonces lo acurrucó contra su pecho, envolviéndolo con el halda de la manta de lana. El cordero acomodó el hociquillo en la tibia axila del hombre y se quedó más tranquilo. De vez en cuando este pasaba su mano por sobre la rizada piel del recién nacido y un contacto tierno se producía entre el hombre y el pequeño animal. Sintió como si en medio de aquella oscura noche lloviznante, en el desamparo de esa última orilla del archipiélago de las Desertores, su mano diera de pronto con algo suave y tembloroso, débil y tierno, que hacía mucho tiempo no percibiera.



Recordó que cuando niño su madre lo acurrucaba así junto a su seno, y apretando al animalito sintió su respiración, palpitando suavemente como un tibio corazón.

Una vez a bordo de la goleta, continuó prodigándole sus cuidados. Primero lo alimentó con la leche de la misma madre, y cuando tuvo que matarla para que no se enflaqueciera con la falta de pasto y poner a orear su

carne en el cordaje, ralló papas y estrujó el chuño con que reemplazó la leche materna. Luego el cordero comenzó a comer otras cosas, como puré o pan remojado. En las recaladas, lo primero que hacía Villegas era ir en la chalana en busca de algunas hierbas, sobre todo, el apio silvestre de las islas, con que variaba la alimentación de «su guacho», como él cariñosamente lo llamaba.

El resto de la gente empezó a ver al pequeño animal también como una especie de mascota de la *Huamblín*. Una mascota original, porque mientras las otras goletas y lanchas acostumbraban llevar siempre un perro, la *Huamblín* iba a aparecer en Puerto Edén con un cordero retozando sobre su cubierta.

Pero lo más notable de todo esto era el cambio de carácter del cocinero, que ya no se pasaba refunfuñando en la estrecha cocina, instalada casi en la misma roda; ni tiraba los platos de fierro enlozado, como acostumbraba hacerlo cuando iba a servir; ni lanzaba la comida sobrante al agua en vez de guardarla para alguien. Ahora la ofrecía a deshoras, como lo hacía con su propio «guacho».

Porque, eso sí, el «guacho» era solamente suyo. Con el cuchillo había degollado a su madre; pero la había reemplazado, alimentándolo. Era algo muy suyo el cordero y no dejaba de ponerse celoso cuando veía a alguien darle de comer y al cordero lamerle las manos, como hacía con las suyas.

El animalito se había dado casi exclusivamente a él, y le devolvía sus desvelos, distinguiéndolo de los otros donde estuviera y corriendo detrás como un perrillo faldero.

Por eso apareció en su rostro la sombra de su antiguo aire torvo cuando esa noche, en puerto Balladares, el marinero Álvarez había dicho, medio en broma, al terminar su relato del robo de las ovejas:

—Sería mejor cambiar este cordero por un buen perro nutriero entre los alacalufes de Puerto Edén… ¡No sería conveniente dejar este rastro a bordo de la goleta!…

—¿Y si lo hubiéramos comprado? —replicó presto Villegas.

—¡Cualquiera te vende una oveja así!… —profirió Álvarez, con cara maliciosa.

—¿Por qué no lo comemos? —intervino Almonacid, el motorista.

—¡Está muy chico!… —dijo uno de los buzos.

—Para mí, este cordero vale más que todos los perros y los cueros de nutria esos.

—Creo que la carne que se fue a buscar es para consumo de a bordo —rezongó un buzo gordo.

—¡Ovejas pidió el patrón y yo traje este corderito por mi cuenta! ¡Le salvé la vida, y no es para dárselo a ustedes!

—¡Para lo que sirve… No alcanza ni para una mascada! —profirió otro buzo, y agregó maliciosamente—: ¡Pero estoy de acuerdo en que no conviene dejar rastros de esta clase de negocios! ¡Vale más un perro nutriero!

Al calor de la chicha, la conversación fue derivando en torno al valor de un perro y de un cordero.

—Cuando trabajé en una escampavía —dijo uno de los buzos— tuvimos una vez que ir en busca de un poblador del que no se tenían noticias, a la isla Dawson, en pleno Estrecho de Magallanes. ¡No era nada lo que le había pasado al hombre!… Primero se le había muerto la mujer de un parto… Luego se le quemaron los tres hijos pequeños con rancho y todo… ¡Y nosotros lo encontramos muerto sobre la nieve, escarchado! ¿Y saben quiénes estaban a su lado? ¡Sus dos perros! ¡Sus dos perros estirados al lado del cadáver! ¿Qué animal muere así junto a su amo? ¡Solo el perro muere con su amo! —terminó sentenciosamente el buzo.

—En cierta ocasión, a la salida del canal Trinidad —intervino el patrón—, encontramos un barco encallado sobre las rocas que quedan mar afuera… Toda la tripulación lo había abandonado, menos el perro, que continuaba a bordo, aullando en la proa como si llamara a la gente.

Afuera, una ráfaga pasó errando por las aguas de puerto Balladares, y la goleta viró en torno de su ancla, haciendo crujir los eslabones en el escobén.

—Un perro ayuda al hombre a cazar otros animales —dijo Álvarez—, y, por último, si hace falta, también el perro va a parar al asador.

—Yo no sería capaz de comer carne de perro —profirió un buzo.

—Cómo se nota que no ha pasado hambre, compañero… —replicó el marinero.

—¿Usted ha probado?

—Sí, y de lo más rica que es… ¡Es tan buena como la de este chiporro cuando tenga un par de meses más! —dijo, mirando de soslayo a Villegas.

El marinero Ruperto Álvarez era el hombre de más edad que iba a bordo y, sin embargo, el más juvenil y dicharachero de todos. Alto, fornido, con la nariz quebrada de un puñetazo; de ojos vivaces y con una sonrisa permanente bajo los negros mostachos recortados, no representaba su edad y era lo que se dice un típico «roto choro». A pesar de sus sesenta y tres años, era él el que trepaba por el palo mayor cuando el pique se atascaba arriba en medio de un temporal. Nunca se le veía enojado o triste; cuando más, parecía un niño grande, algo envejecido, jugando rudamente con la vida.

—Hace algunos años —empezó a contar—, yo iba en busca de trabajo más allá de la frontera… Recuerdo que esa vez me demoré dos meses en pasar de a pie desde el Pacífico al Atlántico. Salí de Talcahuano, subí por el Neuquén y bajé por Comodoro Rivadavia, en Argentina.

«Cansado, llegué una tarde a un boliche fronterizo, y el dueño, al verme, me dijo: “¿Sabes matar un cordero?”. “¡Miren que no voy a saber eso!”, le respondí. “Entonces para dentro”, me dijo. Me llevó hasta un galpón, donde había un perro negro atado a una cadena… “Ese es el cordero”, me dijo, mostrándome el perro, que tenía un cuero negro, reluciente de gordo. “¿Y para qué lo va a matar?”, le dije, mirando al perro con lástima. “¡Chiits, para ellos!”, me respondió, indicando hacia el interior del boliche… ¡Al pasar había visto siete sacerdotes con sus sotanas negras sentados a una mesa!

»“Yo no mato este perro”, le dije… “Pero si yo lo mato, ¿tú me lo descueras?”. “¡Sí —le respondí—, lo puedo descuerar!”. El hombre tomó un palo y le dio un garrotazo en la trompa. El perro cayó muerto sin ladrar, lo desangró y lo descueré. El bolichero lo asó en un horno de barro y se lo sirvió a los sacerdotes… ¡Lo comieron íntegro y se rechuparon los dedos alabando la carne tierna del cordero! ¡Yo también comí y de veras que era una carne muy rica, blanca como la de un cordero de pocos meses! ¡Como la que va a tener dentro de poco este cordero de Villegas!… —terminó, riendo soslayadamente hacia el cocinero, que hizo relampaguear sus ojos antes de meterse agachado por la portezuela de la cocina.

* * *

La *Huamblín* continuó navegando de día y recalando en la noche por la costa abierta de la península Taitao, cuyo cabo, el Tres Montes, descubre sobre las aguas la roca más profunda que se conoce del corazón del planeta. De un largo atravesó el temido golfo de Penas; penetró por el ancho y majestuoso camino de agua de mar que es el canal Messier, cruzó el laberinto de islotes de la angostura Inglesa, por donde apenas puede surcar una sola embarcación, de ida o de vuelta, y fue, por fin, a echar su ancla en las aguas de Puerto Edén, enclavado en la margen norte del paso del Indio.

El nombre, seguramente, le fue puesto a este lugar por su belleza. Después de cruzar la llanura oceánica del golfo de Penas, el canal Messier es un ancho camino de agua que avanza entre paredones grisáceos. Su corriente se hincha a la entrada como una apretada vena, y el callejón sombrío abre sus perspectivas hacia un mundo nuevo, primigenio, donde la ciclópea naturaleza es bastante extraña al hombre. Al final de este paisaje de grandeza cósmica,

las islas verdeantes de Puerto Edén, en la ribera occidental del paso del Indio, forman un verdadero oasis de belleza, y como aquel mundo circundante parece haber emergido recién de las aguas, el navegante tiene la sensación de poder encontrar allí verdaderamente a los primeros padres…

Sin embargo, las islas son frías, húmedas, con un suelo de turba milenaria de metro y medio de espesor, tan poroso como un blando corcho. Sobre este colchón de musgos y de líquenes se levanta una fronda exuberante de robles, canelos, cipreses y laureles. Solo sus playas y redosos repletos de mariscos y peces han permitido que se refugie allí una raza también primitiva: los alacalufes.

¿De dónde vinieron estos hombres primigenios? ¡Nadie lo sabe! Después de atravesar los desérticos y tempestuosos mundos de agua del Pacífico Sur, ellos son los primeros seres humanos que llegaron a refugiarse en ese oasis helado entre los paredones andinos horadados por el mar. Diferentes de los otros aborígenes magallánicos, recibieron de los yaganes de la Tierra del Fuego la curiosa denominación de «hombres occidentales con cuchillos de concha», que es lo que significa «alacalufes». El hombre blanco llevó a ese mundo virgen el alcohol y la sífilis y, aunque degenerados, todavía conservan el rito de cortar el cordón umbilical del recién nacido con una concha de choro.

Otros «hombres occidentales» retrogradan en esos parajes a un estado muy inferior al de las mismas bestias… Aquella tarde, cuando la *Huamblín* echó el ancla bien adentro de Puerto Edén, en la caleta Malacca, quedaba aún flotando en el aire la vergüenza de una de las fechorías que cometen algunos pescadores y cazadores con los infelices alacalufes: cual forajidos se abalanzan sobre sus chozas, atacan a los hombres y les violan a sus mujeres e hijas.

—No son solo los choreros los que hacen eso —dijo uno de los buzos, defendiendo a los de su profesión, cuando esa noche se comentaba en la *Huamblín* el hecho.

—Aprovecharon que no estaba el sargento de la aviación para tirarse sobre las indias —dijo uno de los que vino de tierra en una chalupa a visitar la goleta.

Era un muchacho que hablaba acezando, y describía el atentado contra las mujeres como si estuviera ocurriendo en ese mismo instante ante sus ojos, que se agrandaban impresionados, con una gesticulación morbosa.

—¿Quiénes fueron? —inquirió uno de los de a bordo.

—Nadie lo sabe… —replicó el muchacho—. De repente en la noche se escuchó un rumor entre las carpas de cuero de lobo de los indios… Algunos insultos y como peleas… Después unos gritos de mujeres y de niñitas… Pasó el ruido y todo volvió a quedar en calma.

—¿Y dónde estaba el sargento?

—Había ido a cazar nutrias con los hombres jóvenes… Les pone un uniforme como de marinero, los hace marchar y los forma para izar la bandera. Después los lleva a la caza de nutrias y se queda con todos los cueros…

—Los hombres están solos mucho tiempo por estos lados… Ven las indias y, bueno…, siempre es preferible una mala india a otras cosas —comentó otro chorero, que había llegado en visita desde tierra.

—¿Qué cosa? —intervino Dámaso Ramírez—. ¿Lo que pudieran hacer entre ellos los sucios?

—Peor que eso… Una vez yo vi a unos loberos que amarraron una foca en la playa de una isla para sus necesidades…

—¡Y tú entre ellos, seguramente!

—Sí, andaba con ellos; pero no me dio el cuero… Uno de ellos se volvió loco después… Se despertaba de noche gritando y decía que una foca descuerada lo perseguía…

—¿Cómo, descuerada?

—Esos bárbaros descueraron la foca medio viva después, para aprovechar la piel, que era de dos pelos… Pero al día siguiente no había ni rastros de la foca en la playa, descuerada y todo se había arrastrado al mar… Por eso perseguía al lobero hasta que lo volvió loco, como los náufragos que no se entierran y que atormentan a los que les han hecho mal.

—Son cuentos… —exclamó el patrón.

—Cuentos o no, el caso es que al gallo ese tuvieron que amarrarlo para que no se tirara por la borda al mar… ¡Qué raro que siendo usted patrón de una goleta de estas no sepa de esas cosas!…

—Yo soy ballenero, no cazador de focas…

—Claro que con una ballena la cosa sería más difícil —dijo burlonamente el chorero, y todos rieron de la salida.

El cocinero hizo relampaguear sus ojos dudosamente por sobre el grupo, y el patrón, dando un puñetazo en la pequeña mesa adosada al palo mayor, se levantó, asqueado, y trepó por la escalerilla a cubierta, profiriendo en alta voz:

—¡Bestias, bestias; peores que la peor bestia!

Afuera la noche estaba oscura y revuelta. Dámaso Ramírez se quedó un rato sobre cubierta echando un vistazo por los contornos, como era su costumbre antes de retirarse a dormir. Un faro le parpadeó desde uno de los oscuros cantiles del paso del Indio. Las islas, como una flotilla de sombras más densas, se diseminaban por el este. En el segundo piso de la radioestación se divisaba una luz en la ventana, la que ponía una nota insólita, urbana, en el desolado paraje; más allá de la radioestación, en un faldeo que llegaba a la ribera, se adivinaba la toldería de cuero de lobo de los alacalufes. Otra goleta chorera estaba al ancla a la entrada de la caleta Malacca, y en un redoso por el noroeste, las luces de un campamento de pescadores de choros daban más animación al salvaje lugar.

El patrón sintió que bajo sus pies, en la cámara de la goleta, la conversación seguía con un rumor de agua que escurre soterrada. Percibió al cocinero que trajinaba en la proa, en su cocina, y le escuchó una vez más su largo bostezo, fastidiosa mezcla de lamento y suspiro. Sin embargo, pensó que algo había hecho cambiar su genio en el último tiempo; ya no estaba tan mañoso ni tan díscolo.

Dámaso Ramírez era un hombre de unos cincuenta años, mediano de estatura, pero fornido, de anchas espaldas y poderosa musculatura, como son generalmente los balleneros. Había descendido a gobernar esa goleta chorera, debido al cierre de la factoría ballenera en que trabajaba. Una compañía chileno-noruega se había atrevido a instalarse en la región del golfo de Penas con un buque-fábrica y cuatro cazadores, uno de los cuales, el *Chile*, capitaneaba él. Pero aun cuando los pioneros de la caza de ballena en esos mares del sur habían puesto nombre como este a sus barcos, las esferas gubernativas habían dejado caer un rayo de maldición contra la incipiente industria, pues le estaba haciendo competencia a otra compañía ballenera instalada en el norte, cuyo propietario, hombre de gran influencia social y económica, era amigo del Presidente de la República. Todo esto tenía amargado a Dámaso Ramírez, ya que uno de los dueños de la Compañía Ballenera Chile-Noruega le había mostrado la copia del radiotelegrama con que la Presidencia ordenaba al intendente de Magallanes poner dificultades a esos pioneros radicados en Punta Arenas. La compañía tuvo que liquidar y vender su buque-fábrica y los cuatro cazadores a la misma poderosa competidora del norte. Y así Dámaso Ramírez había perdido su trabajo, su categoría de capitán ballenero y algo más, la fe en los hombres, sobre todo, cuando eran gobernantes…

Como buen ballenero acostumbrado a vencer la gran bestia del mar, pensaba que, aunque el hombre había llegado a dominar la naturaleza, no había logrado aún dominar su propia naturaleza…

En su ya larga vida de hombre de mar había visto y oído muchas cosas; pero ninguna que lo dejara tan confundido como esa barbaridad que acababa de escuchar bajo cubierta, de labios del chorero que había ido a visitar la goleta. Miró al mar; sus aguas se volvían aún más negras cada vez que una turbonada bajaba de los cerros del oeste y pasaba revolviéndolas por entre las islas hacia la anchura del canal. Miró a los cerros: estaban cubiertos de nieve hasta la mitad. Era lo único blanco en aquella noche; la nieve eterna de las cumbres, aunque también con una claridad confusa y lacerante perdiéndose en la alta sombra. Buscó en el cielo, como hacía a menudo, su constelación amiga, la que muchas veces en sus noches el ballenero en mar abierto le indicaba su posición en el planeta y hasta le señalaba el rumbo en su navegación; pero no divisó una sola estrella; como todas, la Cruz del Sur también estaba oculta detrás de aquella baja comba renegrida y confusa, como si una mano demoníaca hubiera borroneado el cielo por doquier, con un tizne más negro que el mismo carbón de la noche. Levantó el puño hacia ese oscuro cielo y, amenazándolo, repitió dos o tres veces para sí, más bien tragándose las palabras con angustia:

—¡Cielo!… ¿Dónde tienes tu salvación?

Y descendió mascullando por el cubichete que llevaba a su litera, como si se lo hubiera tragado una tumba flotante.



A los chubascos nocturnos sobrevino una mañana tan luminosa, que Puerto Edén parecía acabado de nacer. Por el canal del Oeste, la isla Grossover se atravesaba en medio del angosto paso del Indio como un gran cetáceo echado, con su lomo verde estático sobre las aguas, y detrás del lomo otras y otras perspectivas azules, blancas, verdes, marginando las aguas del canal que avanzaba como un sendero hacia otros mundos.

La *Huamblín* desembarcó a los tres buzos con sus trajes de goma y escafandras, los que se instalaron inmediatamente en las chalupas balleneras que los esperaban. Desde ese mismo día la goleta empezó su recorrido periódico por los mares adyacentes, en busca de las quince chalupas que con sus respectivos buzos y ayudantes mantenía el propietario de Puerto Montt, junto a la *Huamblín*, en aquella región durante la temporada invernal.

Las chalupas, cuyos nombres de balleneras le han quedado desde los tiempos en que se usaban para cazar esos grandes animales marinos con arpón de mano, surcaban aquellas aguas con sus propias velas: una mayor y un foque; a veces, como un lujo, sus tripulantes le izaban una trinquetilla, la que le daba un aspecto de pequeño velero de alta proa y puntiagudo codaste. A su lado iban el buzo y dos ayudantes que debían darle aire desde la bomba accionada por uno de ellos por medio de un volante. Otro levantaba el canasto de alambre o «chinquillo», cuando el buzo en el fondo del mar lo tenía llena de choros, para cuyo efecto daba dos tirones en el cordel que, como telégrafo, comunicaba con las manos del ayudante.

Las grandes nevadas de junio empezaron a dificultar y hacer más duras aquellas faenas. Con ellas, todo se había vuelto blanco en esos parajes; el grueso manto de nieve descendía peinado suavemente por el viento desde las altas cumbres hasta el nivel del mar, donde la pleamar lo chaflanaba como una perfecta cornisa de cristal.

La vegetación de las islas también amanecía a veces envuelta en blanco ropaje, lo que daba a los robles aparragados, laureles y cipreses caprichosas formas suavemente esculpidas y mantenidas milagrosamente sobre el claro azul de las aguas.

En ocasiones, una capa de hielo cubría el mar en los canales, y los buzos tenían que romper el débil cristal antes de penetrar en la espaciosa vidriera submarina. Con sus trajes de goma blanca y el gran globo de la escafandra, de cobre reluciente o veteado de moho verde, atornillado en el cuello, sobre los hombros, por la escalerilla de hierro enganchada en la borda de la chalupa, descendían como lentos fantasmas al lecho marino, mantenidos solamente por la roja manguera de goma que desde la chalupa llevaba el aire a sus pulmones.

Abajo, entre las aguas verdosas, se vislumbraba primero como una gran rana blanca con cabeza de bronce, o un pez extraño entreabriendo las ramazones de algas.

A ritmo lento, los de la chalupa daban vueltas a los volantes de la bomba de aire, para que el cordón umbilical llevara el sostén vital al hijo de la tierra en el vientre submarino. De esta vida que de ellos dependía, solo se divisaban de vez en cuando algunas burbujas, como pompas de jabón, que en forma de una corona gigante ascendían hasta la superficie; esto era cada vez que la cabeza del hombre dentro del casco de metal presionaba, inclinándose de lado, la válvula que dejaba escapar el aire quemado en los pulmones para poder vivir. El procedimiento mecánico, con su pausado compás, hacía que

los ayudantes olvidaran a menudo que en aquellas aéreas burbujas había descendido la vida hasta el corazón de un hombre, enlazada como siempre, dramáticamente, a la muerte.

¿Qué piensan los buzos cuando caminan por el fondo del mar? Muchos dicen que solo en los choros con que llenar pronto el «chinguillo», que luego izará el ayudante a los dos tirones del cordel. En lo tocante a lo que ven, suelen guardar silencio, con esa sonrisa fatigada de esfinge con que respiran libremente el aire cuando los ayudantes les desatornillan el casco de cobre, a medio salir de las aguas al costado de la chalupa.

Dicen que abajo es como andar por un aire más pesado, y que el cuerpo se vuelve tan liviano como se quiera, pues basta un movimiento de la cabeza sobre la válvula de la escafandra para que entre o salga más aire del traje neumático flotando debajo de las aguas.

El piso del mar no es otro tan diferente del de la tierra; a veces son sus mismos callejones, sus mismas praderas, solo que más tranquilo y silencioso, pues abajo no alcanzan a llegar ni el vaivén ni el rumor de las olas. Por los grandes ojos cuadrados de cristal asoman de vez en cuando cardúmenes de peces curiosos, navegan un momento en ronda tranquila junto a la cabeza metálica y, de pronto, se dispersan como una rosa deshojada por súbito viento. A veces es un delfín, cuyo cerebro, en proporción, es el más pesado entre los mamíferos después del hombre, el que se acerca a atisbar al blanco congénere que nada en esa extraña forma vertical.

Algunos de estos buzos son supersticiosos, y tienen más fe en sus amuletos, que llevan amarrados a la cintura como la botella para la orina, que en los ayudantes a los cuales han dejado confiada su vida, a pesar de la clásica ley del mar que dice que en un caso de peligro primero está la vida del hombre de abajo que la de los de arriba.

Uno de los buzos de la flotilla de chalupas, por ejemplo, no podía trabajar sin llevar sus dos quetros que él había amaestrado para que lo siguieran hasta debajo del mar. El quetro es un pato marino azul grisáceo, del tamaño de un ganso, que no puede volar. Es tan pesado, que las alas apenas levantan el cuerpo sobre la superficie; pero aletean vertiginosamente y las anchas membranas natatorias patalean sobre las aguas dejando una rumorosa estela como la de una lancha a vapor; de allí proviene también su otro nombre de «pato a vapor».

Este buzo los había criado desde polluelos, y cuando se sumergía, ellos también se zambullían, acompañándolo en su faena. Pasaban frente a los ojos de cristal mirando al amo, al buen compañero: el hombre que les daba algún

pequeño pez de las piedras, y luego salían a la superficie a retozar. Así se llevaban, entre zambullidas y retozos sobre el mar, hasta que el buzo salía del fondo, trayéndoles siempre alguna golosina que los quetros saboreaban levantando al cielo sus grandes picos espatulados, de color naranja. Cuando el buzo desembarcaba de la chalupa, los quetros lo seguían hasta el rancho de zinc de la costa, donde continuaban acompañándolo cual dos grandes patos domésticos. «Me traen la suerte», decía, y no se despegaba de ellos en sus faenas.

El cordero de la *Huamblín* también había llevado la suerte a su bordo, pues durante los cuatro meses que llevaban recorriendo esos mares no habían sufrido percance alguno. El dueño de tan original mascota, el cocinero Villegas, se había transformado también con el tiempo en otro hombre, en un cordial y buen compañero.

A menudo se le veía subir y bajar por la cubierta, seguido del cordero; a veces jugaban, agachándose el hombre y dándose ambos de topadas, como si fueran dos corderos o dos niños… Los hombres de las chalupas dejaron de mirar con ojos codiciosos al cordero, que ya estaba a punto para un buen asado al palo, y en adelante lo consideraron como una verdadera mascota de la *Huamblín*.

Villegas también era un hombre venido a menos. Algunos lo habían conocido de cocinero en las grandes estancias ganaderas de la Patagonia, donde un maestro de cocina es el mejor pagado de todos los trabajadores. Se rumoreaba que no podía volver a trabajar en las estancias, porque había servido de soplón en una de las sangrientas huelgas de la región y los obreros «se la tenían prometida». Pero otros decían que siempre había sido un mal tipo, y que no volvía a Magallanes, porque había dado muerte a un individuo, lanzándole un cuchillo de cocina por la espalda. El caso era que Villegas andaba a disgusto en la goleta, pues se creía menoscabado en su profesión en esa cocinilla junto a la roda y sirviéndoles a esos tripulantes. Un aire aristocrático, displicente, emanaba de su pálida delgadez, y aunque había cambiado en su carácter, siempre miraba algo en menos a los otros.

Este cambio cordial era de tal modo notorio, que ni él mismo se reconocía… ¿Qué había sucedido en el hombre? ¿Acaso aquel pequeño animal acurrucado esa noche junto a su pecho en medio del desamparo de las islas Desertores había hecho florecer la ternura de que tanto carecía su apeñascado corazón? ¿Tal vez algún instinto de conservación de la vida naciente se había despertado al degollarle a la madre que lo sustentaba? El hecho era que el tierno animalito había establecido cierta comunicación entre

él, que siempre fue díscolo y aislado, y el resto de la tripulación… Cuando un extraño acaricia a un niño, ¿acaso no acaricia también un poco al padre? ¡Y él se sentía algo así del cordero!

Los secretos resortes del proceso de esta transformación no los sabía ni el propio Villegas a bordo… ¡Hay hechos tan singulares como el de que una piedra agriete su costra para dejar florecer una simiente!…



La *Huamblín* continuó durante todo aquel invierno costeando por los más apartados rincones, fiordos y canales, donde las chalupas realizaban sus faenas de pesca. A veces penetraba por ese tajo gigantesco de mar y río que es la desembocadura del Baker en plena cordillera de los Andes patagónicos. Ensacaba los choros y cholgas y en sus bodegas los conducía hasta Puerto Edén, donde los barcos de cabotaje pasaban a cargarlos para el norte.

Las grandes depresiones oceánicas que vienen rodando desde los confines del océano Pacífico chocan con especial fuerza, en todo su desarrollo, contra esos contrafuertes andinos que han quedado desafiando el pleno mar, triturado por ancones y canalizos. Las tormentas se desatan a menudo y el viento se rasga ululando en los altos cantiles, y a veces brama como enfurecido por no poder seguir rodando sobre la superficie marina. A pesar de su furia, las aguas permanecen sin gran oleaje entre los paredones pétreos; pero de vez en cuando una turbonada desciende vengativa por los ventisqueros y las sacude también con enconada saña. Entonces vuelan árboles, toldos indígenas y hasta los carámbanos son aventados por los aires.

En una de esas depresiones fue cuando lo ineluctable vino a devastar lo que había florecido a bordo de la *Huamblín*.

Como a eso de la medianoche se desencadenó súbitamente aquel temporal. Seguramente el viento corría en las cumbres a ciento cincuenta kilómetros por hora, rasgándose ululante en los cuchillos de los picachos. Con su avezado instinto, Dámaso Ramírez despertó al primer soplido gigantesco; pero no tuvo tiempo de levar anclas, pues cuando subió a cubierta estas ya estaban garrando en medio del desatado temporal, con el inminente peligro de encallar la embarcación sobre la costa rocosa.

Rápidamente estuvo toda la gente en cubierta, pero aun cuando el motorista hizo dar el máximo a su máquina, la goleta no respondió a la fuerza del vendaval y siguió garrando con sus anclas hacia los roqueríos que se divisaban apenas entre la negrura y la nevisca.

El marinero trató de izar la trinquetilla para ayudar a la maniobra; pero la pequeño vela se rasgó como un trapo ceniciento. Con audaz decisión, y jugándose la suerte de la goleta y de sus vidas, el patrón viró en redondo y atisbando un estrecho canalizo entre las rocas, dio la popa al viento y se lanzó por él a la buena de Dios. No tocó fondo, y alcanzó a sortear el peligro saliendo milagrosamente hacia el canal abierto. Libre de peligro, rumbeó por entre las islas hasta encontrar otro fondeadero.

En la noche solo se habían dejado oír el fragor de la tormenta y las voces de mando del patrón, dominando la situación; pero no bien hubo fondeado la *Huamblín* en lugar seguro, se dejó oír otro grito desesperado bajo cubierta:

—¡Mi corderooo! —vociferaba Villegas, recorriendo la embarcación de proa a popa.

Todos se preocuparon de la pérdida del animal; pero dadas las pocas dimensiones de la embarcación, pronto se dieron cuenta, en la búsqueda, de que seguramente se lo había llevado el mar, sin que nadie se diera cuenta, en medio del barullo por salvar la goleta y con ella sus vidas.

Al día siguiente Puerto Edén amaneció con una atmósfera tan diáfana como la que correspondía a su nombre bíblico; ni una gota de viento corría por los nevados y estáticos picachos. El mar, con la inefable inocencia que siempre sucede a sus depredaciones, jugaba como un niño entre las islas, escurriéndose silenciosamente por la angostura del paso del Indio hacia otros mundos.

El día entero estuvo Villegas tendido en su litera sin hablar con nadie. El motorista y el marinero tuvieron que hacerse su comida y la del patrón. El cocinero no quiso recibir nada de sus manos y continuó así esa noche y el día siguiente, en su litera, con la cara dada vuelta hacia las oscuras cuadernas.

No bien entrada la segunda noche, se dejó oír un sordo grito bajo la cubierta. El patrón despertó sobresaltado, y con un farol de bote corrió a ver lo que había pasado en el estrecho compartimiento donde estaban las literas.

—¡Fue él quien me botó el cordero al agua! —profirió el cocinero con voz extraña, cuando el patrón alumbró el estrecho recinto apegado al codaste.

Álvarez, el marinero, daba las últimas boqueadas de la vida entre borbotones de sangre. Un cuchillo de cocina estaba clavado en medio de su pecho. El motorista Almonacid, medio sentado en su litera adosada a las cuadernas, miraba como un sonámbulo el cuadro de la tragedia.

—¡Ayúdame a amarrar a este hombre! —le ordenó el patrón, mientras le pasaba el farol y tomaba a Villegas de ambas manos por detrás.

El cocinero no se resistió cuando el patrón, con un buen nudo marinero, le ató las manos a manera de esposas. Permaneció con la cabeza gacha, como anonadado. Solo cuando estuvo encerrado en su cocina, a cuyo cubichete el patrón le puso candado, se le oyó gemir sordamente en una crisis de llanto.

Dos días después pasó un barco a cargar choros, y junto con el cargamento el patrón puso a disposición del capitán al cocinero Villegas por haber dado muerte al marinero Ruperto Álvarez mientras dormía.

—¡No sé si está loco este hombre o es malo de adentro! —dijo Dámaso Ramírez, al informar al capitán del barco sobre aquel insólito hecho de sangre, y agregó—: ¡Parece que todo fue por culpa de un cordero que cayó al agua!

Por culpa del cordero, asimismo, al ventilar el crimen, las autoridades de Puerto Montt sacaron a relucir el robo de ovejas en las islas Desertores, y mientras el cocinero fue a dar con sus huesos a la cárcel por asesino, Dámaso Ramírez, el ex ballenero que había perdido la fe en los hombres, perdió también su postrera categoría de patrón de la *Huamblín*.

En uno de los islotes que existen frente al redoso de Puerto Edén, cual una baliza que advierte a los navegantes de los peligros de los bajíos, manos piadosas clavaron una tosca cruz, que fue el último rastro de las andanzas del viejo marinero Ruperto Álvarez. Fueron simplemente dos estacas de roble aparragado amarradas con un nudo marinero que el tiempo habrá deshecho, o que alguna turbonada habrá arrancado de cuajo.

Tierra de olvido

A medida que penetrábamos tierra adentro, el paisaje se iba haciendo cada vez más sombrío e inquietante. La sordidez de algunos pasos destemplaba el ánimo y hasta los caballos paraban las orejas, atemorizados de algo que no se veía, pero que estaba allí tan vivo como la roca desnuda.

Nuestro sendero bordeaba a veces el abismo, y ante la visión del río, fragoroso, corriendo allá abajo en lo profundo, hombre y bestia quedábamos suspendidos unos instantes, tratando de recostarnos contra la pared de piedra que nos empujaba con su grávida fuerza hacia el vértigo. Entonces no éramos nada; solo nos parábamos un poco más en los estribos, nos aferrábamos a las riendas, y el caballo, por sí solo, salía tranqueando con impávida firmeza sobre la árida roca.

En un recodo en que se hinchó el pecho del monte, vimos por última vez el mar. Y fue como si hubiéramos perdido algo…, algo que nunca más volveríamos a recuperar.

Ahora comprendíamos la desapacible inquietud que nos embargaba a medida que nos internábamos en ese desolado paisaje. El mar, aunque celoso y violento cuando se está en medio de él, desde esa lejanía era un compañero inmenso, un manso llano de paz, cuya vista infundía quietud y, sobre todo, esa vaga e indefinible sensación de la esperanza.

Hay paisajes, como instantes de la vida, que no se borran jamás de la mente; vuelven siempre a traspasarnos desde adentro, cada vez con mayor intensidad. Este en que dimos la última mirada al mar es uno de ellos; allí volvimos la cabeza para no perder la postrera visión de esa esperanza y entrar de lleno en aquella tierra de olvido.

Nuestra ruta, paralela al Baker, se interrumpió de pronto por un corte a pique, y a nuestra asombrada vista se extendió un grandioso valle, cuyos pastizales, partidos por el viento encajonado, semejaban la fina felpa de una nutria hendida por el soplo del experto. Era un tajo inmenso dejado por un ventisquero en el corazón de la montaña, uno de esos ríos de hielo milenario, desaparecido, cuyo lecho de légamo hacía la fertilidad de esa pradera.

Tuvimos que abandonar la dirección paralela al río y doblar hacia el sur, bordeando este otro río seco, en busca de una bajada. Solo al cabo de algunas horas el espinazo cordillerano empezó a inclinarse y pudimos avistar el fondo del valle que se perdía como una garganta profunda en la montaña. Un cielo sin luz nos permitió columbrar apenas dos cosas que aumentaron nuestra curiosidad: el valle terminaba y daba comienzo a un paredón de hielo que se encajaba como una cuña montaña adentro; y abajo, a nuestros pies, junto a un boscaje de robles enanos y aparragados, en la cumbre del primer promontorio que descendía en el valle, se divisaba una casucha oxidada, pequeña y oscura, como algo aventado y detenido insólitamente en la más olvidada grieta de la tierra.

Bajamos y empezamos a penetrar en el llano, cuyo alto pastizal nos llegaba hasta los estribos. Mas volvió a sobrecogernos la torva soledad de aquel lugar, cuya visión desde las cumbres había sido por algunos momentos un oasis de descanso para nuestros ojos. El pasto crecía abundante y tupido como una sementera; pero ni un pájaro, ni un huemul, ni un bicho en la tierra, interrumpían ese silencio, a través del cual solo vagaba de vez en cuando el zumbido de la brisa encajonada.

Recordábamos haber visto algo semejante en el hueco dejado por un ventisquero gigantesco en la bahía de Yendegaia, en el canal Beagle; pero ahí el hombre había llevado el rumor de la vida y doce mil ovejas apacentaban en las llanadas que llegaban también hasta los vestigios del hielo milenario.

Anduvimos en dirección a la casucha. El silencio se hacía cada vez más letal y solo de tarde en tarde la serpentina ululante del viento se rasgaba en las oquedades del valle; después, nuevamente ese silencio… hasta que…

Un aullido plañidero nos partió como un rayo los nervios y los caballos saltaron despavoridos. Casi perdimos los estribos; a fuerza de rienda y espuela, los doblegamos; pero siendo, como es, el animal que más se espanta con lo desconocido, sus narices latían, sus ojos relampagueaban y sus patas se estremecían con un temblor que jamás tuvieron frente a la incertidumbre del abismo.

Palmoteándoles en la tabla del cuello, logramos aquietarlos; pero no había transcurrido un minuto cuando se dejó oír de nuevo el aullido, esta vez menos penetrante y agudo, como el balido de un lobo enfermo o herido. Bastaron unos riendazos para contener a los caballos de nuevo.

Detuvimos la marcha y esperamos. El silencio pesaba como el plomo del cielo.

Mas, en el momento en que íbamos a proseguir el camino, abriéndose paso entre el pastizal, surgió un extraño animal: era un perro de aguas con algo de lebrel; pero un lebrel de cara chata, con los belfos como de un lobo y de abundante lana en los flancos, tiesa y larga, igual que la de la foca peluda. Era una mezcla rara y repugnante, como la de las hienas, de patas delanteras tan altas, que parecían arrastrar el cuerpo cuando andaba. Surgió muy cerca de mí, y antes de que pudiera abalanzarse sobre la cabalgadura, preparé mi carabina y apunté; pero al instante Clifton, mi compañero de viaje, tomó el caño de la Winchester y me lo desvió. En ese momento mismo apareció también un hombre de entre el pastizal, y tomando al perro, llamémoslo así, de una oreja, se puso junto a él.



Clifton se acercó y le habló algo que no pude entender. El hombre respondió con una voz gutural ininteligible y señaló el fondo del valle, como indicándonos el camino.

Avanzamos, con él a la retaguardia y siempre con el perro agarrado de la oreja, hasta el borde del cerro en cuya cumbre estaba la casucha; pero no nos dejó llegar hasta ella. Poniéndose frente a nosotros profirió, con su voz gutural, otra vez algo, y como amenazando con el perro indicó nuevamente el contrafuerte cercano.

Seguimos la dirección que nos señaló, mientras él nos espiaba desde el faldeo. Cuando nos perdimos en el valle, el aullido escalofriante del perro se dejó de nuevo oír; pero el extraño animal llegó solo hasta las cercanías de nosotros, pues, en el momento en que parecía alcanzarnos otro aullido gutural

brotó del hombre, y el perro, levantándose en dos patas, dio un amenazante rodeo junto a las ancas de los caballos, levantó el hocico, emitió su balido ululante y volvió hacia donde estaba su amo.

Al cabo de un rato, cuando empezábamos a ascender por el contrafuerte, se dejó oír otro ulular menos agudo pero más profundo; así también nos estremecimos, hondamente, pero el hombre y la bestia habían quedado muy atrás; era el viento el que bajaba ululando por el sombrío cañadón.

Luego, detrás de nosotros, empezaron a repechar las primeras sombras de la noche, y poco a poco todo se fue poniendo oscuro y apretado como un solo corazón; como el pétreo corazón de esa naturaleza desintegrando hasta la última brizna humana en su milenaria desolación.

Clifton, a cuya pequeña estancia en el interior del Baker nos dirigíamos, nunca se adelantaba a explicar o señalar nada. Dejaba que las cosas se explicaran por sí solas, y solo cuando no ocurría así, intervenía enseñando lo que sabía del lago, del animal, del monte que ya habíamos dejado atrás. No sé si esto lo hacía por sabiduría o temperamento; el caso es que, de esta manera, uno aprendía las cosas mejor y no las olvidaba tan fácilmente.

Cuando tramontamos el primer contrafuerte del valle y llegamos a un extenso faldeo en que empezaba la selva de robles aparragados, se hizo tan negra la noche, que decidimos pernoctar.

Con su baquía cordillerana, Clifton encendió una buena fogata, y nos dispusimos a merendar el charqui que llevábamos a los tientos.

En el momento en que preparábamos nuestros respectivos tarros choqueros, me dijo de sopetón:

—¿A qué atribuye usted el estado de ese hombre que encontramos en el valle?

Clifton siempre hablaba acortando caminos, como si uno ya hubiera desarrollado la mitad de la conversación y no le quedaran más que las conclusiones.

—¡A una desintegración producida por la naturaleza! —respondí, tratando de ser preciso, pero al darme cuenta de que había resultado pedante, alcancé a agregar, a manera de excusa—: ¡Una vez estuve tres días sobre unas rocas, y cuando pasaron a recogerme, casi gateaba ya como una jaiba!

—También he experimentado eso que usted llama «desintegración» —continuó Clifton, pronunciando esa palabra como si masticara una estopa insípida—. La naturaleza primero lo «desintegra» a uno, y luego lo «integra» a ella como uno de sus elementos. En la primera etapa parece que se fuera a desaparecer, algunos perecen, y en la segunda se renace con un nuevo vigor;

así tal vez selecciona y destruye lo que más le conviene. Aquello ocurrió en mis mocedades; en una ocasión en que estuve tres años solo en un puesto ovejero de la Tierra del Fuego, cerca del lago Fagnano. Fue algo así como si hubiera dejado de ser yo mismo. Comencé a perder el hábito de leer; los asuntos de los libros me parecían vanos, insignificantes, y prefería al pensamiento más profundo de Platón el rumor de una hoja. En seguida dejé de reflexionar y casi de pensar. Estaba anonadado. Era cruel. Luego me di cuenta de que los pensamientos que se habían alejado de mi mente estaban siendo reemplazados por otros, y empecé a resurgir, pero a través de una transformación fundamental de esas facultades. Con ello, las cosas empezaron a adquirir cierto valor misterioso; por ejemplo, un musgo ya no era para mí solo una hierba verdinegra que crecía sobre la corteza terrestre, sino algo de más valor que me acompañaba en la vida como mi perro y mi caballo. Desde el vago terror que empezaron a producirme las sombras de la noche, hasta la alegría de la alborada, que solo había presentido en el canto de los pájaros, todo estaba allí, en la naturaleza, ante la cual me faltaban ojos, sentidos, mente, para ver, escuchar y reflexionar.

»Tuve que irme de aquel lugar y hacer un esfuerzo supremo para volver a abrir un libro y encender dentro de mí esa luz que solo surge en el interior de las cuatro paredes de una casa. ¡Cómo pudiéramos llevar la civilización a la naturaleza y la naturaleza a la civilización! ¡Ah…, no sabe usted lo que significa encontrarse con una estufa caliente dentro de cuatro paredes en medio de estas soledades!

Nos conocíamos con Clifton desde nuestra infancia en Punta Arenas; habíamos trabajado juntos en una estancia del oriente fueguino, y como su vida era su charla: tomaba repentinamente el sendero más inesperado y no sabía ni él mismo adónde iba a parar; además de esa peculiaridad de hablar como si lo que él sabía lo tuviese que saber también todo el mundo. Por eso tuve que pararlo un poco en seco y llevarlo al tema que parecía haber olvidado.

—¿Y lo del hombre del valle y su extraño perro?

—¡Ah…, lo que le aconteció al viejo Vidal es algo más que una «desintegración»! —prosiguió, marcando con cierta ironía la para mí también ahora cada vez más fofa palabra—. Lo del perro no me lo explico. Hay en el museo salesiano de Punta Arenas un caballo reconstituido que tiene la piel exactamente igual que la de un guanaco, es un verdadero «caballo-guanaco»; pero no me parece posible que pueda haber una cruza entre una foca y un perro… de la que pudiera creer que salió ese engendro. ¡Así como el lago

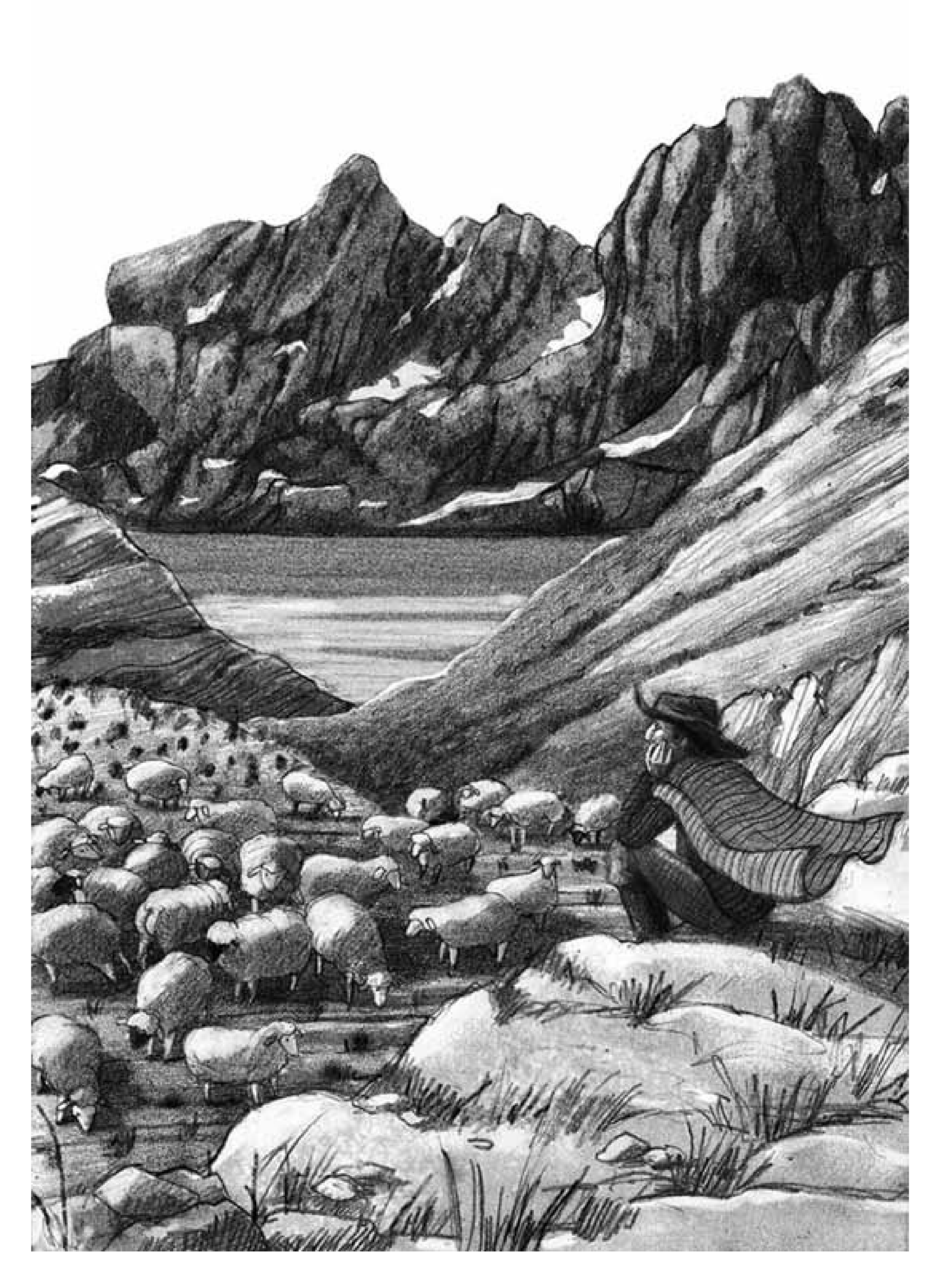
Fagnano me cambió a mí hasta el modo de pensar, bien pudiera ser que esta naturaleza, donde parece haber cambiado hasta Dios, haya transformado generaciones de perros hasta sacar ese producto de extraño pedigrí! A propósito de esto, recuerdo haber encontrado en una isla del canal Moraleda una manada de ratones que se echaban al agua para mariscar y pescar, y se enroscaban de la cola en los árboles para poder cazar los pájaros. La cola habíaseles desarrollado extraordinariamente y las patas las tenían como «champallas». ¿Cómo llegaron esos ratones allí? ¡Nadie lo sabe; así como nadie sabe la forma en que llegaron los indios yaganes al Beagle! ¡Si estos fueron arrojados, como se dice, en una canoa desde la Oceanía hasta el cabo de Hornos, bien pudieron aquellos haber venido hasta la isla inhospitalaria del Moraleda en un cajón parafinero arrojado desde el Corcovado por algún naufragio! Por lo demás, hay hombres de ciencia que atestiguan que el lobo, el elefante, el leopardo, el dungungo o vaca, marinos, son descendientes de sus congéneres de tierra adentro, que se «desintegraron» y «reintegraron» al mar. No es raro que por ese olvidado valle galopen también los caballos marinos, que más de alguno dice haber visto entre las espumas de las olas. No se olvide usted, además, que en esta tierra puede haber de todo, ya que más de una expedición alemana ha pasado Baker adentro en busca del plesiosauro que pudiera existir aquí aún.

Vi que Clifton había olvidado completamente el tema de la conversación, y que en el vasto campo de su mente habían surgido innumerables senderos por los cuales parecía lanzarse gozoso en busca de otros y otros más, que brotaban de un tallo inagotable como las ramas en el bosque. De ese bosque en que estaba a punto de sumergirse lo hice salir de nuevo con otro empellón, esta vez un tanto impertinente.

—¡Está muy bien —le dije—, pero usted se ha olvidado de explicarme el caso del hombre que encontramos en el valle!

—¡Ah…, el viejo Vidal… —prosiguió Clifton—, fue un hombre que trabajó durante muchos años en la Patagonia, con la ambición de llegar a ser alguna vez libre y poblar tierras propias; pero, como usted bien lo sabe, no hay en todo el extremo austral de Chile una lonja de tierra buena que no esté ocupada por las grandes sociedades ganaderas!

«Vidal oyó hablar de un valle encontrado por unos cortadores de cipreses en el interior del río Baker y, después de reconocerlo, invirtió los ahorros ganados en esos años de esfuerzo en ovejas e instalaciones para una pequeña estancia de ocho a diez mil animales.



»Con grandes sacrificios logró traer la primera majada para iniciar la explotación. El pasto era abundante. Le fue bien. Trajo a su mujer, a sus cuatro hijos y con los seis o siete peones y ovejeros formó una pequeña colonia, cuyas casas de techo rojo parecían cajas de fósforos nadando en medio del pasto del extenso valle.

»Fue lo que se llama la “tierra de promisión”. Sacaba la lana a lomo de mula por el interior del Baker y de allí la llevaba a Aysén o a Comodoro Rivadavia. Entre sus proyectos estaba el de aprovechar el ciprés de la orilla del río para construir grandes lanchones con los que sacaría sus productos al canal Messier, por donde surcan los barcos que pasan desde el estrecho de Magallanes hacia el golfo de Penas.

»No alcanzó a construir sus lanchones de ciprés. Si los hubiera construido, tal vez no estaría ahora allí convertido en lo que está.

»Lo que sucedió fue que un año el sol reverberó como nunca ocurre en esas regiones, a tal punto, que las nieves se derritieron hasta las costras eternas de la edad glacial.

»Vidal regresaba del interior del Baker, adonde había ido a dejar parte de su cosecha de lana, cuando llegó al borde del valle y encontró el espectáculo más desolador: ¡todo había sido arrasado! El pasto estaba tendido, y sobre él yacían tirados por aquí y por allá los cadáveres de su mujer, de sus hijos, de algunos de sus ovejeros y peones, ya putrefactos y comidos por una bandada de cóndores que se había enseñoreado en el valle. Las casas habían sido arrancadas desde sus cimientos y desgajadas igual que si hubieran sido las cajas de fósforos que semejaban a la distancia. La mayor parte de las ovejas había desaparecido y las restantes, junto con los perros y caballares, estaban tendidas allí atestiguando la magnitud de la catástrofe».

Clifton avivó la fogata con un tizón y se quedó un rato mirando en silencio los aleteos del fuego, que con su danza de luces y de sombras encogía y agrandaba el corazón del robledal.

—Los arrieros que lo acompañaban dicen que perdió inmediatamente el habla —prosiguió Clifton—; pero yo pude hablar con él algún tiempo después y, aunque tartamudeaba, logré entenderle claramente lo que me relató. Ahora parece haber perdido totalmente el lenguaje, y como usted vio, hasta la memoria, pues hoy no me ha reconocido. Turbada su razón o no, el caso es que ha sido imposible sacarlo del valle, donde con los restos de algunas planchas de zinc construyó ese rancho oxidado que se divisa desde la altura, y vive, no se sabe cómo ni de qué, rondando como una sombra los contornos, acompañado de ese extraño perro de aguas.

«¿Quedó este hombre clavado allí por el puñal de la desgracia en espera de sus últimos días? ¿Es el amor de su mujer muerta, de sus hijos o de su hacienda desaparecida, lo que lo ha amarrado definitivamente en el valle?

»¡Nada sabemos de lo que ocurre a veces en las almas golpeadas por la fatalidad! —prosiguió Clifton—. ¡Y no me extraña la actitud de Vidal,

cuando he visto a un pescador llevar en las tardes su comida al mar y arrojarla entre las olas, en el mismo lugar en que un día le fuera arrebatada su mujer! ¡Todas las tardes aquel hombre esperaba un rato antes de echar la comida al agua, como si tuviera la esperanza de verla aparecer aún; luego, con renovada ilusión, tiraba los trozos de pan al mar y vertía el tiesto, a cucharadas, cual si realmente estuviera dándole de comer a la boca amada!».

Clifton volvió a atizar la hoguera y se quedó abstraído. El reflejo de las llamas subía por sus ojos verdes como una corriente de aguas encendidas, que a veces se volvían oscuras, empañadas por el paso de alguna sombra. Respeté su silencio, pero se hizo tan largo, que temí hubiera dado término a la narración. ¿Creería Clifton, en su peculiar manera de ser, que yo daba por sabida la causa de la destrucción de la estancia de Vidal? No aguanté más e interrumpí su abstracción.

—¿Y cuál fue la causa de lo ocurrido en el antiguo lecho del ventisquero? —le pregunté.

—¡Ah!… —exclamó Clifton.

Y como viera que no volvía del todo en sí, agregué:

—¿Una salida de mar, acaso?

—No. El mar está muy lejos de aquí.

—No se olvide —le dije— que en Última Esperanza el mar horada la cordillera de los Andes hasta la cercanía de la pampa patagónica.

—Sí —me respondió—, pero el seno de Última Esperanza es de una formación muy distinta, tal vez del mismo origen que la que hizo que el estrecho de Magallanes tajeara la cola de América y atravesara la cordillera andina hasta el mismo océano Atlántico. Aquí, el caso del Baker es un hecho insignificante comparado con esos colosales fenómenos prehistóricos.

«Lo que aconteció en el lecho de este ventisquero fue debido a una inundación que, de tarde en tarde, en forma extraña y caprichosa, azota el valle. Pueden pasar cuatro años o más sin que nada ocurra; pero el día menos pensado una ola de agua sube por él y lo cubre hasta varios metros de altura; luego desciende, y si en la subida no logró arrasarlo todo, lo hace en la bajada, pues la corriente vertiginosa se va, con el mismo ímpetu con que llegó por ser la boca de valle, y desciende casi al mismo nivel de las aguas del río.

»Yo me he explicado el fenómeno observando lo que ocurre en algunos afluentes del lado norte del Baker. Allí, cuando los invierno son malos y los veranos benignos, se producen aluviones y rodados, con desprendimiento de árboles gigantescos, robles y cipreses que se atascan en las gargantas por donde corren esos ríos, formando de esta manera grandes represas que un

buen día rompen el taco que las contienen y se desbordan furiosamente, haciendo subir el nivel de las aguas. Como el Baker también corre entre gargantas y acantilados profundos, estas aguas van a inundar con gran violencia todos los valles y boquetes que encuentran debajo de su nivel.

»Esto fue lo que sucedió con el lecho del antiguo ventisquero. El afluente que baja al Baker en sus cercanías acumuló durante mucho tiempo el material para sus represas; algún deshielo extraordinario aumentó el poder de las aguas, y un día cualquiera irrumpieron arrasándolo todo».

—¿Nadie ha vuelto a intentar la ocupación del valle? —pregunté.

—Nadie —respondió Clifton, y concluyó—: Desde el estrecho de Magallanes hasta el golfo de Penas, entre los innumerables canales y fiordos, hay muchas hermosas praderas como esta, y nadie sabe por qué están abandonadas. ¡Son tierras de olvido!

Témpano sumergido

Un hombre de guardapolvo gris salió de la garita del muelle y, acercándose, me dijo:

—¿Quiere usted ir a trabajar a Navarino?

—¿Navarino?… —le respondí, tratando de recordar.

—¡Sí, Navarino! —me dijo—. La isla grande que queda al sur del canal Beagle. Allí se necesita una persona que pueda hacer de todo un poco.

La proposición me tomó en uno de esos días en que uno puede zarpar hacia cualquier parte y en un momento en que vagaba por los malecones como separado de mí mismo, cual esos retazos de nube que quedan flotando sobre la tierra después de alguna tempestad y que se van con el primer viento que llega.

Algo así como una tempestad también había ocurrido en mí; una tempestad de la que quedaba aún en mi mente la imagen de una mujer y una gota de sombra en mi corazón, que se repartía de tarde en tarde por mi sangre.

Sin embargo, cuando firmé el contrato no sentí la alegría de otras veces en que fijé mi vida en algo. Libre y cesante, tal vez perdía alguna cosa al abandonar ese limbo de la ociosidad y penetrar, no bien despierto, en esa oscura finalidad que me hizo aceptar el ofrecimiento de Navarino.

El muelle de Punta Arenas, tapizado de nieve, penetraba como una sombra blanca en el mar y en la noche. A su costado, la escampavía *Micalvi*, humeante, solo esperaba para desabracar el embarque de una expedición de buscadores de oro que iban a las islas Lennox y Picton. El chirrido de los winches lascando las eslingas se mezclaba con las voces de los hombres, entre los que se notaban varios borrachos que, más sabios que yo, pasaban de una vida a otra con una viada alcohólica.

Tres individuos dirigían el embarque de maquinarias y víveres, y sus flamantes ropas de cuero y el embarazo con que ordenaban las maniobras delataban su inexperiencia de hombres de ciudad, poco acostumbrados a esa clase de faenas. Sus voces eran altisonantes, nerviosas y apresuradas, y de la

treintena de obreros se escapaba más de una imprecación por lo bajo, al ver la inseguridad y vacilación de aquellos jefes.

Los marineros contemplaban con cierta indiferencia el bullicioso embarque de los auríferos, y más de alguno sonreía al recordar otras expediciones que habían visto partir con tantas esperanzas como esta, pero mucho mejor organizadas, y regresar después diezmados, pobres y corroídas por el hambre, el amotinamiento y la codicia por la posesión de ese metal.

A las nueve el barco lanzó su tercer pitazo de reglamento, largó espías y fue despegándose lentamente del muelle a medida que viraba sus anclas, y puso proa al sudoeste. Pronto la ciudad fue perdiéndose como una diadema de brillantes en las márgenes del estrecho.

A bordo iban, además de los bulliciosos auríferos que no terminaban nunca de arreglar sus enseres, pobladores de las islas y leñadores que la escampavía debía ir dejando por los más apartados y solitarios ancones.

Me acodé sobre la baranda en un rincón de la cubierta y me puse a silbar una melodía que a menudo trae a mi memoria recuerdos agradables, sensaciones, colores, cosas que son como las luces de bengala que se encendían en las noches de Navidad en la lejana infancia.

El barco avanzaba como un monstruo plomizo, pesado, abriendo una herida blanca en el mar y un halo esfumado en la noche; el jadeo monocorde de sus máquinas acompasaba con mi canción, y así, unidos, parecía que nos íbamos hundiendo entre los oscuros elementos.

Alrededor de la medianoche el sueño empezó a rozarme con su ala de cuervo. A lo mejor no había hecho otra cosa que esperarlo sobre cubierta para evitarme el estar despierto en el desagradable recinto de la tercera clase. No lo dejé pasar y me deslicé por el entrepuente.

La tercera clase es igual en todas partes, en la tierra como en el mar, y los seres que pertenecemos a ella también somos iguales. Todos formamos una especie de frontera de la humanidad; eso que es como la costra de la tierra, la que se queda afuera, sobresalida, recibiendo en la superficie el roce de la intemperie, el hálito de los astros, mientras la bola opaca rueda y rueda para sostenerse en la noche de los abismos.

La de la *Micalvi* confirmaba la regla. Instalada en la parte superior de la bodega de proa, parecía una sala de cárcel con sus catres de fierro armados unos sobre otros; tal vez este parecido trajo a mi memoria la enseñanza que en una ocasión me proporcionó un preso: puse el jergón de paja sobre mi cuerpo a manera de frazada, en vez de usarlo de colchón, y me eché a dormir.

Al día siguiente amanecimos por los canales que bajan hasta conectarse con el brazo noroeste del Beagle. La atmósfera era una de las más transparentes que he hallado en mi vida. Los cerros entre los que navegábamos semejaban manadas de monstruos marinos echados sobre las aguas, de dorsos blancos, alisados por el peine de los vientos. El canal se rompía en un trecho y por él entraba el océano Pacífico aún, con sus mares bobas, que pasaban meciendo a la nave de babor a estribor, para ir a reventarse entre los acantilados de la costa en un rosal de espumas.

Los auríferos deambulaban por el castillo, más tranquilos y silenciosos. Algunos pobladores ricos, con sus mujeres e hijas, alternaban en el puente con los oficiales. En los pasillos, gente anónima y oscura; por entre esta me deslicé cuando se me pasó el deslumbramiento de luz, y me fui a acomodar en la popa, cerca de un grupo de cuatro personas, entre las que se destacaba un hombre gigantesco, de cabeza cuadrada, cuyos ojos y labios no se distinguían, perdidos entre una maraña de pelos. Según supe después, era uno de los más ricos ganaderos del Beagle, un yugoslavo que prefería la compañía de los obreros a la de los oficiales.

El grupo permanecía en actitud de conversar, pero estático y en silencio. Después de un rato largo, el inmenso yugoslavo levantó un brazo con la pesantez de una grúa, y señalando las rocas que quedaban a la cuadra, dijo con una voz muy ronca:

—¡En esa piedra estuve una vez ocho días!

La voz era de trueno, pero el acento balbuciente y la pronunciación prolongaban las «s» y las convertía en «ch», como la media lengua de un niño de pocos años. Todo lo cual daba una impresión, más que cómica, extraña.

—¡Casi me muero; comía veinte porotos crudos por día! —continuó—. ¡Por ahí adentro hay indios, pero ni uno solo se asomó!

Y no dijo más. El grupo no hizo un solo comentario, dejó de mirar las rocas y todos volvieron a su actitud hierática.

Contrastando con esa sobriedad, un hombre de mediana estatura, moreno y enjuto, vociferaba en el puente discutiendo con un oficial.

—¡Puorco, madonna! —gritaba con una mezcla de italiano y español—. ¡A vosotros qué interesare, pasaje, cobra chipe! ¡Ío me arregla solo, ío no más soportare tuto lo que viniere! ¡Puorco, madonna!

El oficial conservaba una calma imperturbable, mientras su interlocutor gesticulaba como si fuera a atacarlo. Este era un conocido cazador de lobos, Pascualini, de origen napolitano, famoso en la región por sus correrías y, sobre todo, por haber raptado del presidio de Ushuaia a Radowisky, el

anarquista que «liquidó» al coronel Falcón en Bueno Aires. Protestaba, porque no accedían a desembarcarlo en el lugar por el que surcábamos.

Mas convenció al oficial y el barco disminuyó su andar; con las máquinas sobre marcha. Pascualini arrió su chalana de no más de cuatro metros de eslora, embarcó un saquillo con víveres, amarró uno de los remos en el banco del medio a modo de palo mayor, izó de vela una frazada amarrada a una verga hecha de un mango de escobillón, puso el otro remo de Bayona, se sentó junto a él y con un «adío» estentóreo se desabracó y enfiló rumbo empujado por la brisa del sudoeste.

—¡Este es un atorrante de los mares! —dijo uno de los de a bordo—. Vive un tiempo entre los indios y otro día cualquiera sale al paso del buque, lo hace detener como ahora, y embarca su cosecha de cueros de nutria y de lobo.

A través de tres días de navegación la *Micalvi* fue regando su cargamento por diferentes rincones. En Lennox quedaron los auríferos y yo fui el último en desembarcar en Puerto Róbalo, cuando el barco ya casi completaba la vuelta a la isla de Navarino.

Puerto Róbalo está al pie de una cordillera que cae casi a pique en el mar, de manera que el vallecillo que corre junto a la costa parece un refugio de enanos en una tierra de cíclopes. El Beagle, próximo a desembocar en el Atlántico, forma allí una corriente curiosa, debido a algún solevantamiento rocoso; las aguas se cruzan formando una rara trama y huyen formando remolinos vertiginosos en las álgidas horas de las mareas.

Allí me esperaba Harberton, un anciano alto, de rostro rugoso y oscuro como la corteza de los robles. Vestía un chaquetón de grueso paño negro reverdecido como los musgos por el tiempo; un sombrero igual de anchas alas levantadas, le daba un aspecto de pastor protestante.

—¡Buenos días! —me dijo en un tono desabrido y en una forma como si hubiéramos estado siempre juntos.

Me condujo hasta la casa que quedaba junto a un robledal, construida con gruesos troncos de árboles partidos y techada con zinc. En ella encontré una joven india y cuatro niños.

Mis labores consistían en ayudar al cuidado de dos mil ovejas, en el encierro de algunas vacas, en la enyugada de una yunta de bueyes de vez en cuando, en el fondeo del trasmallo cuando había necesidad de abastecer la cocina con pescado y en algunos otros quehaceres.

El trabajo era muy fácil y me di cuenta de que mi persona casi estaba de más, porque Harberton lo hacía casi todo pausadamente.

Por otra parte, fui cambiando rápidamente de opinión con respecto al lugar. Sobraban las horas, y los trabajos se hacían con el placer de un juego. Ordeñaba, hacheaba en el bosque, repechaba los senderos en busca del ganado, y en las mañanas en que recogía la red me deleitaba viendo saltar en el fondo de la chalana a los róbalos relucientes, como docenas de brazos cortados.

Todo anduvo muy bien en aquel idílico rincón durante el primer tiempo…

Digo el primer tiempo, porque solo al cabo de dos o tres semanas fui notando la extraña influencia que poco a poco me llevó hasta la desesperación.

Harberton no hablaba. Después de haberme dado las instrucciones, enseñado los caminos y dividido las faenas, permaneció en el más completo silencio.

Su mujer y los niños parecían estar acostumbrados a este mutismo; pero a mí me fue dañando poco a poco la presencia de este hombre silencioso.

Se levantaba con el alba, ponía en su morral de lona algo de carne o pescado ahumado, pan y cebolla, y partía hacia la montaña, de donde regresaba con el anochecer.

En una ocasión en que se desencadenó una tempestad de nieve y no regresó en toda la noche al rancho, salí en la mañana siguiente a campearlo, creyendo que podría haberle sucedido algún percance. Lo encontré en una de las cumbres más altas, guarecido en una cueva natural hecha en la roca; fumaba su cachimba de «octoroom» y contemplaba, fijos los ojos en la lejanía, a la naturaleza circundante: el Beagle pasaba abajo, como un verde sendero florecido de espumas. Era lo único diferente, todo lo demás estaba completamente blanco. Los últimos contrafuertes andinos que terminan con la Tierra del Fuego se atravesaban como lunas partidas, y la isla de Navarino misma semejaba el comienzo de otro mundo blanco y ajeno.

La india tampoco hablaba; después de sus afanes domésticos permanecía en un rincón, en cuclillas, con un niño entre las faldas. El mayor de estos andaba en los once años y era hijo de la primera mujer de Harberton; los otros dos de la segunda, y el cuarto de la tercera. Las dos anteriores, también yaganas, habían muerto cumpliendo el sino que persigue a las mujeres de esa raza cuando son hembras de blanco.

Me refugié en los niños. Les hice un pizarrón y con una tierra parecida a la tiza les enseñé a escribir y leer. Los formaba a menudo frente a unos buscavientos que les fabriqué en forma de aviones, cuyas hélices engranadas producían un ruido semejante al de los motores y les hacía practicar ejercicios

gimnásticos sencillos, trotes y juegos, hasta que poco a poco fui formando con ellos un pequeño grupo social, sano y alegre, que suavizaba un poco esa dura monotonía.

—¡Papá no habla nunca! —me dijo un día el mayorcito.

—¡Sí, habla —le respondí—, habla con los árboles, con las nubes y con las piedras!

El niño se echó a reír y yo no pude menos que hacer otro tanto, aunque de buena gana hubiera hecho lo contrario.

«¿Por qué este hombre es así?», me preguntaba cada vez con más insistencia. No era curiosidad por saber lo que encerraba aquel individuo, que a lo mejor no era otra cosa que estupidez o cansancio de viejo; no era tampoco amor propio o susceptibilidad herida, sino que simplemente el anhelo de hablar con un ser racional. ¡Y el único que había allí era él, y él me negaba este precioso don!

Pero un día puse término a mis obsesiones con esta determinación: «¡Este hombre no está en sus cabales —me dije—; éste está loco de soledad, de silencio, quizá de qué, y si yo sigo aquí me voy a poner tan loco como él; así es que me voy con la primera cosa que parta!».

Mas a Puerto Róbalo no arribaba ni una mala canoa de indios. Solo la escampavía de la Armada de Chile recalaba por obligación cada tres o cuatro meses, ¡y en esta ocasión ya llevaba cinco sin pasar!

La suerte, que al dar a uno un bien da a otro un mal, quiso que una goleta averiada por un temporal pasara una tarde a capear en la ensenada de Puerto Róbalo. Iba rumbo a Ushuaia y en la radioestación de Wulaia supo que la escampavía anunciaba su crucero por la isla para el lunes próximo, y ya nos encontrábamos a viernes.

Comuniqué a Harberton mi resolución de partir, y el domingo por la noche, bajo la luz de una lámpara a parafina, me presentó una correcta liquidación de mis haberes.

Aquella noche me despedí de los moradores y me acosté pensando en que felizmente al día siguiente abandonaría esa tierra de cordilleras destrozadas y hundidas en el mar, y, sobre todo, la presencia de ese hombre extraño, sumergido en su silencio como un témpano que solo mostraba una séptima parte de su dimensión, y aun tan rugosa y pétrea como la naturaleza que lo circundaba.

La aurora azulaba las rendijas de las ventanas de mi cuarto cuando intenté levantarme; pero me hallé fuertemente amarrado a la maderas del catre. En lo

profundo del sueño alguien había deslizado sigilosamente esos cordeles que me aprisionaban como un niño indígena a su cuna portátil.

Forcejeé cuanto pude, llamé y grité sin resultado alguno. Permanecí así, alternando momentos de cólera bestial con apaciguamientos resignados de derrota; pero mi desgracia llegó a su colmo cuando al promediar la mañana oí de pronto el estridente pitazo de la escampavía que anunciaba su recalada.

Solo una vez en mi vida había sentido una desesperación semejante: a los dieciséis años, cuando la traición de un hermano mayor hizo que me encerraran bajo llave en mi pieza, mientras escuchaba el pitazo del barco en que quería zarpar. ¡Desde entonces, cuando oigo los tres pitazos reglamentarios que lanza la sirena de un barco antes de la partida, no dejo nunca de estremecerme un poco!

Al rato oí unas voces en la pieza vecina, pasos y rumores como de disputa y llantos. De pronto, el grito de un niño se destacó entre la confusión de ruidos, y el muchacho mayor, Dino, se abalanzó en mi pieza con un cuchillo en la mano. Se había dado cuenta de mi situación y venía a ayudarme, a pesar de los esfuerzos que hacía la madre por contenerlo.

—¡Las manos primero, Dino! —le grité al ver que en su apuro quería empezar por las filásticas que amarraban mis pies.

En un tris estuve libre. Le di un abrazo a mi salvador, recogí mis pocos bártulos y salí corriendo; al pasar, pude ver de refilón la cara asustada de la yagana.

Corrí como un loco por la pendiente hasta la playa, agitando los brazos para que el barco no me dejara. Por suerte, la chalupa recién estaba siendo arriada de los pescantes.

En mi apresuramiento no había observado que Harberton estaba en la playa esperándola.

Cuando me vio llegar se acercó y con un tono y una mirada que no olvidaré jamás, me dijo:

—¡No se vaya, quédese! ¡Yo voy a morir pronto, y los niños y ella, que son unos animalitos, no sabrán qué hacer! ¡Vendrá la rapiña, alguien se hará dueño de esto y los echarán de aquí! ¡Excúseme lo que he hecho, pero no quería que se fuera! ¡Usted puede ser el dueño de todo esto y cuidar de ellos como lo ha hecho hasta ahora! ¡Yo no se lo quería decir, porque quería probarlo más! ¡Muchos años he buscado a un hombre como usted! ¡No se vaya, lo haré dueño de todo! ¡Búsquese una prima de mi mujer y quédese!

Su voz era destemplada y me daba la impresión de oírla por primera vez; quedó como agotado de hablar; sus labios estaban temblorosos como en una

plegaria, y la mirada…, ¡ah!… ¡Esa mirada de súplica no la podré olvidar jamás!

Empecé a vacilar, como tantas veces en mi vida. Le miré el rostro, rugoso como la cáscara de los robles; me acordé de su sórdido silencio; miré la piedra por donde repechaban unos árboles aparragados por el viento, como manos mendicantes; miré al barco, humeante; a la chalupa ballenera que ya llegaba a la playa, y, como todas las veces en que me he encontrado indeciso, me decidí por el lado en que en ese momento estaba mi corazón; esta vez, por ese lado esperaba el barco…

Al descender de regreso en el muelle fiscal de Punta Arenas, salió otra vez de las garitas aquel hombrecillo de guardapolvo gris, cuya proposición me empujó a tan extraño viaje.

Creí que me iba a hacer de nuevo la misma pregunta: ¿quiere ir usted a trabajar a Navarino?, al ver que se dirigía tan decididamente a mi encuentro; pero no; con su cara de conejo, riendo toda, me dijo:

—¿No aguantó más?

—¡No aguanté más! —le respondí.

—¡Lo mismo que los otros! —replicó—. ¡Ninguno dejó pasar más de una vez a la escampavía! —Y se alejó, riendo sin sentido.

«¡Sí —me dije mirándolo, no sé bien si con desprecio o con rabia—, lo mismo que los otros; pero ninguno como yo vio lo que el témpano ocultaba debajo de las aguas! ¡Nadie vislumbró la ternura de esa naturaleza sumergida! ¡Un día tal vez he de volver a Puerto Róbalo! ¡Seré rico; el silencio del antiguo dueño lo transformaré en bullicio alegre; entonces me gustaría hasta la joven viuda; con los niños ya mozos, aparejaremos un cúter esbelto como un albatros y nos iremos por las islas arponeando a la manera yagana!».

Pero no he vuelto todavía.

La botella de caña

Dos jinetes, como dos puntos negros, empiezan a horadar la soledad y la blancura de la llanura nevada. Sus caminos convergen, y, a medida que avanzan, sus siluetas se van destacando con esa leve inquietud que siempre produce el encuentro de otro caminante en una huella solitaria.

Poco a poco las cabalgaduras se acercan. Uno de ellos es un hombre corpulento vestido con traje de chaquetón de cuero negro, montado sobre un caballo zaino, grueso y resistente a los duros caminos de la Tierra del Fuego. El otro, menudo, va envuelto en un poncho de loneta blanca, con pañuelo al cuello, y cabalga un roano malacara, que lleva de tiro un zaino peludo y bajo, perdido entre fardos de cueros de zorros.

—¡Buenas!

—¡Buenas! —Se saludan al juntar sus cabalgaduras.

El hombre del chaquetón de cuero tiene una cara blanca, picoteada y deslavada, como algunos palos expuestos a la intemperie. El del poncho, una sonrosada y tierna, donde parpadean dos ojillos enrojecidos y húmedos, cual si por ellos acabara de pasar el llanto.

—¿Qué tal la zorreada? —pregunta el cara de palo, con una voz colgada y echando una rápida ojeada al carguero que lleva las pieles.

—¡Regular, no más! —contesta el cazador, depositando una mirada franca en los ojos de su acompañante que, siempre de soslayo, lo mira por un instante.

Continúan el camino sin hablar, uno al lado del otro. La soledad de la pampa es tal, que el cielo, gris y bajo, parece haberse apretado tanto a la tierra, que ha desplazado todo rastro de vida en ella y dejado solo y más vivo ese silencio letal, que ahora es horadado solo por los crujidos de las patas de los caballos en la nieve.

Al cabo de un rato, el zorrero tose nerviosamente.

—¿Quiere un trago? —dice, sacando una botella de una alforja de lana tejida.

—¿Es caña?

—¡De la buena! —replica el joven, pasándole la botella.

La descorcha y bebe gargareando lentamente. El joven la empina a su vez, con cierta fruición, que demuestra gustarle la bebida, y continúan de nuevo en silencio su camino.

—¡Ni una gota de viento! —dice de pronto el zorrero, después de otra tos nerviosa, tratando de entablar conversación.

—¡Mm…, mm…! —profiere el hombre del chaquetón, como si hubiera sido fastidiado.

El zorrero lo mira con más tristeza que desabrimiento, y comprendiendo que aquel hombre parece estar ensimismado en algún pensamiento y no desea ser interrumpido, lo deja tranquilo y sigue, silencioso, a su lado, tratando de buscar uno propio en el cual ensimismarse.

Van juntos por un mismo camino; pero más juntos que ellos van los caballos, que acompasan el ritmo de sus trancos, echando el zaino de cuando en cuando una ojeada que le devuelve el malacara, y hasta el carguero da un trotecito corto para alcanzar a sus compañeros cuando se queda un poco atrás.

Pronto el zorrero encuentra el entretenimiento con que su imaginación viene solazándose desde hace dos años. Esta vez los tragos de caña dan más vida al paisaje que su mente suele recorrer; este es el de una isla, verde como una esmeralda, allá en el fondo del archipiélago de Chiloé, y en medio de ella el blanco delantal de Elvira, su prometida, que sube y baja entre el mar y el bosque, como el ala de una gaviota o la espuma de una ola. ¡Cuántas veces este ensueño le hizo olvidar hasta los mismos zorros, mientras galopaba por los parajes donde armaba sus trampas! ¡Cuántas veces cogido por una extraña inquietud remontaba con sus caballos las colinas y las montañas, porque cuanto más subía, más cerca se hallaba de aquel lugar amado!

De muy diversa índole son las cosas que el trago de caña aviva en la imaginación del otro. Un recuerdo, como un moscardón empecinado que no se logra espantar, empieza a rondar la mente de aquel hombre, y junto con ese recuerdo, una idea angustiosa comienza también a empujarlo, como el vértigo, a un abismo. Se había prometido no beber jamás tanto por lo uno como por la otra; pero hace tanto frío y la invitación fue tan sorpresiva, que cayó de nuevo en ello.



El recuerdo tormentoso data desde hace más de cinco años. Justamente los que debía haber estado en la cárcel, si la policía hubiera descubierto al autor del crimen del austriaco Bevan, el comprador de oro que venía del páramo y que fue asesinado en ese mismo camino, cerca del manchón de matas negras que acababan de cruzar.

¡Cosa curiosa! El tormento del primer golpe de recuerdos poco a poco va dando paso a una especie de entretenimiento imaginativo, como el del zorrero. No se necesitaba —piensa— tener mucha habilidad para cometer el crimen perfecto en aquellas lejanas soledades. La policía, más por procedimiento que por celo, busca durante algún tiempo y luego deja de indagar. ¿Un hombre que desaparece? ¡Si desaparecen tantos! ¡Algunos no tienen interés en que se les conozca ni la partida, ni la ruta, ni la llegada! ¡De otros se sabe algo solo porque la primavera descubre sus cadáveres debajo de los hielos!

La tos nerviosa del cazador de zorros vuelve a interrumpir el silencio.

—¿Otro trago? —invita, sacando la botella.

El hombre del chaquetón de cuero se remueve como si por primera vez se diera cuenta de que a su lado viene alguien. El zorrero le pasa la botella, mientras sus ojos parpadean con su tic característico.

Aquel descorcha la botella, bebe, y esta vez la devuelve sin decir siquiera gracias. Una sombra de malestar, tristeza o confusión vuelve a cruzar el rostro del joven, quien a su vez bebe, dejando la botella en la mitad.

El tranco de los caballos continúa registrándose monótonamente en el crujido de la nieve, y cada uno de los hombres prosigue con sus pensamientos, uno al lado del otro.

«Con esta última zorreada completará la plata que necesito para dejar la Tierra del Fuego —piensa el zorrero—. Al final de la temporada iré a mi isla

y me casaré con Elvira». Al llegar a esta parte de su acostumbrado sueño, entrecierra los ojos, dichoso, absolutamente dichoso, porque después de ese muro de dicha ya no había para él nada más.

En el otro no había muro de dicha; pero sí un malsano placer, y como quien se acomoda en la montura para reemprender un largo viaje, acomoda su imaginación desde el instante, ya lejano, en que empezó ese crimen.

Fue más o menos en ese mismo lugar donde se encontró con Bevan; pero las circunstancias eran diferentes.

En el puesto de cerro Redondo supo que el comprador de oro iba a cruzar desde el páramo, en la costa atlántica, hasta el Río del Oro, en la del Pacífico, donde debía tomar el barco para trasladarse a Punta Arenas.

En San Sebastián averiguó la fecha de la salida del barco, y calculando el andar de un buen caballo se apostó anticipadamente en el lugar por donde debía pasar.

Era la primera vez que iba a cometer un acto de esa índole y le extrañó la seguridad con que tomó su decisión, cual si se hubiera tratado de ir a cortar margaritas al campo, y más aún, la serenidad con que lo planeó.

Sin embargo, un leve desabrimiento, algo helado, lo conmovía a veces por unos instantes; pero esto lo atribuía más bien al hecho de que no sabía con quién tenía que habérselas. Un comprador de oro no podía ser un carancho cualquiera, si se aventuraba solo por aquellos parajes. Pero a la vez algo le decía que ese desasosiego, eso algo helado, le venía de más adentro. Sin embargo, no se creía cobarde ni lerdo de manos; ya se lo había probado en Policarpo, cuando por culpa de unos naipes marcados tuvo que agarrarse a tiros con varios, dando vuelta definitivamente a uno.

Claro que ahora no se trataba de una reyerta. ¡Era un poco distinto matar a sangre fría a un hombre para quitarle lo que llevaba, a hacerle lo mismo jugándole al monte!

¡Pero qué diablos iba a hacerle! La temporada de ese año había estado mala en la Tierra del Fuego. Era poco menos que imposible introducir un «zepelín» en una estancia. Y ya la gente no se apiñaba a su alrededor cuando baraja en mano invitaba con ruidosa cordialidad: «Hagamos un jueguito, niños, para entretenernos». Además, muchos eran ya los que habían dejado uno o más años de sudores en el «jueguito», y cada vez se hacía más difícil volver a pasar por los lugares donde más de una exaltada víctima había sido contenida por el caño de su Colt.

Tierra del Fuego ya no daba para más, y el «negocio» de Bevan era una buena despedida para «espiantar» al otro lado del estrecho, hacia la Patagonia.

«¡Bah!… —se dijo la mañana en que se apostó a esperar al comprador de oro y como para apaciguar ese algo helado que no dejaba de surgir de vez en cuando desde alguna parte de su interior—. Si él me hubiera jugado al monte, le habría ganado hasta el último grano de oro, y al fin y al cabo todo hubiera terminado en lo mismo, en un encontrón en el que iba a quedar parado solo el más vivo».

Cuando se tendió al borde de una suave loma para ver aparecer en la distancia al comprador de oro, una bandada de avutardas levantó el vuelo como un pedazo de pampa que se desprendiera hacia al cielo y pasó sobre su cabeza disgregándose en una formación triangular. Las contempló, sorprendido, como si viera alejarse algo de sí mismo de esa tierra; era una bandada emigratoria que dirigía su vuelo en busca del norte de la Patagonia. Cada año ocurría lo mismo: al promediar el otoño todos esos pájaros abandonaban la Tierra del Fuego y solo él y las bestias quedaban apegados a ella; pero ahora él también volaría, como las avutardas, en busca de otros aires, de otras tierras y quién sabe si de otra vida…

¡Nunca vio tan bien el pasto como esa tarde! La pampa parecía un mar de oro amarillo, rizado por la brisa del oeste. ¡Nunca se había dado cuenta de la presencia tan viva de la naturaleza! De pronto, en medio de esa inmensidad, por primera vez también se dio cuenta de sí mismo, como si de súbito hubiera encontrado otro ser dentro de sí. Esta vez, ese algo helado surgió más intensamente dentro de él, y lo hizo temblar. A punto estuvo de levantarse, montar a caballo y huir a galope tendido de ese lugar; mas echó mano atrás, sacó una cantimplora tableada, desatornilló la taba de aluminio y bebió un trago de la caña con que solía espantar el frío y que en esta ocasión espantó también ese otro frío que le venía desde adentro.

A media tarde surgió en lontananza un punto negro que fue destacándose con cierta nitidez. Inmediatamente se arrastró hondonada abajo, desató las maneas del caballo, montó y partió al tranco, como un viajero cualquiera. Escondiéndose detrás de la loma, endilgó su cabalgadura de manera que pudo tomar la huella por donde venía el jinete, mucho antes de que este se acercara.

Continuó en la huella con ese tranco cansino que toman los viajeros que no tienen apuro en llegar. Se dio vuelta una vez a mirar, y por la forma en que el jinete había acortado la distancia se percató de que venía en un buen caballo trotón y de que llevaba otro de tiro, alternándolos en la montura de tiempo en tiempo.

Sacó otra vez la cantimplora, se empinó otro trago de caña y se sintió más firme en los estribos.

«Si con este trote pasa de largo —pensó—, me será más fácil liquidarlo por atrás. Si se detiene y seguimos juntos el camino, la cosa se hará más difícil».

El caballo fue el primero en percibir el trote que se acercaba; paró las orejas y las movió como dos pájaros asustados. Luego él también sintió el amortiguado trapalón de los cascos de los caballos sobre la pampa; fue un golpear sordo que llegó a repercutirle extrañamente en el corazón. La honda helada surgió de nuevo, y lo hizo temblar. De pronto, le pareció que el atacado iba a ser él, y sin poderse contener dio vuelta la cabeza para mirar. Un hombre grande, entrado en años, con el rítmico trote inglés, avanzaba sobre un caballo negro empapado de sudor y espuma; a su lado trotaba un alazán tostado de relevo. Notó una corpulencia armónica entre el hombre y sus bestias, y por un momento se acobardó ante la vigorosa presencia del que llegaba.

Ya encima, los trotones se detuvieron de golpe en una sofrenada, a la izquierda de él. A pesar de que había dejado un lugar para que pasara a su derecha, el comprador de oro se ladeó prudentemente hacia el otro lado.

Le pareció más un vagabundo de las huellas que un comerciante de oro. Boina vasca, pañuelo negro al cuello, amplio blusón de cuero, pantalones bombachos y botas de potro por cuyas cañas cortas se asomaban burdas medias de lana blanca. Esta vestimenta, vieja, raída y arrugada, armonizaba con el rostro medio barbudo, largo y cansado; sin embargo, en una rápida ojeada percibió un brillo penetrante en los ojos y un mirar soslayado que delataban una energía oculta o domeñada, que podía movilizar vigorosamente, cual un resorte, toda esa corpulencia desmadejada en un instante.

—¡Buenas tardes! —dijo, poniéndose al tranco de la otra cabalgadura.

—¡Buenas! —le contestó.

—¿A San Sebastián?

—¡No, para China Creek!

El acento con que se entrecruzó este diálogo no lo olvidaría jamás, pues le extrañó hasta el sonido de su propia voz. Sintió que lo miraba de arriba abajo buscándole la vista; pero él no se la dio, y así siguieron, silenciosos, uno al lado del otro, al tranco de sus cabalgaduras, amortiguado por el césped del pasto coirón.

De pronto, con cierta cautelosa lentitud, deslizó su mano hacia el bolsillo de atrás. Se dio cuenta de que el comprador de oro percibió el movimiento por el rabillo del ojo y, a su vez, con una rapidez y naturalidad asombrosas,

introdujo también su mano izquierda por la abertura del blusón de cuero. Ambos movimientos fueron hechos casi al unísono. Pero él saco de su bolsillo de atrás la cantimplora de caña… y se la ofreció desatornillándola.

—¡No bebo, gracias! —contestóle, sacando a su turno, lentamente, un gran pañuelo rojo con el que se sonó ruidosamente las narices.

Quedaron un rato en suspenso. El trago de caña le hizo recuperar la calma perdida por aquel instante de emoción; mas no bien se hubo repuesto, el comprador, sin perderle de vista un momento, espoleó su cabalgadura y, apartándose en un rápido esguince hacia la izquierda, le gritó:

—¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista! —le contestó; pero al mismo tiempo un golpe de angustia violento cogió todo su ser y vio el cuerpo de su víctima, sus ropas, su cara, sus caballos mismos, en un todo oscuro, como el boquete de un abismo, cual el imán de un vértigo que lo atraía desesperadamente, y sin poderse contener, casi sin mover la mano que afirmaba en la cintura, sacó el revólver que llevaba entre el cinto y el vientre y disparó casi a quemarropa, alcanzando a su víctima en pleno esguince.

Con el envión que llevaba, el cuerpo del comprador de oro se ladeó a la izquierda y cayó pesadamente al suelo, mientras sus caballos disparaban despavoridos por el campo.

Detuvo su caballo. Cerró los ojos para no ver a su víctima en el suelo, y se hundió en una especie de sopor, del cual fue saliendo con un profundo suspiro de alivio, cual si acabara de traspasar el umbral de un abismo o terminar la jornada más agotadora de su vida.

Volvió a abrirlos cuando el caballo quiso encabritarse a la vista del cadáver, y se desmontó, ya más serenado.

Los ojos del comprador de oro habían quedado medio vueltos, como si hubieran sido detenidos en el comienzo de un vuelo.

La conmoción lo agotó; pero después del vértigo tan intenso, cayó en una especie de laxitud, en medio de la cual, más sensible que nunca, fue percibiendo lentamente ese algo helado que le venía desde adentro. Se estremeció, miró al cielo y le pareció ver en él una inmensa trizadura, azul y blanca, como la que había en los descuajados ojos de Bevan.

Del cielo volvió su mirada a la yerta del cadáver, y sin darse cuenta de lo que iba a hacer, se acercó, lo tomó, lo alzó como un fardo, y al ir colocarlo sobre la montura de su caballo, este dio un salto y huyó desbocado campo afuera, dejándole el cadáver en sus brazos.

Estático, se quedó con él a cuestas; pero pesaba tanto, que para sostenerlo cerró los ojos haciendo un esfuerzo; esfuerzo que se fue transformando en un dolor; dolor que se diluyó en un desconsuelo infantil, sintiéndose inmensamente solo en medio de un mundo descorazonado y hostil. Cuando los abrió, el pasto de la pampa tenía un color brillante, enhiesto y rojo, como una sábana de fuego que le quemara los ojos. Miró a su alrededor, desolado, y como a cien metros vio un grupo de matas negras. Quiso correr hasta ellas para ocultar el cadáver; quiso huir en la dirección en que había perdido el caballo; pero no pudo, dio solo unos cuantos pasos vacilantes, y para no caer, se sentó sobre el pasto. Tembloroso, desatornilló la cantimplora y bebió el resto de la caña. Luego, más repuesto, se levantó siempre obsesionado por la idea de esconder el cadáver, y no encontrando dónde lo poseyó un nuevo furor, otro abismo y otro vértigo, y sacando de la entrebota un cuchillo descuerador, despedazó a su víctima como si fuera una res.

En el turbal que quedaba detrás de unas matas negras, levantó varios champones y fue ocultando los trozos envueltos en las ropas. Cuando vio que sobre la turba no quedaba más que la cabeza, lo asaltó de súbito un pensamiento que lo enloqueció de espanto: ¡el oro! ¡No se había acordado de él!

Miró. Sobre la turba pardusca no quedaba más que la cabeza de Bevan, mirando con sus ojos descuajados. No pudo volver atrás. Ya no daba más, el turbal entero empezó a temblar bajo sus pies; las matas negras, removidas por el viento, parecían huir despavoridas, como si fueran seres; la pampa aceró su fuego, y la trizadura azul y blanca se hendió más en el cielo. Tomó la cabeza entre sus manos para enterrarla; pero no halló dónde; todo huía, todo temblaba; la trizadura que veía en los ojos cadavéricos y en la comba del cielo empezó a trizar también los suyos. Parpadeó, y las trizaduras aumentaron; mil agujillas de trizaduras de luz traspasaron su vista, le cerraron todo el horizonte, y entonces, como una bestia enceguecida, corrió detrás de las matas negras que huían, alcanzó a tirar la cabeza en medio de ellas, y siguió corriendo hasta caer de bruces sobre la pampa, trizado él también por el espanto.

—¿Qué tiene? ¡Está temblando! —interrumpe el joven zorrero al ver que su compañero tirita, mientras gruesas gotas de sudor le resbalan por la sien.

—¡Oh!… —exclama sobresaltado y, como reponiéndose de un susto, se abre en su cara por primera vez una sonrisa helada, como la de los muertos empalados, dejando salir la misma voz estragada—. ¡La caña…, la caña para el frío me dio más frío!…

—Si quiere, queda un poco todavía —le dice el zorrero, sacando la botella y pasándosela.

La descorcha, bebe y la devuelve.

«¡Pero a este lo mato como a un chulengo de un rebencazo!», piensa, sacudiéndose en la montura, mientras la caña le recorre el cuerpo con la misma y antigua onda maléfica.

—¿Le pasó el frío? —dice el joven, tratando de entablar conversación.

—Ahora sí.

—Esta es mi última zorreada. De aquí me voy al norte, a casarme.

—¿Ha hecho plata?

—Sí, regular.

«Este se entrega solo, como un cordero», piensa para sus adentros, templado ya hasta los huesos por el trago de caña.

—¡Hace cinco años yo pasaba también por este mismo lugar para irme al norte y perdí toda mi plata!

—¿Cómo?

—No sé. La traía en oro puro.

—¿Y no la encontró?

—¡No la busqué! ¡Había que volver para atrás y no pude!

El cazador de zorros se lo quedó mirando, sin comprender.

—¡Buena cosa, dicen que la Tierra del Fuego tiene maleficio! ¡Siempre le pasa algo al que se quiere ir!

—¡De aquí creo que no sale nadie! —dijo, mirando de reojo el cuello de su víctima, y pensando que era como el de un guanaquito que estaba al alcance de su mano.

«¡Bah… —continuó pensando—, esta vez sí que no me falla! ¡El que se va a ir de aquí voy a ser yo y no él! ¡La primera vez no más cuesta; después es más fácil, y ya no se me pondrá la carne de gallina!».

El silencio vuelve a pesar entre los hombres, y no hay más ruido que el monótono fru-fru de los cascos de los caballos en la nieve.

«¡Ahora, ahora es el momento de despachar a este pobre diablo de un rebencazo en la nuca!», piensa, mientras la caña ha aflojado y la olvidada onda helada vuelve a surgir de su interior; pero esta vez más leve; como más lento y sereno es también el nuevo vértigo que empieza a cogerlo y no le parece tan grande el umbral del abismo que va a traspasar.

Con un vistazo de reojo mide la distancia. Da vuelta el rebenque, lo toma por la lonja, y afirma la cacha sobre la montura, disimuladamente. Ajeno a

todo, el zorrero solo parece pensar en el monótono crujido de los cascos sobre la nieve.

«¡A este no hay nada que hacerle; la misma nieve se encargará de cubrirlo!», se dice, dispuesto ya a descargar el golpe.

Contiene levemente las riendas para que su cabalgadura atrase el paso y…

Al ir a dar el rebencazo, el zorrero se vuelve, sonriente, sus ojos parpadean, y entre ese parpadeo él ve, idénticos, patéticos, los ojos de Bevan, la honda trizadura del cielo, la mirada trizada de la cabeza tronchada sobre la turba; las mil trizaduras que como agujillas vuelven a empañarle la vista y, enceguecido, en vez de dar el rebencazo sobre la nuca de su víctima, lo descarga sobre el anca de su caballo, entierra la espuela en uno de los ijares y la bestia da un brinco de costado, resbalándose sobre la nieve. Con otra espoleada, el corcel logra levantarse y se estabiliza sobre sus patas traseras.

—¡Loco el pingo! ¿Qué le pasa? —exclama el zorrero, sorprendido.

—¡Es malo y espantadizo este chuzo! —contesta, volviendo a retomar la huella.

Vuelve a reinar el silencio, solo, pesado, vivo, y a escucharse el crujido de los cascos en la nieve; pero poco a poco un leve rumor comienza también a acompasar al crujido: es el viento del oeste que empieza a soplar sobre la estepa fueguina.

El zorrero se arrebuja en su poncho de loneta blanca. El otro levanta el cuello de su chaquetón de cuero negro. En la distancia, como una brizna caída en medio de la inmensidad, empieza a asomar una tranquera. Es la hora del atardecer. El silbido del viento aumenta. El zorrero se encoge y de su mente se espanta el blanco delantal de Elvira, como la espuma de una ola o el ala de una gaviota arrastrada por el viento. El otro levanta su cara de palo como un buey al que le han quitado un yugo y la pone contra las ráfagas. Y ese fuerte viento del oeste, que todas las tardes sale a limpiar el rostro de la Tierra del Fuego, orea también esta vez a esa dura faz, y barre de esa mente el último vestigio de alcohol y de crimen.

Han traspasado la tranquera. Los caminos se bifurcan de nuevo. Los dos hombres se miran por última vez y se dicen:

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Dos jinetes, como dos puntos negros, empiezan a separarse y a horadar de nuevo la soledad y la blancura de la llanura nevada.

Junto a la tranquera queda una botella de caña, vacía. Es el único rastro que a veces deja el paso del hombre por esa lejana región.

El constructor del faro

El pitazo de un barco hizo volver la cabeza a Vladimiro y a su mujer hacia el desolado promontorio donde se estaba construyendo el faro de Puerto Refugio en una orilla del tempestuoso golfo de Penas.

—¡Ya llegó la escampavía con los víveres, gracias a Dios! —exclamó Ana, y dejando de lavar los platos en el precario rancho que servía de alojamiento al constructor del faro y a su gente, salió por la puerta susurrando—: ¡Con esto, ya nos dejarán tranquilos con sus habladurías!

Se refería a las murmuraciones que habían llegado a sus oídos, sospechando la gente que ella y su marido tenían escondidas algunas conservas, mejores que los porotos con cochayuyo que venían dándoles desde hacía cerca de un mes.

La escampavía debía haber arribado con materiales y provisiones más o menos por esa fecha, pero por alguna razón no había llegado a Puerto Refugio. Con medio saco de porotos, la mujer del constructor había tenido que arreglárselas, y para no hacerlos tan monótonos, les agregaba de vez en cuando algas como luche o cochayuyo, que los trabajadores habían recibido con agrado al principio, pero luego también los tenían hastiados.

—¿Por qué no les dice que vengan a registrar nuestra casa para que vean que no hay nada escondido? —le había dicho Ana a su marido.

—Yo sé lo que hago…, no te metas en eso —le había replicado Vladimiro, con su vozarrón que brotaba como un trueno a un metro noventa de estatura.

—De repente se te van a sublevar…

—Al que se subleve lo amarro con un cabo y lo dejo en esa piedra frente al fondeadero hasta que afloje y pida de comer.

Ana lo había mirado con temor, porque ya una vez habíale visto hacer algo semejante. Vladimiro era un yugoslavo gigantón, primitivo y algo bestial; pero con un fondo de bondad, donde Ana se había refugiado como tórtola que encuentra seguro nido. En su juventud había sido pescador en Bratza, allá en su isla natal del Adriático. Relacionándose siempre con las

cosas del mar, cuando emigró a Magallanes llegó a adquirir la experiencia que necesitaban los marinos chilenos para construir la primera red de faros que se estableció a través de los enrevesados canales y golfos que van desde el archipiélago de las Guaitecas hasta el estrecho de Magallanes. Ana también era de origen yugoslavo, pero nacida en Punta Arenas.

Al poco rato se escucharon caer los eslabones del ancla como una catarata de sordas campanadas que, a pesar de su desagradable ruido metálico, llevaron un poco de rumor humano a esas frías soledades.

Vladimiro bajó hasta el fondeadero, y allí recibió al comandante, que desembarcó para echar un vistazo a los trabajos del faro.

—¿Y…, novedades? —inquirió el joven teniente, mientras subían por el faldeo que llevaba al rancho.

—Ninguna, por el momento solo la falta de víveres.

—Tuvimos que zarpar a un salvataje, y después remolcar hasta el norte el barco encallado. ¿Y su esposa cómo lo ha pasado?

—Trabajando…, preocupada con los víveres. Habían empezado las murmuraciones… Decían que teníamos conservas escondidas…, todo porque un día encontraron botada una lata vacía de sardinas… La verdad que era la última que quedaba.

—Lo de la lata vacía solo pudo haber sido un motivo para armarle camorra por otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Su mujer… Yo le advertí que era arriesgado traer una mujer sola entre seis o siete hombres. La gente se pone belicosa con la abstinencia… Yo lo noto a bordo…, estallan entre ellos por cualquier cosa…

Vladimiro lanzó una carcajada que irrumpió en el ámbito casi tan sonoramente como la cadena del ancla.

—¡Esas cosas yo las arreglo de una manotada, mi teniente! —dijo, estirando el brazo como si abarcara todo el horizonte.

El joven oficial lo miró de abajo arriba, y sonrió al percibir el poderío físico del gigantón que, como un niño, no tenía conciencia de su fanfarronería.

—Yo soy más joven que usted —le dijo—, pero el mar nos lleva a ver cosas… En una ocasión tuve que socorrer a un cocinero y su mujer en una expedición aurífera de la isla Lennox… Los jefes tuvieron que darles sus revólveres para que se defendieran, y aislarlos en una carpa lejos de una cincuentena de buscadores de oro que habían contratado… Y eso que se trataba de una veterana sin dientes…

—Bueno, eran auríferos; entre esos se encuentra lo que bota la ola. Mi gente es toda de trabajo, y conocidos…

—Sin embargo, yo le sugeriría que, si su señora ha tenido molestias, la enviara mejor con nosotros de regreso… Alguien podría reemplazarla… A bordo traemos un hombre más para sus trabajos.

—¿Un hombre más?… ¡Pero si yo no he contratado a nadie!

—Vea esta carta. Me la entregó para usted. Él quiere quedarse a bordo hasta que el barco zarpe.

Confundido, Vladimiro abrió el sobre y leyó: «El portador es un joven emparentado con el alto funcionario que nos dio la propuesta, y entre las cláusulas conversadas para obtenerla estaba la de darle trabajo o mantenerle un sueldo. Traté de zafarme de este joven; pero como la Armada fiscalizará el trabajo, tiene usted que recibirlo, tenerlo allí y darle algo que haga para que justifique su sueldo». El constructor apenas se fijó en la firma de su amigo santiaguino que le ayudó a conseguir el contrato de la construcción del faro, y se guardó la carta.

Durante más de una semana Vladimiro trató de incorporar al joven Esteban a sus trabajos, pero sin resultados positivos. Cansado, se enfrentó un día con él; pero este le dijo que en realidad él no había venido para eso. Su padre ocupaba un alto cargo ministerial y le habían dado ese trabajo nada más que para hacerle un sueldo.

No le quedó otro recurso a Vladimiro que dejarlo en el rancho, junto a su mujer. El pequeño galpón de madera tinglada y zinc estaba dividido en tres compartimientos: uno para los obreros; otro para el constructor y su mujer, y el tercero, más amplio, que servía de cocina y comedor.

Allí Esteban, de unos veinte años, aunque aparentaba menos por su cuerpo esmirriado y su tierna cara, se quedó bufando su aburrimiento, cuando no leía y el viento o la llovizna, tan comunes en esa zona, no lo dejaban salir a caminar por los acantilados.

El mar había sido primero un consuelo; pero luego llegó a fastidiarle ese horizonte generalmente tempestuoso, a veces gris, o en calma, sin otra variante que algún albatros, gaviota o pingüino que pasaban de largo por el desolado promontorio. De vez en cuando llegaban algunas focas detrás de los cardúmenes de róbalos o sierras, y entonces se juntaba alguna bandada que seguía con bullicio a la cacería. El mar cobraba vida, y le hubiera gustado ser pájaro o foca para seguir con ellos al norte, hacia donde se volvía a menudo su mirar desesperanzado.

Un día en que se encontraba sobre una roca solitaria junto al mar, una foca que pescaba sacó de repente medio cuerpo fuera del agua, a unos quince o veinte metros de él, y sostenida con el poder de sus aletas como por un milagro, se quedó mirándolo con sus redondos ojos negros con una curiosidad casi humana. Entonces se estremeció, al darse cuenta de que lo había confundido con otra foca parada sobre dos largas aletas encima de la roca. ¡Cuánto había descendido desde los valores humanos con que acostumbraba medir su condición de hombre en la gran ciudad!

¡Los valores humanos!… Era hijo único, desprendido del calor materno por la imposición autoritaria del padre que le había ordenado fríamente que se dirigiera al sur, hacia aquel lugar para «aprender a ser hombre»… La regalonería de su madre y su inepcia se habían confabulado para que no alcanzara a obtener su bachillerato en los estudios y quedara así, como en el limbo, sin desarrollarse en una profesión como la de abogado o médico o alguna otra función comercial. ¡Por primera vez iba a ganar un sueldo, ahorrar algún dinero y sentirse independiente! Por todo eso le rogó a su madre que no se opusiera al viaje que ordenaba el padre. Además, había leído desde muchacho las aventuras de hombres intrépidos por mares y selvas, que aún subyugaban su imaginación. La madre, entre llantos, accedió. Y así fue como partió al sur.

Pero la realidad era demasiado cruda. Trató de aprender a cortar árboles en el bosque; pero se hundía en la turba a cada hachazo que daba… Y la turba estaba empapada de agua como una esponja, y el hacha apenas se hundía en la corteza del roble, cuando no resbalaba peligrosamente hacia sus piernas… Después trató de ayudar en el acarreo de material para la mezcla del concreto; pero fue incapaz de cargar un saco de cemento por un breve trecho; el hombro se le astillaba.

El frío, la ventisca, hiciéronle más de una vez llorar de un dolor desconocido: era un dolor que llegaba a su carne, a sus huesos, y le traspasaba el alma. ¿Era acaso ese el dolor del trabajo físico ante el cual él nunca se había enfrentado? No sabía si admirar o despreciar a esos hombres que como rústicas bestias soportaban los temporales junto a las bases de la torre del faro, que poco a poco iba levantándose.

Para dormir le habían arreglado una litera en un rincón de la cocina, y, por lo tanto, tenía que levantarse antes de que la cuadrilla de trabajadores con el constructor a la cabeza llegaran a almorzar. Si no, posiblemente se hubiera quedado todo el día en la cama, leyendo o mirando a Ana en sus quehaceres, a

la cual consideraba como una de las empleadas de su casa trasplantada a aquel paraje.

Ana era comedida con él, y en más de una ocasión lo mandó como a un niño en busca de agua en la vertiente que daba al mar. Otras veces la ayudaba a secar los platos, o conducir leña. Durante el almuerzo comían todos juntos, y los trabajadores del faro en más de una ocasión le hicieron bromas, pero siempre con cierta consideración, como si se tratara del hijo de un patrón lejano que de pronto hubiera ido a almorzar al rancho de los inquilinos.

Entre estos hombres había un tal Ricardo, que había sido contramaestre en una goleta lobera y que, por haberse ya exterminado la foca de dos pelos en aquella época, había tenido que quedarse en tierra, donde aprendió a parar piedras y ladrillos y a estucar. Mediano, macizo y recio, era el mejor trabajador del grupo. Cuando se ponía a estucar los pasaba a todos en el metraje; por eso le quedaban ratos libres, y se iba a menudo a mariscar erizos con una fisga entre los roqueríos.

Esteban lo acompañaba en esas andanzas y se hicieron algo amigos; pero tampoco se atrevió a arriesgarse hasta los lugares donde Ricardo, con peligro de caer al mar, ensartaba con su tridente de madera los erizos. Un día lo vio resbalar y caer. Pero en vez de acudir en su ayuda, corrió hacia el rancho pidiendo auxilio. Ricardo salió a flote y, desnudándose, dejó su ropa secarse al sol. Cuando Esteban y Ana llegaron, parecía un dios barbón del mar, un Neptuno desnudo. La mujer se tapó los ojos con su delantal, y volvió presurosa al rancho. Luego Ricardo dejó la fisga y se zambulló, sacando ambas manos colmadas de erizos. En media hora que aguantó el frío había recogido más de doscientos moluscos.

—¡La ñora me vio en cueros!… —dijo Ricardo, riendo cuando regresaban al rancho en busca de un canasto para los erizos.

—Se asustó —comentó por lo bajo Esteban.

—¿Y qué tal? ¿Es buena?

—No sé.

—¿No la ha probado todavía?

—¿Cómo?

—¡Como Dios manda, pues! ¿No se queda todos los días con ella en el rancho?

—Yo no hago eso.

—Puchas, ñor, usted no es capaz de nada entonces… Está bien que arranque cuando uno se está ahogando, pero no así de una mujer… ¿No le ha visto las piernas?

—Son bonitas…

—¿Y más arriba…?

—No sé.

—¡Puchas, ñor, cuando se agacha hay que verle los medios corvejones! ¡A lo mejor yo estoy hablando de puro leso y usted ya se comió la breva pelá! Mire, le diré con franqueza que me gustaría comerle la color al gallo ese, que ha traído a su mujer nada más que para contar plata delante de los pobres.

—Ella les hace la comida a todos.

—Pero él se come lo mejor, mientras que uno no le va a ver el ojo a la papa hasta el regreso… ¿Cree que es justo que uno en la noche no pueda dormir a veces pensando en que él está al lado con su mujer?

—Es su esposa…

—¡Bah, para qué la trajo aquí entonces! Y dígame, ¿usted mismo para qué diablos se vino a meter aquí?

—Me mandaron. Mi padre creyó que podía hacer algún trabajo.

—¡Una lesera…, bien futre se le ve para que sirva en trabajos como estos!

—No me quedaba otra.

Condujeron en dos canastos los erizos, y esa noche hubo una especie de fiesta en que solo faltó el vino para saborear las pequeñas lenguas de sol arrancadas al lecho marino.

«¡Puchas, ñor, cuando se agacha hay que verle los medios corvejones!…». La voz del dios del mar, subiendo con un tridente en alto por el faldeo, llegó a los oídos de Esteban apenas despertó en la mañana siguiente. La comida de erizos, tanto al natural como en tortillas, había sido opípara. El constructor y su gente hacía rato que habían partido hacia la torre en construcción. Él los había escuchado desayunar entre sueños, pero dándose vuelta al rincón había vuelto a dormitar. Solo a dormitar, porque hasta la tibieza de las frazadas, como en una blanda cueva algodonosa, llegaban los pasos de Ana entrando y saliendo del rancho en sus quehaceres domésticos…, y con esos pasos, la imagen de sus piernas y «¡puchas, de esos medios corvejones!…».

—¿A qué hora se va a levantar para empezar a hacer el almuerzo? —exclamó Ana, desde fuera del rancho.

—En seguida —le contestó poniéndose en pie y vistiéndose.

La mujer lo trataba ya con cierta confianza; pero evitaba con pudor el momento en que él podía levantarse. Él no era menos pudoroso que ella; pero aquella mañana…

—¡No, no! —gritó Ana, cuando él se abalanzó sobre ella, por la espalda, tomándola de los senos y besándola firmemente en el cuello.

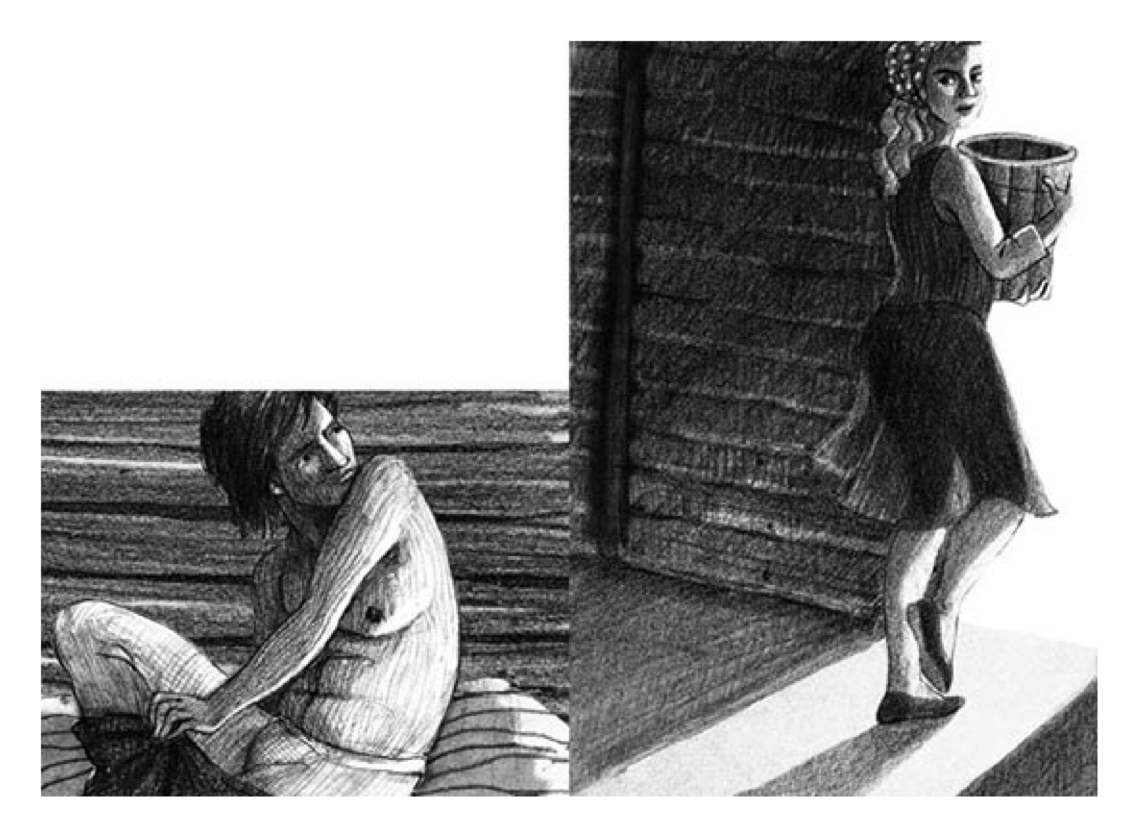
Ambos quedaron después como estupefactos. Ella, mirándolo con sus profundos ojos grises, con su cara transfigurada y pálida. Él se retiró unos pasos, y su figura se veía disminuida, como derrotada, después del incontrolado impulso. Porque con la voz temblorosa le dijo:

—Discúlpeme…, no supe lo que hice… Fue una locura.

—No importa —dijo la mujer, pero llevándose una punta del delantal a los ojos, como cuando la sorprendió el espectáculo del dios desnudo, agregó—: De todas maneras tengo que decírselo a mi marido.

—¡No, no, por favor! —exclamó Esteban.

—Sí, sí; ¡hay que decírselo al marido! —replicó ella.



Y la palabra «marido» le salió con voz quebrada, mientras que con la punta del delantal se enjugaba las lágrimas.

Vladimiro y sus seis trabajadores llegaron como todos los días a la hora de almuerzo y se sentaron alrededor de la rústica mesa de caballetes. Una cabecera ocupaba él y la otra, Esteban. Ana generalmente comía entre plato y plato, sentándose furtivamente en la esquina al lado de su marido. Esa gente tenía poco que hablar, y menos cuando delante había un plato de comida. Por eso, a todos les extrañó cuando Ana, antes de servirle a su marido, le dijo:

—Tengo que hablar contigo…

—Dime.

—Aquí no. En el cuarto…

Marido y mujer pasaron a la pieza contigua, dividida solo por un tabique de tabla tinglada. La palidez de Esteban no fue notada por los operarios, preocupados solo de ingurgitar; pero, de pronto, todos levantaron la cabeza inquietos al oír una estentórea carcajada. Era tan extraño el timbre de aquella risa, que todos, hasta el mismo Esteban en su temblor, creyeron que el constructor del faro se había vuelto loco. La carcajada cesó de pronto también y Vladimiro volvió a ocupar su asiento, mientras Ana le servía.

Una vez que ella hubo servido su plato y ocupado la esquina de la mesa junto a él, Vladimiro volvió a reír, pero en una forma menos violenta, más bien con sorna. Los comensales esperaban expectantes una explicación de tan extraña actitud.

—¿Saben? —empezó a decir Vladimiro con calmoso vozarrón—. ¡Este niñito quiso pescarse a mi mujer!

Los seis operarios miraron una vez más con inquietud al constructor, pensando que podría en realidad estar loco. No era el primer caso de un yugoslavo emigrado que se volvía loco. «¡Este niñito quiso pescarse a mi mujer!…». Para los oídos de Esteban las palabras quedaron vibrando en el aire como el eco cuando estalla un obús.

—¡Sí, pues! —prosiguió Vladimiro—. Ja, ja, ja.

Y la risa volvió a levantarse con la campanuda sonoridad de un ancla que llega a su fondeadero.

—Perdone —balbuceó Esteban, mientras seis pares de ojos lo traspasaban de curiosidad—, tengo que darle una explicación…

—A mí nada… Es a ella a quien tiene que hablarle… Puede ser que tenga mejor suerte… cambiando de táctica… ¡Explíquele! ¡Explíquele! ¡A mí nada, nada! ¡Es a ella a quien debe dirigir los tejos! ¡Ja, ja, ja!

—¡Por Dios, Vladimiro! —profirió Ana, levantándose a servir otros platos.

Aturdido, Esteban se levantó y salió del rancho. Al principio trató de mantener cierta dignidad; pero luego los seis obreros lo vieron con temor apresurar el paso.

—No se vaya a tirar al mar —dijo uno.

—Ese gallo no se tira así no más al agua —dijo Ricardo, el estucador, tratando de acompañar en la risa al constructor, pero al ver perderse al fugitivo en la hondonada, sintió cierta desazón.

Vladimiro también dejó de reír y se puso a comer su plato de cazuela como un toro que hozara un barbecho, a resoplidos, dejando de vez en cuando algunas partículas en los cerdudos mostachos de un rubio sepia. La barba

también se le enmarañaba como un turbal con los reflejos de los atardeceres, y algunas canas que ascendían como un sendero ceniciento hacia sus sienes denotaban las proximidades de sus cincuenta años. Ana, por lo menos, era diez años más joven que él.

Continuó comiendo sin hablar más del asunto, con cierta hosquedad en el semblante redondo, como una luna en plenitud. Los trabajadores terminaron su almuerzo callados, mirando de vez en cuando a la mujer, que trajinaba de un lugar a otro con la cabeza algo gacha. Ricardo, el ex contramaestre lobero, movía a menudo su cabeza como las nutrias o gatos de mar, cuando salen a la superficie, rompiendo las cristalerías de los hielos invernales.

Trabajaban de sol a sol en los andamios que seguían elevando la armazón de fierro y concreto. Los albañiles a menudo acostumbraban silbar o cantar con versos de inventiva propia, mientras realizaban sus labores; pero esa tarde hasta desaparecieron los chistes de Ricardo, que era el que acostumbraba llevar la amenidad en la construcción. El propio Vladimiro trabajaba, a veces, de enfierrador y otras en la confección de la mezcla, como con cierta preocupación. En la mente de aquellos hombres, la mayoría tranquilos, quitados de bulla, no dejaba de vagar tanto la curiosidad de saber cómo habría sucedido aquel requerimiento del futre santiaguino como las reacciones posteriores que esperaban del gigantesco Vladimiro. No podían creer que todo había terminado con las insólitas carcajadas lanzadas durante el almuerzo; al contrario, veían en ellas algo así como un ruido de los primeros truenos que anunciaban la tormenta.

Un fuerte viento del oeste empezó a castigar a los hombres que trabajaban alrededor de la torre a media construcción. Luego una fina llovizna vino del golfo, cuyo horizonte se cerró con grandes mares arboladas, y antes que cayera la noche, tuvieron que guarecerse en el rancho. Así eran los trabajos de duros y azarosos en aquellas intemperies, las más tempestuosas del Pacífico sur.

—Ese hombre se puede morir con esta noche por allí —dijo uno de los carpinteros, por todo comentario cuando después de comer se disponían a acostarse.

—Hay una cueva lobera detrás de uno de esos morros. Allí podrá guarecerse —comentó alguien.

—¿No es su amigo, pues? —dijo otro al estucador.

—Chits…, él no se tiró al agua por mí el otro día cuando mariscábamos, menos voy a salir a buscarlo con esta noche —replicó.

Cuando todos se fueron a sus camastros, Vladimiro se quedó mirando de alto abajo a su mujer. Ella parpadeaba, como seguramente iría a parpadear el faro que su marido construía, en noches de tormentas como esa, tratando de abrir el corazón de la sombra para guiar un barco hacia Puerto Refugio…

—¡Déjale la puerta sin la tranca, para que pueda entrar! —fue todo lo que dijo el constructor al irse a acostar.

El temporal se desató al promediar la medianoche; pero todos aquellos rudos hombres durmieron como arrullados por una canción maternal. Sin embargo, Ana fue despertada por el trinar del viento sobre el techo de zinc acanalado. El rancho amenazaba desarmarse de un momento a otro o volar entre esos bandazos de lluvia y viento. Cuando este se apaciguaba, el trinar se hacía melodioso, y en las esquinas se oían silbidos de diferentes tonos, como si varios Eolos hubieran venido a componer una extraña sinfonía. Las grandes olas del golfo de Penas retumbaban en los cantiles y parecían hacer temblar toda la tierra.

Vladimiro se despertó y encontró a su mujer rezando.

—¿Por qué rezas? —le dijo.

—Vladi… ¡por ti, por mí!

—¿No estamos los dos juntos?

—Por que Dios no permita que este viento nos lleve con rancho y todo.

—¡Qué nos va a llevar, mujer; este temporal no alcanza fuerza doce!

—Bueno…, necesito rezar…, tal vez por todos los que están en peligro en el mar…

—Estás conmigo… Déjame dormir con tus rezos…

Por unos momentos marido y mujer se quedaron escuchando.

—Sigue rezando, si quieres —le dijo—, por los que andan en el mar… Aunque es inútil, porque no les queda otra.

Y dándole las espaldas a su mujer, se echó como una gran foca a dormir. Al rato sus gruesos ronquidos parecían competirle al viento. Para Ana y su estremecido corazón, esos ronquidos de su marido fueron también como una oración, y se durmió, segura, a sotavento de las poderosas espaldas, pensando eso sí en todos los que tenían que pasar aquella terrible noche en el mar o a la intemperie…

Menos en Esteban, al cual había oído llegar cautelosamente poco antes de que comenzara sus rezos; pero no se había atrevido a decírselo a Vladimiro, porque también había quedado temerosa y confundida por la forma en que este había reaccionado. Nunca le había escuchado ese acento en su risa, y

después de aquellas carcajadas, igual que los otros, estaba esperando aún el estallido de su cólera.

Mas Vladimiro continuó defraudándolos a todos, hasta al mismo Esteban, que no esperó nunca tal comportamiento.

—¿Y qué hay? ¿Se la pudo o no se la pudo hoy? ¿Cómo le fue? ¿Le resultó el panizo? —continuó preguntándole diariamente, delante de todos, cada vez que se lo topaba en el rancho.

Después de las burlonas preguntas surgía inevitablemente la estrepitosa carcajada, primitiva y jocunda, que le escucharon el día del incidente, ocurrido hacía ya más de una semana.

Dos o tres veces el humillado Esteban había tenido que dejar su plato intacto, y salir del rancho a respirar. Otras veces, como aturdido, se perdía por el faldeo hacia el mar y no regresaba hasta después que el constructor y su gente se habían ido. Ana le dejaba su almuerzo sobre la cocina para que no se enfriara; pero después de las horas no se lo servía como antes. Solo el hambre, la noche o esa hostil intemperie del golfo hacían que aceptara el alimento y se deslizara por la puerta del rancho igual que una alimaña apaleada. Los mismos trabajadores empezaron a sentir el peso de aquellas burlas cotidianas; habrían preferido que Vladimiro lo hubiese zamarreado de una u otra manera, a escuchar todos los días ese interrogatorio humillante y luego esa extraña carcajada. Ana se movía cada vez más inquieta, evitando la mirada de aquellos hombres que parecían reprocharle algo… A veces estaba arrepentida de habérselo comunicado a su marido, y hubiera preferido, asimismo, ver el asunto resuelto con una buena paliza que escuchar esas ultrajantes preguntas y la ya monótona y cruel risa.

Al tiempo todos empezaron a compadecer a Esteban, y un sordo odio fue gestándose contra Vladimiro y sus crueles fanfarronadas. Este no cejaba, obsesivo, como la gota de agua que cae y cae rítmicamente horadando hasta la dureza de una roca. El aislamiento inhóspito hacía más irritante la caída de esa risa en medio de los nervios destrozados. Si alguien hubiera seguido a Esteban cuando huía hacia los acantilados, lo habría encontrado a veces llorando, aniquilado; otras, con las manos crispadas, dispuesto a lanzarse al agua desde los barrancos, o sueltas, como las de un mono de trapo mecido por el viento.

—¡Ese hombre se va a echar de repente al mar, don Vladimiro! —exclamó un día hasta Ricardo…

—¡Tú lo vas a sacar!… ¿No solías mariscar con él? ¡Eres su amigo! —le replicó con sorna.

—Yo no tengo amigos… —profirió el estucador, taimado, por lo bajo.

—Así se ve…

Hasta que un día se oyó de nuevo el largo pitazo de la escampavía que recalaba con su provisión de materiales y víveres.

En cuanto hubo pisado tierra el comandante, Esteban se abalanzó pidiéndole por favor que lo llevara de regreso al norte.

—¿Qué pasó aquí? —inquirió al constructor el joven oficial.

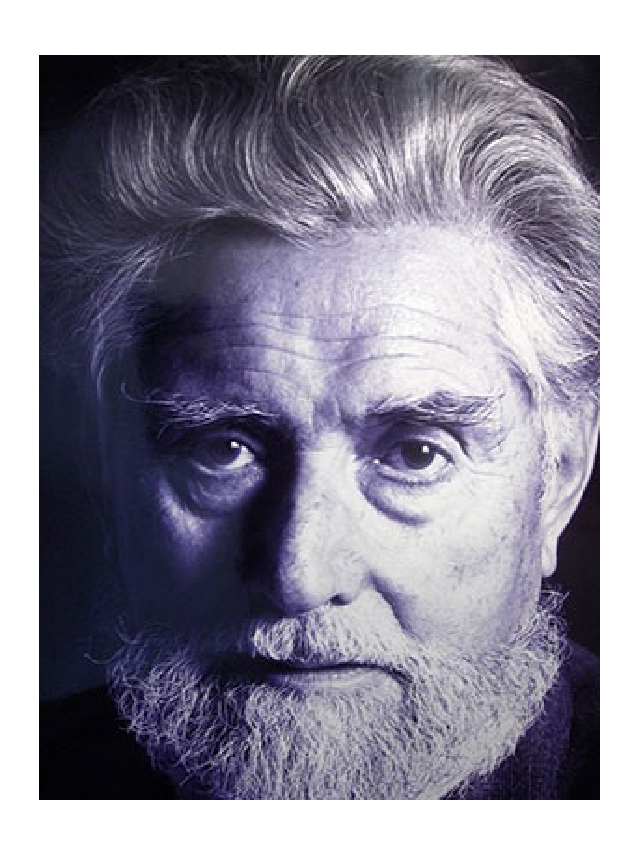
—Nada, mi teniente…

—¿Por qué este hombre se quiere ir así, tan de repente?

—Pregúnteselo a él. Debe haberse cansado del trabajo…

El barco zarpó esa misma tarde, llevándoselo. Cuando bordeaba la punta del cabo donde estaban levantando la torre, lanzó un corto pitazo que resonó en las soledades como el grito de una bestia herida. Vladimiro y sus hombres sacaron sus gorras y las agitaron en señal de adiós. La risa del constructor del faro, como un eco, se dejo oír por última vez.

En el rancho, sentada a la puerta en un pequeño y tosco banco de madera, Ana se cubría los ojos con la punta del delantal, aunque nadie fuera testigo de su libre y copioso llanto.



FRANCISCO COLOANE (Chile, 1910-2002). Considerado uno de los más importantes narradores nacionales, Francisco Coloane nació en el sureño pueblo de Quemchi, Chiloé, el 19 de julio de 1910. Hijo de un capitán de barcos balleneros y de una pequeña propietaria agrícola, Francisco Coloane cursó sus primeros estudios en las escuelas locales de Quemchi, para luego ingresar al Seminario de Ancud, donde realizó estudios equivalentes al segundo año de educación media. Aun antes de terminar sus estudios, comenzó a trabajar como secretario, al tiempo que publicaba sus primeros relatos en revistas y diarios de la región. Más tarde, en 1929, fue contratado como aprendiz de capataz en una estancia ganadera de Tierra del Fuego, experiencia que dio tema a gran parte de su obra, y que se sumó a las labores que desarrolló como escribiente de la Armada de Chile y miembro de las expediciones petrolíferas realizadas en la provincia de Magallanes.

Integrante de la Generación Literaria de 1938 y poseedor de una prosa potente, Coloane manifiesta en sus textos la lucha continua del hombre y su entorno, siempre situado en las regiones inhóspitas del sur chileno o en las soledades de alta mar, como se ve en dos de sus libros más reconocidos, *Cabo de Hornos* (1941) y *El último grumete de La Baquedano* (1941). Estos tópicos se manifiestan también en sus volúmenes de cuentos, como *Golfo de Penas*

(1945) y *El chilote Otey y otros relatos* (1971), y en sus incursiones en la dramaturgia, como *La Tierra del Fuego se apaga* (1945).

Su obra ha sido objeto de múltiples comentarios y artículos de prensa; y él, llamado por la crítica europea como «Jack London de Sudamérica», a raíz de las cercanías temáticas que mantiene con el escritor norteamericano, en especial en lo que se refiere al retrato del hombre frente a una naturaleza aún indómita e inexplorada, principal fuente de inspiración de ambos autores.

Francisco Coloane realizó también una prolífica tarea como periodista y redactor de diversos medios de prensa, escribiendo numerosos artículos y notas para medios como *La Crónica, El Siglo* y la revista *Zig-Zag*, de la cual fue redactor político. Tampoco resulta menor su actuación gremial, que lo llevó a la presidencia de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH) y a una continua participación tanto en esta asociación como en el Colegio de Periodistas, del cual fue miembro. Ganador del Premio de la Sociedad de Escritores en 1957, y del Premio Nacional de Literatura en 1964, Francisco Coloane es sin lugar a dudas uno de los escritores chilenos de mayor relevancia, tanto en el país como en el extranjero, lo que se ha visto ratificado en el reciente éxito de sus obras en Europa, así como en la reedición de algunos de sus textos en Chile, como *El guanaco blanco*.

Francisco Coloane falleció en Santiago el 5 de agosto de 2002, a los 92 años de edad.